

Apuesta por el mañana



Carlos Castillo Peraza

Fundación Rafael Preciado Hernández, A.C.

Analizar los escritos de un talentoso hombre, para quien el tiempo y el mundo fueron espacios ideales en donde cultivar el pensamiento y cosechar las ideas, nos permite lograr un acercamiento dramático, enriquecedor e incluso sorprendente, a la disciplina política impregnada de un espíritu filosófico y un humanismo ejemplar.

La lectura de *Apuesta por el mañana*, de Carlos Castillo Peraza, es una suerte de aventura experimentada a través del intelecto o bien, como lo expresa Germán Martínez Cázares, un recorrido por los conceptos de un auténtico protagonista de la vida nacional, cuyo lenguaje “activó la transición política del país, advirtió del espacio mundial y desterró cegueras y fanatismos”, además de que alzó la voz para evocar el pasado, disertar sobre el presente y divisar que en algún momento futuro, México habría de transitar por los intrincados caminos de la democracia.

Prólogo de: Germán Martínez Cázares

Diseño de portada: Gonzalo Tassier



 **APUESTA POR EL MAÑANA** 

Carlos Castillo Peraza

Fundación Rafael Preciado Hernández, A.C.

Apuesta por el mañana
Carlos Castillo Peraza
Primera edición: 2003

324.22
C388 ap

© Partido Acción Nacional
© Fundación Rafael Preciado Hernández, A.C.
Angel Urraza #812
Colonia Del Valle, C.P. 03100
Delegación Benito Juárez
México, Distrito Federal.

ISBN 968-5565-05-8

La reproducción total o parcial no autorizada por la editorial, vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente concertada.

IMPRESO EN MÉXICO

Diseño Editorial: Retorno Tassier S.A. de C.V.

Nota al lector:

Con la intención de hacer llegar a los lectores un valioso material perteneciente a la obra de Carlos Castillo Peraza, se han extraído libremente fragmentos de su pensamiento, investigando en toda clase de fuentes; tales ideas dan cuenta de la variada y constante reflexión del Maestro plasmada en los diarios, los libros que escribió, las revistas de diverso tipo en las que colaboró, al igual que sus palabras como presidente de Acción Nacional. Ya que los fragmentos provienen de un amplio y creciente archivo de la Fundación Rafael Preciado Hernández, A.C., no siempre se cuenta con la fecha que corresponde a la autoría del texto. Pedimos al lector una disculpa y su comprensión por la falta de referencia cronológica en algunos de los fragmentos aquí incluidos. A cambio, la Fundación que concibió y echó a andar el Maestro se dedica a reunir y ordenar debidamente la obra de quien fuera un estudioso de la filosofía y de la cultura, un periodista incansable y un político excepcional.

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

Carlos Castillo Peraza.

Un viaje de la Ética del Lenguaje a la Ética del Destino.

“Desde que lo escuché, no me ha sido posible no escuchar”, dice Elías Canetti de su mentor Karl Kraus, en un ensayo que escribió en 1965¹. En ese trabajo, el autor de *Masa y poder*, Premio Nobel de Literatura en 1981, se propuso explicar la relación con su maestro y desentrañar “por qué sucumbí a él y por qué, finalmente, tuve que ponerme a la defensiva contra su influencia”².

Al comenzar la presentación de esta antología de documentos de Carlos Castillo Peraza, quiero parafrasear ese ensayo de Canetti titulado “Karl Kraus, Escuela de Resistencia”. Castillo Peraza, al final del siglo XX, fue en mucho el Karl Kraus mexicano de principios del mismo siglo; fue un hombre ante el que sucumbí, efectivamente y del que es difícil, por más defensas que uno interponga, librarse de su influencia.

Karl Kraus (1874-1936) fue ante todo, como Castillo Peraza, un escritor y un periodista. Vivió en la Viena de fin de siglo, en los últimos días del Imperio austro-húngaro. Días a los que Kraus llamaba irónicamente “Los últimos días de la humanidad”³. Entonces, la sociedad de Kakania transitaba del esplendor al abandono; el otrora prestigiado imperio de los Habsburgo llegaba a su fin, Maximiliano fue ejecutado en México (1868), Rudolf asesinó a su amante y se suicidó en el castillo de Mayerling (1889); Carlo Luis bebió de las aguas del río Jordán y se envenenó (1895); Francisco Fernando fue asesinado por un rebelde serbio en Sarajevo y detonó con su muerte la Primera Guerra Mundial (1914).

El horizonte se nublaba y no había esperanzas para el mañana. Todo el Imperio parecía dispuesto a la fatalidad desde el 11 de Septiembre de 1898, cuando corrió la noticia de que la esposa del Emperador Francisco José, Elisabeth, “Sissi”, emperatriz y reina de Hungría, había sido asesinada por un anarquista italiano en Ginebra. Durante el interrogatorio, el asesino confesó el crimen con esta sentencia: “Quien no trabaja, no debe comer. Luigi Lucheni puede asesinar a una emperatriz, pero no a una lavandera”.

Con ese telón de fondo, Robert Musil escribió *El hombre sin atributos*, donde presagia la tormenta –“Sobre el Atlántico avanzaba un mínimo barométrico en dirección este, frente a un máximo estacionado sobre Rusia”⁴–. En medio de ese porvenir de orfandad, Sigmund Freud elaboró sus teorías del psicoanálisis, Arnold Schönberg compone su música atonal, Adolf Loos construye edificios minimalistas, Oskar Kokoschka sobrecoge con sus

¹Canetti, Elías. “Karl Kraus, Escuela de Resistencia”, en *La conciencia de las palabras*, Fondo de Cultura Económica, primera edición en español, de la segunda en alemán, México, 1981, pp. 56-70.

²Idem. p. 57.

³Este es el título que Kraus dio a su comedia sobre la Primera Guerra Mundial. Ver Field, Frank. *The Last Days of Mankind: Karl Kraus*, St. Martin's Press, Nueva York, 1967. En español: *Los últimos días de la humanidad*, Tusquets, Barcelona, 1991.

⁴Musil, Robert. *El hombre sin atributos*, Seix Barral, Biblioteca Formentor, Barcelona, 2001.

manos; Gustav Klimt perturba con sus cuerpos y Ludwig Wittgenstein escribe su libro *Tractatus Logico-Philosophicus*, que pretendió presentar “todos los puntos esenciales y la solución final a los problemas filosóficos”. Las fuerzas deshumanizadoras operaban en Viena, el Ringstrasse se llenó de fragilidad, desamparo y postración. Una suerte de fatal aplastamiento se infiltraba en los cafés, en la prensa, en la cultura. Janik y Toulmin, autores del clásico libro *La Viena de Wittgenstein* lo expresan así: “Al igual que los antiguos hebreos, los vieneses se habían extraviado de la senda de la rectitud, y Kraus era el Jeremías enviado para reprenderlos por su obstinación”⁵.

Kraus entonces llamó a la definición, a lo que Castillo Peraza llamaría en su momento “definición ideológica”, esto es, a la apuesta de comunicación entre diferentes por medio del lenguaje. Eso es justamente lo que hizo meritoriamente Karl Kraus en un ambiente y en una sociedad que estaba a punto de tomar las armas para “entenderse”. Carlos Castillo Peraza apostó por la palabra como génesis política, en un entorno en el que la palabra ha sido infravalorada; dicho en proposiciones wittgensteinianas, Castillo Peraza cree como Kraus en la cadena lógica de palabras que es el diálogo y en la cadena lógica del diálogo para construir bienes públicos. A esa cadena lógica del diálogo, Castillo Peraza la llama “política”. Para Castillo Peraza, no hay política sin diálogo; como para Kraus no habrá literatura sin palabra.

Por esa pasión en el cuidado del lenguaje y en el uso adecuado de cada palabra en la oración, Canetti afirma de Kraus algo que también vale para Castillo: “tenía, por así decir, el don de condenar a los seres humanos por sus propias bocas”⁶. Sin embargo, esa condena hacía necesario escuchar, mantener atento el oído: “su oído estaba siempre abierto, debía de leer esos periódicos como si los estuviera oyendo. Las palabras negras, impresas y muertas, eran para él palabras sonoras”⁷. Por eso, Kraus y Castillo Peraza desarrollaron la “contrafigura de todos los escritores, de la enorme mayoría de los escritores, que untan con miel la boca de los hombres para ser amados y alabados por ellos”⁸. Por eso Canetti confiesa su admiración por Kraus. No niega la idolatría que siente por él, porque supo condenar “la guerra y sus secuelas –vicios, criminalidad, avaricia de dinero e hipocresía–, pero también erratas de imprenta, eran puestas de relieve con la misma energía fogosa...”⁹.

El biógrafo de Kraus, Gerald Krieghofer, define a Kraus como se podría detallar a Carlos Castillo: “fue un luchador, un solitario, un hombre solo contra todos. Eligió sus adversarios entre los hombres más reputados del periodismo de lengua alemana... Para Karl Kraus, las metáforas fallidas y las oraciones mal construidas constituían la prueba de una ética deficiente... Kraus quiso ‘desperiodizar’ a sus lectores, quitarles el respeto por los periódicos”¹⁰.

⁵Janik, Allan y Toulmin, Stephen, *La Viena de Wittgenstein*. Taurus, 2 ed., Madrid, 2001, p. 83.

⁶Canetti, Elías. “La Conciencia de las palabras”. Op. cit. p. 60.

⁷Idem.

⁸Idem. p.61

⁹Idem. p. 58.

¹⁰Krieghofer, Gerald. “Karl Kraus, luchador y poeta”, en *Karl Kraus y su época*, Edición de Bernd Marizi y Jacobo Muñoz, Editorial Trotta, Madrid, 1998. p. 65.

La aversión de Castillo Peraza por cierta prensa venía de una formación ortodoxa en la sintaxis y en la gramática que recibió en su trabajo como periodista en el *Diario de Yucatán*, aunque tenía una razón esencial: el cuidado de las letras, del significado profundo de la palabra; sin ese cuidado, no había espacio común o instrumento capaz de edificar el entendimiento humano. Castillo Peraza se pronunciaba entonces por una Ética del lenguaje. Se trataba de un deber que permitiera la comunicación del ser humano y cualquier atentado al correcto desempeño del habla, debía ser condenado, satanizado y expulsado de la sociedad. Así Castillo Peraza suscribiría una cita de Confucio (551-479 a.C.) que Karl Kraus publicó en su revista, y que colocaba al primado de la palabra en el eje de la conducta social:

“Si los conceptos no son correctos, las palabras no son correctas; si las palabras no son correctas, los asuntos no se realizan; si los asuntos no se realizan, no prosperan ni la moral ni el arte; si no prosperan ni la moral ni el arte, la justicia no acierta; si la justicia no acierta, la nación no sabe cómo obrar. En consecuencia, en las palabras no debe haber nada incorrecto. Esto es lo que importa”¹¹.

El cuidado en el seguimiento de las instrucciones lingüísticas será para Castillo una obsesión; una ruta que lo llevaría a generar enemigos, odios, rencores, admiraciones y amistades profundas. Nada disfrutaba más que la mofa al momento de corregir el estilo de un texto que se sometía a su severo examen. Por eso, en su distancia con muchos periodistas, podría suscribir con Karl Kraus la siguiente sentencia, de la que es menester ponerse a la defensiva:

“No tener una idea y poder expresarla: eso hace al periodista”¹².

Sus tesis en defensa del idioma producían espanto, ahuyentaban y generaban escorzo en el gremio de quienes escriben. Castillo no cejó, estaba dispuesto a expirar en esa lucha solitaria, en esa batalla por demostrar los límites y posibilidades de pronunciar o redactar correctamente cada palabra.

Karl Kraus fundó su revista, *Die Fackel* (La Antorcha), desde donde por 37 años fustigó a escritores e incendió conciencias; Castillo Peraza pasó su vida redactando textos para varias publicaciones: *Ovaciones*, *La Jornada*, *Reforma*, *Proceso*, *Vuelta*, *Nexos*, *El Universal*, entre otros. Desde esa trinchera de tinta y papel, condenó gobiernos, decretó amistades, exhibió aficiones y presumió una inteligencia notable.

Kraus decía: “Hay dos cosas hermosas en este mundo: pertenecer al periódico *Die Neue Freie Presse* o despreciar al periódico *Die Neue Freie Presse*. Yo nunca dudé en ejer-

¹¹Idem. p. 68.

¹²Kraus, Karl. *Contra los periodistas y otros contras*, Edición de Jesús Aguirre. Taurus, 1998, p. 50.

cer mi desprecio"¹³. Por eso Pérez Gay, quien fue amigo de Castillo Peraza, no duda en afirmar de Kraus algo que también se puede sostener de Carlos:

"Anhelaba llegar a ser un periodista en contra de los periodistas, el cronista incorruptible de los cronistas, el espejo de los espejos. Y aprendió el oficio a la perfección: nadie en Austria tenía su sintaxis, ni su claridad ni su estilo. Criticó a los columnistas políticos y les hizo ver que la confusión de su estilo no era sino confusión de sus ideas"¹⁴.

Castillo Peraza tenía referentes ideológicos, Kraus "nunca tuvo patrocinador, ni grupo; nunca defendió ni se aferró a ideología o concepción alguna del mundo"¹⁵. Por eso Castillo Peraza, con razonamientos lógicos y sentido común dispuesto, demostró que desde el lenguaje se podía construir una transición política para el México autoritario que siempre combatió.

Castillo sostuvo que el diálogo:

"Es el vínculo entre quien pregunta y quien es interpelado. Es la relación entre inteligencias y conciencias. Es un nexo interpersonal, ético, que exige intercambio de respuestas, de razones, no de amenazas, de humillaciones o de advertencias... Pienso que el orden social u orden jurídico tiene como meta la superación de vínculos basados en la fuerza... por eso importa radicalmente que el Derecho asegure el avance hacia lo dialógico y escolle el regreso a lo puramente energético, de fuerzas o simplemente biológico"¹⁶.

La Ética del lenguaje exige producir consecuencias en la realidad con un uso ordenado de las palabras. Para Castillo Peraza, esa Ética del lenguaje imponía a México el único método para establecer, entre diferentes, en pluralidad, un orden democrático. Castillo Peraza dio sentido a la transición de México hacia la democracia con su afirmación del lenguaje. La democracia es para Castillo, lisa y llanamente, "la institucionalización del diálogo"¹⁷. Pero esa "institucionalización" debía ser "pactada" y "útil": "No puede ser ni amontonamiento de monólogos, ni estrépito incomprensible"¹⁸.

Castillo Peraza advirtió la imposibilidad de concebir un México democrático donde se denostaba la palabra y se burlaba de la capacidad del hombre para entenderse por

¹³Pérez Gay, José Francisco. *El imperio perdido*, la cita, en "Karl Kraus, la pluma y la espada", Cal y Arena, 8ª. ed., México, 1997. p. 167. En este trabajo se analiza la vida de cinco grandes escritores del siglo XX que giraron alrededor de aquella Viena: Hermann Broch, Robert Musil, Joseph Roth, Elías Canetti y el propio Karl Kraus. El libro es ampliamente recomendable.

¹⁴Idem.

¹⁵Idem.

¹⁶Castillo Peraza, Carlos. *El PAN nuestro*, Editorial Dante, 1ª. ed., Mérida, 1990, p. 175.

¹⁷Idem. p. 176

¹⁸Castillo Peraza, Carlos. Intervención en la Cámara de Diputados el 29 de agosto de 1989, con motivo del inicio de las negociaciones para una nueva Ley Electoral.

medio de ella. Su "teoría del mural" –alegoría sobre el diseño del muralismo mexicano– le servía para dibujar una falsa identidad mexicana, que sumida en el maniqueísmo se quedaba muda. Sólo con tonos negros y blancos se pintaba, en el muralismo de Diego Rivera, la historia nacional, decía Castillo. Los españoles, siempre asesinos y sanguinarios, estaban en el lado oscuro; por otro lado, en la pureza total, estaban los indígenas siempre buenos y mansos, sin encontrarse, sin conciliarse, sin espacio común; es decir, sin palabra, sin habla, sin lenguaje. Y sin esa capacidad de diálogo, el país se encontraba en la "tribalización", que es lo mismo que la "trivialización"¹⁹. No tener capacidad de interlocución es situarse en la "nada". Es aislarse, porque como dice Hannah Arendt, la acción no es posible en el aislamiento, por eso, estar incomunicado es carecer de la capacidad de actuar.

Castillo Peraza, igual que Kraus, cautivó con su cólera, sarcasmo, ironía, amargura y pasión. Despreciaba la sinrazón y abrazaba el humor y la cultura. Afirmaba que es imposible vivir bajo los auspicios de la palabra de un solo hombre, tal como vivió México mucho tiempo, bajo la égida de "la univverbocracia"²⁰. La univverbocracia tiene la bondad para el súbdito de no equivocarse con el mandato, pero la desventaja de que le "obliga a tener que comer, dormir, hincarse o morir de acuerdo con la respuesta que recibe"²¹. Por eso, el solipsismo en el uso del lenguaje favorece la dictadura y promueve la abyección social.

Castillo ensanchó su capacidad de actuar con el dominio de los idiomas: hablaba francés a la perfección, italiano, inglés, estudió alemán y, como buen yucateco, tenía elementos de maya. Mérida era una de sus pasiones, pero su horizonte era el mundo. Creyó en la "mundialización" como el espacio natural del lenguaje. Le fascinaba ver la construcción de la Unión Europea y la complejidad de su comunicación. Se detenía a admirar los detalles de ese edificio europeo; a descubrir en sus alianzas, las huellas de su pasado griego y romano, así como a reír sobre los juegos idiomáticos que se empezaban a formar. Alguna vez profetizó en broma, que la Unión Europea sólo sería completa "si resucitaba el latín".

Para Castillo Peraza, el mundo sólo alcanzaría su cualidad de "sociedad perfecta" en el marco del "orden mundial" y ese orden debía de ser aceptado en la pluralidad y cimentado con la palabra para evitar que un imperio se apoderara de la "autoridad mundial"²², tal y como se lo enseñó el neotomista Jacques Maritain, a quien Castillo Peraza conocía magníficamente, y de quien abrevó ese "realismo metafísico" con el que se condujo hasta el último de sus días.

Pero el diálogo y la palabra, atributos esenciales de la persona, no pueden generar bienes públicos si centran su fuerza en transformar "lo inmediato". El diálogo que

¹⁹Castillo Peraza, Carlos. *El PAN nuestro*, Editorial Dante, 1ª. ed., Mérida, 1990.

²⁰Castillo Peraza, Carlos. *Disiento*, Plaza y Janes, 2ª. ed., México, 1996, p. 47.

²¹Idem.

²²Maritain, Jacques. *El hombre y el Estado*, Fundación, Humanismo y Democracia, Ediciones Encuentro, Madrid, 1993, p. 219.

altera "lo inmediato" es la demagogia. Y la demagogia, ya lo advirtió Aristóteles, es la corrupción de la democracia. Castillo Peraza agregó a su Ética del lenguaje, a su "disputatio" –para seguir con los conceptos tomistas– una Ética de la trascendencia, una Ética del Destino que complementa su pensamiento. El lenguaje ético es el lenguaje que trasciende. Por eso Castillo Peraza, como Karl Kraus, condenaba las peroratas sin sentido de opinadores y políticos que no revestían de un "fin" sus balbuceos. El lenguaje sirve para fines concretos. Pero como lo demostró Wittgenstein, el lenguaje trascendente es el lenguaje que habla "sin certezas", que no dogmatiza, no pontifica; aquel que todo lo posibilita.

Castillo Peraza así lo entendió:

"Sin espíritu de diálogo, de búsqueda común de la verdad política; sin conciencia de que la actividad intelectual o práctica que se realiza en el aislamiento –y a veces hasta en la impermeabilidad dogmática o la soberbia– corre hacia la esterilidad de la autosuficiencia, el narcisismo y la inmovilidad, el hombre entra en un laberinto; no sabe de dónde parte ni a dónde llegará. Cuando mucho, puede aspirar al éxito literario del diario íntimo"²³.

El alcance y la eficacia de la palabra está en su posibilidad de conmover el mañana, por eso la Ética del lenguaje para la trascendencia, es una APUESTA POR EL MAÑANA. Es un desafío a "lo efímero" que no está sostenido en el lenguaje, sino simplemente en la imagen. La Ética del lenguaje para alcanzar el futuro, es una denuncia contra la nueva prensa de hoy, es renovar a Karl Kraus frente a lo perecedero. Es volverse a situar en el abandono de la Viena finisecular frente a la nueva basura de comunicación que busca "autoridad" en el huidizo mundanal de los estercoleros "sin ideas". Castillo Peraza, inspirado por Emmanuel Mounier, se enfrenta al imperio de lo fugaz. Reafirma la "espiritualidad del ser humano"²⁴, que no es otra cualidad sino su capacidad de descubrir la "vida profunda", de ampliar su conciencia frente al mero progreso biológico, el cual, a fin de cuentas, coloca a uno mismo en el pudridero material. La Ética del destino exige ver el mañana inmolando el egoísmo individualista del presente.

La APUESTA POR EL MAÑANA fue la consigna de Carlos con su pensamiento, su pluma y su impulso político. Nada puede hacerse lejos de ese generoso horizonte. Castillo Peraza fue lejos y apostó fuerte por el porvenir. Por eso su admiración a la "Generación constructiva" de 1915 en la que participó Manuel Gómez Morín²⁵. Con el lenguaje avivó la sed democrática de México; con el lenguaje activó la transición política de nuestro país, con el lenguaje advirtió del espacio mundial y con el lenguaje, desterró cegueras y fanatismos.

²³Castillo Peraza, Carlos. *El ogro antropófago*, Editorial Epeasa, México, sin fecha, p. 136.

²⁴Mounier, Emmanuel. *El personalismo, Antología esencial*, Ediciones Sígueme, Salamanca, España, 2002. p. 370.

²⁵Castillo Peraza, Carlos. *Estudio introductorio. Manuel Gómez Morín: constructor de Instituciones (Antología)*, Fondo de Cultura Económica, 1ª. ed., México, 1994, p. 11.

La vida de Castillo Peraza fue una apuesta por el mañana. Como la de Moisés. Murió al ver la Tierra democrática, pero no la pisó. Esa Tierra democrática debe mucho a Carlos Castillo Peraza, a su cuidado por la palabra y a su empeño por el destino, pero esa Tierra democrática puede volver a convertirse en un páramo si devaluamos la lengua, ese único recurso que tenemos los seres humanos para cruzar el umbral hacia “lo trascendente”, para alcanzar la eternidad.

*

Este trabajo no sería posible sin la cooperación generosa de dos jóvenes de talento excepcional: Carlos Castillo López, quien heredó muchas de las aficiones de su padre, y Julio Castillo López, un músico genial.

Colaboraron también con su entusiasmo Sigrid Arzt y Claudio Jones, de la Fundación Rafael Preciado Hernández, A.C., pero sin el frenesí de Gonzalo Tassier, amigo, quizá hermano de Carlos Castillo Peraza, este libro no hubiera visto la luz.

Finalmente quiero dejar un testimonio de gratitud a tres yucatecos que se golpearon el alma con Carlos en forma envidiable: Edgar Ramírez Pech, Xavier Abreu Sierra y Luis Correa Mena. Los recuerdos que tengo de ellos y de Carlos Castillo Peraza son presencia de intensa alegría. Cada vez que los veo, creo que Carlos me golpea, también a mí, el alma.

Germán Martínez Cázares
Sede de la Fundación Rafael Preciado Hernández, A.C.
México, D.F., Julio de 2003

ÍNDICE

I. CRÍTICA AL PODER

Más allá de la política laberíntica	17
El pabellón de la muerte.....	20
Barato, rápido y productivo.....	22
Contra la capitulación del Estado.....	25
¿Qué gobierno para México?.....	27
Cuestiones indígenas.....	32
Gobernabilidad y ley electoral.....	34
En busca del espacio público.....	38
Prejudicial, perjudicial.....	44

II. FILOSOFÍA POLÍTICA

¿Democracia selectiva?.....	51
El imperio de la ley.....	53
¿Democracia y demócratas?.....	55
¿Dónde se nutre la política?.....	57
La transición mexicana: de los <i>quanta</i> a los <i>qualia</i>	60
Entre la energía y la dinámica.....	66
Acción Nacional: la fuerza de la democracia.....	71
Diversidad y democracia.....	80
De la globalización a la mundialización.....	82

III. BREVIARIOS

No me defiendas obispo.....	95
Un viejo y eficaz método.....	96
Los valores en la obra de Gómez Morín.....	99
Pantalones y calzoncillos.....	110
Alberto Gironella Ojeda.....	112
Dos libros interesantes.....	114
Esta es tu casa, tienes la palabra.....	117
Octavio Paz: itinerario religioso.....	120

IV. EPÍLOGO

V. NOMBRES PROPIOS POR CAPÍTULO

I

✻ CRÍTICA AL PODER ✻

MÁS ALLÁ DE LA POLÍTICA LABERÍNTICA

Volví a leer *El laberinto de la soledad* después de lo sucedido del 2 de julio de este año, es decir, luego de que el PRI, el Partido que se erigió en vocero, heredero y encarnación de la Revolución Mexicana, perdiera, si no todo el poder político que tenía, sí una parte sustancial de éste y el elemento clave de su modo de ser y actuar durante largos decenios: la Presidencia de la República.

La lectura de la obra me llevó a tratar, a mi vez, de leer este hecho a través de los cristales de aquélla. La inmediatez de los sucesos no me permite más que plantear algunas reflexiones iniciales que sólo probablemente encontrarán comprobación o verificación con el pasar del tiempo y con los hechos nuevos que, en diferentes ámbitos, tal vez sobre todo el de la cultura, suscite el primer gobierno mexicano que, a partir cuando menos de 1917, no se considera heredero explícito de la Revolución, sino expresión política de una de las familias críticas, si no de toda aquélla, del modo en que ejerció el poder el grupo que pretendió ser su encarnación en la historia.

Curiosa pretensión, diría tal vez Octavio Paz, en la medida que, en el *Laberinto*, afirmó que la Revolución “apenas si tiene ideas”. Esta afirmación parece verse confirmada por los hechos, en la medida que el régimen que se proclamó “de la Revolución” puso en práctica todo género de políticas públicas, especialmente económicas, contrarias y hasta contradictorias entre ellas y siempre encontró en las supuestas “ideas revolucionarias” bases no menos supuestamente teóricas y coherentes para justificarlas. En el depósito imaginario de esas ideas hubo con qué fundamentar, con palabras, a la “atinada izquierda”, a la “izquierda dentro de la Constitución”, a la “industrialización”, al “nacionalismo revolucionario”, al “desarrollo estabilizador” y al “liberalismo social”, por sólo citar algunas de las más conocidas etiquetas sexenales para otras tantas políticas presidenciales.

Esta carencia o escasez de ideas señalada por Octavio Paz – y esto es algo que ya se ha hecho notar – nos salvó del totalitarismo ideológico, por un lado, pero propició un pragmatismo en la conservación y el ejercicio del poder que no se detuvo para utilizar la arbitrariedad, la corrupción, la represión y el fraude electoral cuantas veces fue necesario. Algunos de sus heraldos llegaron a pedirle al gobierno “revolucionario” en 1986, que realizara un “fraude electoral patriótico”. Lo más grave del caso es que – como lo denunciaran un grupo destacado de mexicanos, entre los que estuvo el propio Paz – las autoridades obsequiaron tan absurda y antidemocrática solicitud.

Lo que sucedió el 2 de julio no llegó a los extremos que describe Paz en el *Laberinto*. No fue un grito con mitote y balazos, orfandad, suicidio, vida, muerte, rapto y tiroteo. Tampoco estuvo marcado por un afán de vuelta a los orígenes, de regreso al pasado, de carrera hacia las raíces, de intento desesperado de reconciliación con la historia. Parecería más bien que fue una especie de ¡basta! a la proclamación hueca de unas raíces, un pasado, unos orígenes y una historia confeccionados para ser útiles al pragmatismo

del poder. Una renuncia y un desengancharse no tanto de "ideas hechas", sino de palabras que se quedaron poco a poco vacías de tanto llenarlas con realidades disimulas, o tal vez, como leemos en el *Laberinto*, de ideas que "la realidad... hizo astillas antes siquiera de que la historia las pusiera a prueba".

Bien advirtió Paz que lo que había quedado en la Constitución de 1917 abría las puertas a "las mentiras y la inautenticidad", y a que las palabras se redujeran a un velo de vacío, tendido sobre los hechos, útero en el que germinaba la soledad y se consolidaba el laberinto político mexicano.

En efecto, y más allá de los resultados del 2 de julio, vemos laberínticos y solos a los principales protagonistas del proceso electoral que terminó aquel día en las urnas. Y no precisamente en el hondo sentido que a esos términos da el autor, pues no hay aún signos claros de autocrítica, de pensamiento a la intemperie, ni de salida de cada uno de aquéllos hacia los otros. El Partido Revolucionario Institucional es quizás el que hoy se encuentra en peor situación, porque la derrota lo arrojó a una estado en el que parece que no sabe de dónde viene ni a dónde quiere ir. En un mal laberinto. No es difícil encontrar, en las claves de la obra de Octavio Paz, una posible explicación a estos hechos. En efecto, la dislocación entre el hacer y el decir fue, para el PRI, una marca constante que llegó a su clímax durante los 18 años más recientes. De 1982 para acá, este grupo hizo – sólo o con el apoyo del PAN – un conjunto importante y notable de reformas de las cuales no quiso o no pudo o no supo hablar, es decir, que no asumió como obra suya, sino como culpa, y del que, incluso, renegó en sus discursos.

La desarticulación entre lo que se decía y lo que se hacía funcionaba gracias a la victoria electoral que, obtenida por cualquier medio, desvanecía en Los Pinos la contradicción hablar-decir en y con el ejercicio del poder. La derrota destruyó la máscara: quedaron a la intemperie los hechos sin palabras y las palabras sin hechos. Y surgieron el laberinto y la soledad malos, como el infinito negativo de Hegel. El primero, porque si el fracaso se achaca a lo que se hizo, habría que intentar echar lo realizado para atrás, lo que es imposible.

La segunda, porque si se achaca la derrota a lo que se dijo, habría que dinamitar el lenguaje que hasta ahora se utilizó, lo que equivaldría al silencio o a un cambio radical del discurso. Si lo que hizo estuvo mal, el PRI debería reconocer que tuvo la razón el PRD. Si lo que vino diciendo estaba equivocado, entonces tendría que dar la razón al PAN. Nada más laberíntico y solo que el PRI en esta hora de la Nación.

Esto es más cierto, si así puede hablarse, en la medida en que el discurso del PRD no obtuvo respaldo entre los electores, especialmente entre los jóvenes. Y era el discurso de la Revolución Mexicana. Quizás aquéllos entendieron lo que hace 50 años aseveraba Octavio Paz: era un discurso sin ideas y sin ideas para el futuro, que cayó en lo que el mismo autor predijo: "la adoración de los jefes".

Es por demás notable que la victoria del PAN hubiese podido generarse a partir de una sola palabra que bien puede ser adverbio o interjección: el término "¡Ya!", que al

mismo tiempo expresaba un “¡basta!” y un “¡ahora sí!”. Y no es que el Partido vencedor careciera de ideas y se refugiara en un monosílabo por falta de éstas. Es que no fue necesario expresarlas ni proponerlas, no obstante constaran en documentos diversos del Partido y de la campaña; es que bastó apelar al hartazgo que, incluso a pesar de las cosas buenas que dejó el régimen priista, había generado esa suma de “la mentira y la inautenticidad” a la que hizo referencia el *Laberinto*, en tanto que causa de “nuestra marcha excéntrica”. Los nuevos vencedores, que no tuvieron que recurrir a la violencia ni a la sangre para ganar, tampoco apelaron a los héroes míticos de la Revolución – Zapata, Villa, Carranza, etcétera – ni al mundo indígena igualmente mítico y perdido en el pasado ni a expresiones supuestamente arraigadas en el pueblo, como “soberanía nacional”, “nacionalismo”, “liberalismo” o “revolución”. No se puso en contra de esos dos “localismos”, de esas dos “inercias”, de esos dos “casticismos” a los que se refiere Paz y que son “el indio y el español”. No se definió ni a favor ni en contra del pasado. No se metió al lenguaje usado durante 70 años –50 de éstos han sido los del *Laberinto de la soledad*– para decir ni para decirse. Si acaso, dijo lo que piensa hacer, pero lo dicho ni siquiera contó. Sólo valió ese “¡Ya!”. En este sentido, ni siquiera podría decirse, como escribió Paz en relación con los “banqueros e intermediarios”, alertando acerca del peligro de un “neoporfirismo” –en los años 50–, que los vencedores del 2000 gobernarán con la máscara de la Revolución: no se la pusieron para ganar.

Lo que ahora parece necesario preguntarse es si a partir de ese “¡Ya!” podremos salir de lo que Paz llamó “autofagia” y entrar en lo que llamó “invención de un nuevo sistema” que nos encamine hacia un futuro sin mal laberinto y sin mala soledad. Si vamos a ser capaces de “separarnos del que fuimos para internarnos en el que vamos a ser” y de, simultáneamente, tener conciencia de nosotros y encontrar a los otros: si vamos a aprender a vivir más que a morir, si podremos “oponer a los hielos históricos el rostro móvil del hombre”.

Todo lo que acaeció o que culminó el 2 de julio invita, si es que no ordena desde las urnas, que las partes políticas de México se reconozcan, se acepten, se entiendan y se decidan a cooperar. No va a ser fácil, en la medida que la política laberíntica, la de las malas soledades, la que tal vez León Felipe llamaría de “átomos que se muerden” ha sido la mejor tratada por los medios de información y por los formadores de opinión. En este mismo sentido es la que más temen poner en práctica los políticos, cuyo ensimismamiento laberíntico es aplaudido y cuya apertura a los otros es frecuentemente presentada como innoble transacción y hasta como traición.

Quizá lo que ahora necesitamos, y lo digo citando a Paz y a su *Laberinto*, es “aprender a mirar cara a cara a la realidad”, e “inventar palabras e ideas nuevas para estas nuevas y extrañas realidades que nos han salido al paso”. Tal vez, sobre todo para quienes nos encontramos fuera de la política partidista, sea ahora especialmente, urgentemente cierto e imperativo pensar y expresar que el futuro, para no repetirse como políticamente laberíntico y solo, tiene que ser de encuentro y de diálogo entre personas y sociedades que se atrevan a salir de sí hacia los otros y componer con otros el futuro común. Sólo en esa soledad que es pena, porque es responsabilidad asumida

y pensamiento sin censura ni temor, búsqueda conciente de vínculo, construcción de una organización racional de libertades con base en el respeto a la dignidad humana y en la ley, radica lo que Paz llamo “una promesa del fin de nuestro exilio”.

Intervención del autor en el auditorio “Raúl Bañeres” del Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), el 21 de agosto de 2000. Participaron también, con sendas ponencias en la misma mesa, Luis Medina Peña, Rafael Segovia, Enrique González Pedrero y Federico Reyes Heróles, coordinados por Jesús Silva-Herzog Márquez.

27-VIII-2000

EL PABELLÓN DE LA MUERTE

Resulta cuando menos curioso que, al mismo tiempo que se multiplican las informaciones críticas acerca de las personas –sobre todo de nacionalidad mexicana– que esperan turno en los pasillos que conducen a las tétricas salas en que serán ejecutadas después de largos procedimientos judiciales, en los Estados Unidos, proliferen los reportajes en que se sugiere la necesidad de dar en México rango de legales a las penas máximas que, sin juicio previo, se decidan en contra de los más indefensos y vulnerables de los hombres: los que aún no han salido del vientre de sus madres.

Nos indigna y aterra que aún esté vigente en el vecino país del Norte, la pena capital. Simultáneamente, empero, se impulsa aquí algo terrible: que las entrañas de las madres, cuna y escudo de la vida, pasen a convertirse en pabellones de la muerte. Con una diferencia radical, por cierto: los nacidos, eventuales sentenciados a morir, no habrán sido oídos en juicio, ni contado con defensor legal, ni expresado su parecer ante las cámaras de televisión, ni ejercido presión sobre sus legisladores y jueces, pese a que, en esta “querrela”, son los únicos absolutamente inocentes en cualquier hipótesis relativa a la conveniencia, la inconveniencia, la pertinencia o la impertinencia de un aborto que, para ellos, equivaldría a una ejecución sumaria en tiempo de guerra.

Los violadores tienen y tendrán siempre abogados, así sea de oficio. No les faltará apoyo –justificado, creo yo– para evitarles la pena capital, castigo que cada día se percibe como más bárbaro, menos humano, más ineficiente y menos congruente en relación con una justicia que, haga lo que haga, no pasa de ser asunto temporal y falible. Tampoco faltarán voces –las oímos y las escuchamos intensas– a favor de las mujeres que por una razón o un pretexto desean abortar. Y, por cuanto hemos advertido recientemente, los defensores de la vida del no-nacido no sólo serán abrumados por los “políticamente correctos” que los señalarán como reaccionarios y cavernícolas, sino que incluso podrían pasar a ser ¡los acusados! En todo caso, incluso éstos tendrán oportunidad de defenderse por sí o por abogados.

Mudos, solos, sin poder decir una palabra *pro vita sua*, sin Partidos Políticos o grupos "civiles" que presionen a su favor, sin voz en las encuestas, sin cámaras ni micrófonos a su alcance y a la merced de los que ya nacieron, quedarán los que aún viven dentro de los senos de sus madres. Indefensos esperarán que los fuertes, los que hablan, los que escriben y los que opinan, decidan su suerte. Débiles entre los débiles son esos hombres de un día, siete semanas, dos meses de edad intrauterina. Es más, dictado el fallo de los poderosos, no habrá para ellos solicitud viable de clemencia, ni invocación efectiva de "inclusión" en la sociedad, ni expresión audible del derecho de las minorías vulnerables a programas públicos de auxilio y sobrevivencia. No serán objeto ni sujeto del Progreso, ni del Plan DN-III; damnificados sin Cruz Roja, Blanca o Verde.

Todo se juega en la certidumbre de que el humano por nacer sea ya precisamente ser humano. Ayer, el último argumento a favor de salvarle la vida era el de la "lógica del cazador": si tan sólo se sospecha que lo que hizo mover las ramas puede ser un hombre, no se tira del gatillo de la escopeta. Basta la duda. Hoy, que hasta la caza deportiva y la fiesta brava son impugnadas por razones "humanitarias" y que se sabe a ciencia cierta –gracias al prodigioso descubrimiento del genoma humano– que el no-nacido, de las horas o los días que sea, es un ser humano en desarrollo, distinto de su padre y de su madre, único –como también lo es un niño de un año, un adolescente de 14 o un joven de 20 años–, la cuestión no es disputable: la vida humana, desde el instante inicial de su existencia, es la de un sujeto de Derecho cuya muerte no puede ser decretada en términos y circunstancias que horrorizarían al juez del más criminal de los criminales, hombre éste con derecho a un juicio, a una defensa y a un respeto por su dignidad, incluso a pesar de lo que él mismo ha hecho.

Una sociedad democrática merma en calidad cuando deja a algún grupo vulnerable a la merced de lo que acerca de éste decidan los más fuertes. Es más, la democracia es incompleta y corre el riesgo de perderse si el derecho a la vida de cualquiera de los seres humanos que en tal sistema viven, queda a juicio de otros. No es la "deseabilidad" de un ser humano lo que lo constituye en sujeto de derecho, al menos en democracia. Por el contrario, son las tiranías las que hacen listas de indeseables que rápidamente se transforman en ejecutables: ahí están los judíos, los gitanos, los comunistas y los católicos en tiempos de Hitler o de Stalin. Espanta pensar que, bajo tales tiranos, hubo médicos especializados en matar y olvidados de salvar vidas, escudados en legalidades infames o en criterios políticos que fueron y son insostenibles ¿Quién define y por qué define que hay seres humanos "no deseados", y hasta dónde se puede llegar en barbarie si el ser "no deseado" es "ejecutable", sin importar la edad o el tamaño de éste? ¿Basta que el ejecutado sea pequeño para que el ejecutor ponga su conciencia en paz? ¿Basta que no veamos su agonía para que no nos subleve?

¿No es la historia de la democracia la de la lucha por igualar, como sujetos de Derecho, a quienes son diferentes de hecho? ¿Y no es la ciencia, hoy, la que nos dice que en el primer instante de interacción entre las células masculina y femenina ya aparece un ser totalmente nuevo y diferente, con todas sus potencialidades? ¿Se le puede conceder capacidad de transformarse a un asesino que ya delinquirió y no a un humano que no

ha hecho más que comenzar a ser? Parece contradicción flagrante militar en contra de la pena de muerte para los criminales y, simultáneamente, a favor de legalizar la ejecución sin juicio ni defensa de los no-nacidos. Legalizar el aborto es hacer de cada vientre materno un posible pabellón de la muerte, en el que un inocente y débil aguarda, sin recurso ni apelación posibles, la decisión que acerca de su vida tomen uno o más adultos vivos, fuertes, quizá culpables y protegidos por la ley. ¿Llegará el día en que tengamos que confiar el resguardo de la vida humana al "humanitarismo" de los miembros de las sociedades protectoras de plantas o de animales? ¿O el día en que los médicos habrán de ir a la cárcel por salvar una vida de hombre? ¿O en el que el verdugo no tendrá que encapucharse porque su trabajo contará con el reconocimiento y el aplauso de la sociedad? ¿Lo único que puede imaginarse —en un mundo tan lleno de instrumentos maravillosos y en el que se ensalza y premia la creatividad— para resolver problemas humanos gravísimos, es matar a seres humanos? ¿Hoy, que se invierten millones de pesos o de dólares para resguardar águilas calvas, buitres barbados, tortugas marinas y ballenas grises, por medio de leyes cada vez más estrictas y de agrupaciones cada vez mejor pertrechadas, ¿no hay dinero ni es posible crear instituciones legales y filantrópicas para salvar vidas humanas?

¿Estaremos a punto de crear el más terrible de los pabellones de la muerte? ¿Pondremos en el acta de nacimiento de nuestra democracia la legalización de la pena capital para inocentes que no serán oídos en juicio, ni tendrán defensa y para débiles y vulnerables que quedarán a la merced de lo que decidan para ellos los más fuertes?

10-VIII-2000

BARATO, RÁPIDO Y PRODUCTIVO

Para nadie es un secreto que el Estado no cuenta con más dinero del que los ciudadanos, de buen talante o por constricción, le damos. Tal vez no es casualidad que al conjunto de los dineros que de un modo u otro le entregamos, se le conozca como impuestos. Es algo que nos imponen nuestros legisladores y que a ninguno, o a muy pocos ciudadanos —entre santos, cívicos y masoquistas— nos agrada pagar. De allí que la existencia y el monto de tales gravámenes no suelen ser sometidos a referéndum ni a plebiscito ni a consulta popular. Son votados en los parlamentos o en los congresos o en las asambleas; cuerpos legislativos en que se coagulan maneras diversas de ver al hombre, al mundo, a la historia, a la sociedad y al Estado, divididas en grupos que se llaman Partidos. Los grupos parlamentarios de los Partidos discuten y deciden qué impuestos se fijarán a los ciudadanos y en qué y cómo se va a gastar lo que el Estado recaude. Si estos asuntos se pusieran a votación del conjunto de los presuntos causantes o contribuyentes, los Estados andarían en la penuria y quizá los legisladores no tendrían de dónde cobrar sus sueldos. Basta echar una mirada a las "encuestas" que ahora andan de moda en los medios de información, para descubrir que el pago de contribuciones no goza del aprecio de los consulados.

Bien decía Octavio Paz que la democracia no es cosa de la naturaleza, sino de la cultura. Es decisión pensada y decidida por los seres humanos, como lo es también el Estado mismo, instrumento de la sociedad para seguir siendo tal, es decir, para mantenerse unido gracias a la justicia, y para conservar su capacidad de evolucionar en virtud de la libertad. Pagar impuestos es, si se coincide con el planteamiento anterior, darle al Estado herramientas para mantener a la sociedad en la unidad ordenada y justa que permite a cada hombre ser libre, en el marco de leyes obligatorias para todos, incluidos los que forman parte del gobierno y del propio Estado.

Es en este marco que es preciso pensar el espinoso tema de los siempre impopulares impuestos. Lo normal es que el Partido que gobierna quiera cobrarlos, en tanto que los que quedan en la oposición se nieguen a permitirselo, porque así ganan popularidad y pueden avanzar hacia el poder. Hace algunos años, por ejemplo, el PAN se opuso al aumento del IVA, y una vez que el PRI consiguió elevar el monto de esa tasa, hizo toda una campaña en contra del tricolor utilizando incluso unas calcomanías muy ingeniosas que rezaban: "A mí no me culpes. Yo no voté por el PRI."

Ahora la situación es la contraria. Es el recién electo gobierno panista el que quiere alzar el IVA, y es la oposición priísta la que se resiste, con el apoyo, como antaño lo tuvo el PAN, de los legisladores del PRD. Se diría que cada uno piensa que el cobro de impuestos es bueno si lo decide él, y malo si lo exige otro. O que el asunto no es central, sino epidérmico y, por tanto, decisión que se apoya o se rechaza de acuerdo con intereses coyunturales, más bien electoreros. Se dirá que la forma irregular en que el PRI se impuso y el modo ineficiente y deshonesto como gobernó en otros tiempos eran razón suficiente para tratar de atarle las manos a sus gobiernos, y algo de cierto hay en esto. Pero ya es hora de que las mentalidades cambien. Si no, en democracia, cualquier gobierno, de cualquier Partido, tendrá las manos encadenadas para hacer del Estado un servidor de la sociedad.

En estas materias todo procede, al menos ahora, de una constatación: casi 87% del presupuesto para el año 2001 está, como suele decirse, "amarrado" o, si se quiere, predeterminado. En ese porcentaje se encuentran los servicios de deuda externa del país, las aportaciones del Estado a las pensiones de los trabajadores, los sueldos de médicos y de maestros, los subsidios a los productores agropecuarios, el rescate de las instituciones bancarias tanto públicas como privadas, etc. Queda, para todo lo que el Estado tiene que hacer, y pronto, 13% del billón y cien mil millones de pesos que constituyen el total del presupuesto federal. Y es obvio que no alcanza.

Los estudiosos no partidistas de los asuntos presupuestales coinciden casi unánimemente en que las diversas exenciones al pago del IVA distorsionan gravemente la economía nacional. Asimismo, tanto ellos cuantas instituciones internacionales como el Banco Mundial (BM) o el Interamericano de Desarrollo (BID), señalan que las democracias recientes de América Latina tienen ante ellas el reto de la calidad, es decir, el de los servicios públicos eficientes y el apoyo al desarrollo con justicia social, si no se quiere que decepcionen a la mayoría ciudadana. Y, entre los instrumentos ineludi-

bles para lograr tales propósitos, está el de mejorar la capacidad recaudatoria de los Estados. Teóricamente, el razonamiento es inobjetable. De allí que diversas voces del equipo de Vicente Fox Quesada, y el propio presidente electo, haya sugerido la necesidad de tasar con el IVA a los alimentos y a las medicinas. Como se vio, de inmediato hubo expresiones adversas al intento anunciado. Explicables no sólo por la historia de mal gobierno y de mezquindad partidista que hemos vivido, sino por el impacto negativo previsible que tal cobro tendría sobre amplios sectores de la población. Lo menos que puede decirse del anuncio es que fue imprudente. Tendría que haber sido consensado previamente, en consonancia con los nuevos tiempos políticos, y sobre todo, porque el Partido de Fox no puede aprobar tal medida con sus solos votos en el Congreso de la Unión. De suerte que estamos, a todas luces, frente a lo que podría ser el primer aborto del nuevo gobierno. Y estamos ante el *revival* del pasado, es decir, de regreso a los días en que se hacía creer a los mexicanos que podían tener escuelas, hospitales, carreteras, puertos y hasta títulos profesionales sin costo alguno, monetario o académico. Sin embargo, hay un procedimiento barato, rápido y productivo para aumentar los ingresos de la administración pública, sin necesidad de consensos legislativos, ni de alza a los impuestos, ni de reformas legales. Se trata de la aplicación estricta de las normas que están vigentes. Se trata del cumplimiento inmediato de la promesa de "guardar y hacer guardar la Constitución" y las disposiciones secundarias que de ésta emanan.

Allí está, por ejemplo, el caso del contrabando masivo de productos elaborados o semielaborados con que es inundado el mercado nacional, muy probablemente con la complicidad de todo tipo de autoridades. Al parecer, según empresarios que han estudiado el asunto, son miles y hasta decenas de miles de "contenedores" los que atraviesan ilegal y cotidianamente nuestra frontera norte, o que a diario ingresan por nuestros puertos, sin pagar gravamen alguno y en perjuicio de los productores y comerciantes nacionales que actúan dentro de la ley. Enormes volúmenes de tela, de artículos eléctricos y electrónicos y otras manufacturas penetran así a México, son almacenados en bodegas "clandestinas", van a dar a manos de los "informales" e incluso a muy formales vitrinas que no podrían competir si sus rivales callejeras gozan de privilegios y aquéllas tienen que cumplir cuanto mandan las normas.

Atacar de inmediato este problema proporcionaría al Estado no sólo aquellos ingresos fiscales derivados de la importación, sino los que en cascada dejan de pagar quienes comercian con tales bienes ilegalmente introducidos al país que, además, merman considerablemente el empleo y el salario de mexicanos, lo que también constituye evasión, bache o fuga fiscal. La cuestión del imperio de la ley, es, en consecuencia, capital para ampliar la capacidad recaudatoria del Estado, la de crear empleos y la de pagar salarios. Y no implica necesariamente gravar más a nadie; es cosa de exigir drásticamente a los responsables de cuidar nuestros confines, que cumplan con su deber. El Estado de Derecho es barato, rápido y productivo.

Cabe añadir que, de acuerdo con análisis e investigaciones diversos, los países que han logrado mayor prosperidad y justicia social no esperaron llegar a tal estadio para

ser Estados de Derecho, sino precisamente al revés: partieron de la ley y su vigencia para llegar al desarrollo y a la equidad.

Habrà quien aduzca en contrario que es una barbaridad obligar a la legalidad a los pobres. Es una falacia. Ya señalaba Michel Foucault que los malos gobiernos se distinguen porque las autoridades se sienten y actúan por encima de la ley, y porque bajo su batuta los criminales se saben y operan por debajo de aquélla. Y que la autoridad que procede contra las normas impulsa los comportamientos ilegales. De modo que buen gobierno es el que impone a gobernantes y gobernados el respeto a las normas. Si la pobreza es razón para violar impunemente el Derecho, además, serán a fin de cuentas los pobres quienes padezcan más: ellos no tienen con qué pagarse protección privada. Los ricos vivirán en islas artilladas, en tanto que los pobres estarán en batalla constante de todos contra todos. Y el Estado recaudará menos y tendrá que gastar más. Las seguridades jurídica y pública son, en consecuencia, elemento crucial para el desarrollo y la justicia, y también para el flujo de recursos a las arcas nacionales. La inseguridad pública es hija de la lenidad, corrupción o incompetencia de las autoridades en su obligación de hacer valer el Derecho.

Finalmente, el imperio de la ley genera en los ciudadanos la convicción de que puede creer y confiar en sus gobernantes. Lo que no es poco; son los Estados y los gobiernos creíbles y confiables los que con más eficacia pueden convencer a particulares y a opositores de la necesidad de cobrar contribuciones. Y es que, bajo el imperio universal del Derecho, tal cobro no se percibe como una imposición, sino como la aportación debida y razonable de recursos para la generación de bienes públicos.

Será más fácil ir de la legalidad al IVA que del IVA a la legalidad. Y lo primero es mucho, muchísimo más barato –pecuniaria y políticamente–hhh que lo segundo.

3-VIII-2000

CONTRA LA CAPITULACIÓN DEL ESTADO

Lo vemos a cada rato. Lo padecemos casi diario. Cuando no son algunos deudores que atan sus caballos a las rejas del Congreso de la Unión, para luego tirar de éstas hasta derribarlas, es que se trata de unos estudiantes que secuestran autobuses o destruyen instalaciones universitarias, vitrinas de comercios o casas particulares; o periodistas que destruyen famas y honras. La autoridad o la policía protegen a los que así actúan. No a las víctimas. Las minorías violentas – de obra o de palabra – ya aprendieron que pueden hacer lo que mejor les plazca o convenga. No se aplicará sanción alguna y, si llega a aplicárseles, se declararán reprimidas, se proclamarán acosadas por la autoridad. Ésta, finalmente, dará marcha atrás. Llegará incluso a pedirle a los verda-

deros agraviados que retiren los cargos contra los promotores de la barbarie. Si es que no, en el colmo, se las ingeniará para pagarles las finanzas y soltarlos. Violar la ley es asegurarse el acceso al diálogo. Es trepar al cielo de las "soluciones políticas".

Hace más de medio siglo, Chesterton alertó —en *El hombre común*— acerca de las desmesuras a que podría llegar la democracia en contra de quien se suponía su beneficiario por excelencia: la persona normal, el ciudadano promedio. El autor llamó la atención de sus contemporáneos en relación con un sistema de gobierno que, teóricamente, debe responder a la mayoría pero que, por algún sendero misterioso, se convertía en esclavo de las minorías. Con su peculiarísimo humor, el escritor inglés recordaba que, antes de la democracia, el trabajador podía ir a la cantina del barrio, al término de su jornada, a tomarse una cerveza y jugar cartas, apostando algunos peniques con sus colegas. En democracia, añadía, el juego le está vedado al hombre común, pero puede acometerlo legalmente el hombre fuera de lo común: el rico que arriesga dineros propios y ajenos, en cantidades astronómicas, en la bolsa de valores. Agregaba que la democracia hizo posible la edición de libros que entienden los menos, y escolló el paso a los que comprenden los más. Y remataba su elenco de ejemplos con una premonición: algún día se prohibiría dormir a seis millones de ingleses comunes porque a seiscientos compatriotas excéntricos con capacidad de escándalo, se les ocurriría sostener que la gimnasia bien puede, y mejor debe, sustituir al sueño. Que hoy no sea impedido transitar a los más porque bloquean el paso los menos, en algo se parece a la profecía chestertoniana.

Hace poco más o menos año y medio, por ejemplo, un grupo de jóvenes decidió causar destrozos a los vehículos estacionados en torno de la Plaza de Coyoacán, en nombre del disgusto que les ocasionó la suspensión de un concierto anunciado por las autoridades delegacionales. Ante la queja de los perjudicados, hubo entonces quien, para lavarse las manos, les explicó a éstos que había que comprender a los muchachos: estaban justamente irritados. Pero el hombre común que no fuera joven, se encolerizara con justa razón y rompiera los cristales de un domicilio vecino, seguramente no gozaría de la misma comprensión. Se le aprehendería, se le seguiría causa judicial y se le obligaría a pagar daños y perjuicios.

¿Qué nos está enseñando el Estado con sus continuas capitulaciones? Que si una mañana se nos antoja prenderle fuego a un almacén sin correr riesgo alguno, basta que encontremos a cuatro o cinco auxiliares, nos declaremos agraviados por los conquistadores hispanos del siglo XVI o marginados por los políticos mexicanos del XX, hagamos pública nuestra indignación, exhibamos nuestra irritación o anunciemos nuestra criminal píromanía para que encuentre la complacencia de la autoridad, la comprensión magnificadora de ciertos formadores de opinión y la audiencia de una comisión a la que podremos hasta mentarle la madre. Si nuestras víctimas son tan astutas como nosotros, las autoridades les darán dinero para calmarlas. El Estado capitulará así dos veces. Algún alto funcionario me confió un día que, a ciertos ejidatarios con los que se llegó a un trato y a los que se les pagó generosamente por sus terrenos para edificar sobre éstos un complejo hotelero, cada año había que volverles a hacer el mismo pago,

más inflación, por supuesto. De no complacerlos, tomarían las instalaciones. Con este tipo de lecciones aprendemos que el Estado no es el custodio del bien común, sino el esclavo de los intereses particulares.

Aprendemos asimismo que no hay más justicia que la que se obtiene por la propia mano, con lo que desaparece el Estado como forma superior de organización de la sociedad, en la que los problemas o los conflictos se resuelven o, cuando menos, se productivizan, por medio de una instancia neutra, sujeta a leyes y por encima de las partes. Aprendemos que no es el Estado el que asegura la paz entre los ciudadanos, sino que es la fuerza que consigamos como ciudadanos la que nos garantizará no ser molestados. Aprendemos, en síntesis, las ventajas inefables del régimen feudal y las maravillas indescriptibles de los señoríos de la guerra.

Por supuesto que todo lo anterior se hace en nombre de la compasión o de la defensa de los más débiles, de los más pobres. Sin embargo, si el proceso se acelera, serán precisamente éstos los que menos protección conseguirán. Serán los ricos y los fuertes los que acumularán más fuerza e impondrán su ley del músculo, el billete o la pistola. Será la minoría mejor pertrechada la que mande. Sin Estado no hay democracia, como no la hay sin imperio de la ley. Capitular en nombre del pueblo. Toda minoría pacífica que descubra la eficiencia del método con que las minorías "irritadas" logran sus propósitos, imitará a éstas. Y nos despeñaremos hacia lo pre-estatal: las tribus con sus lanzas. Y surgirá la tentación de elegir en las urnas –gracias a la democracia sin Estado– a nuestro Leviatán que, por filantrópico que sea de manera intermitente, será siempre y esencialmente ogro.

Archivo de la Fundación Rafael Preciado Hernández, A.C.

¿QUÉ GOBIERNO PARA MÉXICO?

Hace exactamente cuatro años, la Confederación Patronal de la República Mexicana hizo el favor de invitarme como conferenciante a una asamblea semejante a la que hoy tiene verificativo en este lugar. Para aquella ocasión, los organizadores me asignaron como tema el de la recurrencia de las crisis sexenales; abordar este asunto es tan lógico cuanto oportuno. Empezaba 1996 y apenas íbamos comenzando a salir, dolorosamente, de la tormenta económica y financiera de 1995, recurrencia por antonomasia de las crisis que marcaron los finales de los tres ciclos políticos sexenales precedentes.

Sostuve entonces que las crisis sexenales de tipo económico y financiero eran en buena medida efecto de la falta de democracia que durante tantos años produjo, a su vez, un sistema de gobierno que se las ingeniaba, por medio del fraude electoral, para no tener que rendir cuentas de su gestión y para no pagar en las urnas el precio de

sus errores. Añadí que, en alguna importante proporción, esta carencia democrática tenía que ver con el hecho de que un número relevante de empresarios reiterara cada seis años, a veces sólo en público, en ocasiones tanto en público como en privado, su creencia en que sólo el PRI sabía cómo gobernar, a pesar de que, sexenio tras sexenio, los hechos mostraban lo contrario y dejaban a los creyentes reducidos a crédulos. Critiqué entonces a los empresarios que, en el ámbito de su actividad, proclaman la necesidad de asumir riesgos, pero no se atreven a arriesgarse en política. Dije que la recurrencia de las crisis corrían en paralelo con la recurrencia de la credulidad empresarial. Pregunté cómo podía ser que los profesionales de la eficiencia y el rendimiento procedieran en política al revés de como actúan empresarialmente, y volvieran a firmar contrato político sexenal con quienes habían demostrado ostensivamente su ineptitud como gobernantes. Como recordarán quienes estuvieron aquí entonces y de nuevo lo están hoy, hice asimismo reconocimiento público de lo que muchos empresarios, sobre todo miembros de la Coparmex, habían hecho remando contra la corriente al participar social, cívica y políticamente en la construcción de la democracia y ayudar así a poner término a las recurrentes crisis sexenales.

No es poca el agua que, de entonces y hasta hoy, ha corrido bajo los puentes de las campañas electorales. Todo indica que, elecciones presidenciales a la vista, la Coparmex – como muchos otros observadores y actores de la vida nacional – no presiente ni prevé una crisis económica y financiera sexenal, ya que el tema de esta ocasión es “el papel del gobierno de cara al México del siglo XXI, y que así pretende romper con la paradoja que, en frases de Luis Salazar Carrión, marca a nuestra generación de mexicanos: la de haber pasado de ser ayer optimistas no obstante todo lo malo comprobable, a ser hoy pesimistas a pesar de todo lo bueno perceptible.

De aquí que resulte lógico que la Coparmex hubiese optado por pensar en común acerca del papel del gobierno en el México del futuro, de un futuro que ya tenemos aquí. Asumo, suponiendo sin conceder, que la Coparmex tiene razón. Que lo más probable es que nos salvemos de la maldición sexenal que ha obligado a los presidentes entrantes a comenzar su mandato administrando una crisis y que, en consecuencia, hay que reflexionar qué papel habría de cumplir una autoridad liberada de este estreñimiento. Intentaré aportar algo a tal reflexión. Algo relativo a las relaciones entre el buen gobierno y el tiempo.

“Que el tiempo vuelva”, nos lo hizo saber el poeta Ovidio en sus *fastos*. Horacio se quejó en sus odas de que nos roba el día y San Agustín nos enseñó en sus *Confesiones* que el tiempo no toma vacaciones. Santo Tomás de Aquino explicó en la *Summa Teológica* que el tiempo no es lo mismo que la eternidad, sobre las huellas de Aristóteles, que lo definió como “la medida del movimiento”. Hegel, dialéctico hasta para ver el reloj, decidió que el tiempo es “el elemento negativo del mundo sensorial” y nuestro Renato Leduc nos pidió “dar tiempo al tiempo”. Los diseñadores de relojes de sol escribieron en torno de la elipse de las horas: “todas hieren, la última mata”.

A pesar de todo, bien puede asegurarse que la inteligencia del hombre no ha sido

capaz de asir la esencia del tiempo. Medirlo ha sido su obsesión, tal vez como último reducto de la razón derrotada por el objeto inasible de sus afanes. Dólmenes, piedras talladas, fases de la luna, clepsidras, cuerdas anudadas, arena que fluye, pesas, resortes, baterías, pulsaciones del cuarzo, revoluciones de Venus o de las estrellas... ¿qué no ha sido utilizado para medir el tiempo? Nos apasiona, nos enfurece o nos es indiferente perder el tiempo; nos entusiasma, preocupa y ocupa ganarlo, pero se nos escapa. El tiempo pasado ya no es; el futuro todavía no es; el presente es instantáneo y evanescente; así lo piensa San Agustín, quien prefirió dedicar sus afanes temporales –tal vez más pragmático que cualquier físico– a conocer dos y sólo dos cosas extratemporales o quizá supratemporales: Dios y el alma.

Dejemos este asunto en paz en lo que tiene de científico, de literario, de filosófico o de teológico, pues el mismo Agustín ya dejó claro que, si nadie nos pregunta qué es el tiempo, sabemos qué es, pero si le queremos explicar a alguien lo que es, no lo sabemos y habremos de aceptar humildemente, con Berlioz, que se trata de un maestro que va matando a sus discípulos. Quedémonos, por tanto, con la certeza indestructible del huapanguero: el tiempo que se va no vuelve. O, dicho de otro modo, se trata de un bien no renovable, absolutamente no renovable, que carece de sustituto o de reemplazo y que no puede recuperarse reciclando nada. En términos beisboleros, se trata de un bateador sin emergente imaginable; en lenguaje de mecánicos, nos topamos con una pieza sin refacción posible. Y si esto es así, como parece que en efecto lo es, tendremos que concluir que el peor daño que se puede infligir a un hombre o a una comunidad es hacerle o hacerles perder el único bien que no pueden recuperar en caso de perderlo: su tiempo. El despojo es, en este caso y en este ámbito, absolutamente irreparable.

Me ocurre en consecuencia pensar que sería posible medir la bondad de un gobierno en términos del tiempo que hace perder, por negligencia o por ineficiencia, por estupidez o por malevolencia o por cualquier otra razón, a sus gobernados. Estos intuyen el tamaño de la pérdida como lo demuestran expresiones o prácticas cotidianas. Los padres de familia que vivimos en ciudades como el Distrito Federal solemos decir, por ejemplo, que la mejor escuela es la que está más cerca de nuestra casa, porque sabemos que la distancia se mide en tiempo de traslado. Gabriel Zaid ha mostrado que la “mordida” no suele ser un acto deliberado de corrupción, sino una conducta racionalísima de quien no quiere verse obligado a perder su tiempo, lo que también podría pensarse en relación con la evasión fiscal o con la decisión de no denunciar al delincuente que nos robó o nos agredió. Se trata de defensas naturales contra la pérdida irreparable de tiempo, más que de pecados contra el civismo. El ciudadano, el elector, profesa una más que verificable aversión contra lo que obligue a hacer una cola o realizar un trámite que le lleve demasiadas horas, días, semanas o meses. Instintivamente uno se hace cliente del banco más cercano a su oficina o del que le ahorre tiempo. Este sentimiento se agrava considerablemente en nuestra era cibernética de consulta y respuesta, demanda y oferta casi instantáneas.

Un gobierno, en consecuencia, será mejor en la medida que nos salve de perder el

tiempo, puesto que aquí no vale aquello de que “de lo perdido, lo que aparezca”, ya que del tiempo que se extravió no aparecerá ni una brizna.

Los ejemplos sobran. Contemos sin mayor detalle el número de horas que un trabajador o empleado, usuario inexcusable del transporte público, consume diariamente en trasladarse de su domicilio a su sitio de labor, y para hacer el camino de vuelta. Pensemos en el caso semejante de los maestros y alumnos. Una autoridad incapaz de ordenar el tránsito o de proporcionar a los súbditos servicios públicos eficaces, puntuales y rápidos de transporte, acaba despojando a miles y tal vez a millones de seres humanos, de miles y tal vez millones de horas, lo que podría equivaler a robarles miles y tal vez millones de pesos.

Un Estado que no puede brindar buen servicio de electricidad no sólo es un productor de “apagones”, sino un ladrón de tiempo. El funcionario que nos “muere” nos está vendiendo lo que no es suyo: nuestro tiempo. Además, le pone precio a lo irrecuperable y por tanto invaluable, lo que es una injusticia desmesurada. Tolerar o propiciar irresponsablemente que las ciudades se expandan sin freno en el espacio, por formular sólo uno de los corolarios de esta reflexión, es constreñir a quienes las habitan a ocupar más tiempo en desplazarse por ellas con cualquier propósito. Multiplicar los trámites burocráticos sin necesidad, es contribuir coercitivamente a que las personas dispongan de menos tiempo para ellas mismas, y no sólo durante el día de los hechos, sino para toda la eternidad.

La inseguridad pública puede medirse en términos de tiempo. ¿Cuántas horas pierden obreros, empleados, ejecutivos, directores, consejeros, accionistas, proveedores, clientes y consumidores ocupándose de cuidarse de todo tipo de pillos con lo que no puede la autoridad, diseñando sistemas de seguridad privada, calculando seguros contra robos, imponiendo medidas para evitar falsificaciones de documentos, estableciendo controles, entrenando personal, multiplicando operaciones, trazando rutas...? Sin hablar de secuestros; sin hablar sobre todo de asesinatos que, en términos de tiempo, son para las víctimas la pérdida definitiva y total de su tiempo: su salida sin retorno posible del tiempo.

Las buenas carreteras, los buenos puertos las buenas comunicaciones, las calles sin baches, la buena coordinación de los semáforos, la reglamentación efectiva de marchas y manifestaciones, la buena administración de los servicios educativos y de salud, el buen diseño de los procedimientos para el pago de impuestos y derechos, el buen funcionamiento de juzgados, la buena atención a las quejas, la buena respuesta en caso de interrupciones a los servicios públicos de agua potable y drenaje, el buen servicio de bomberos... todo es medible en términos de tiempo. Me atrevo a imaginar que podría ser racional y también razonable declarar que el primero de los derechos del hombre y del ciudadano es el derecho a tener tiempo o, si se quiere, a no verse obligado a perder su tiempo por obra y desgracia del Estado de gobierno.

Países como Suecia, Alemania, Suiza u Holanda, son ejemplos de administración

pública consciente de la irrecuperabilidad e irrenovabilidad del tiempo de las personas, nacionales o foráneas. Salvo accidentes graves, lo normal es allí que la autoridad garantice a los gobernados que los autobuses urbanos e interurbanos, que los trenes y los barcos y los aviones saldrán a tiempo y llegarán a tiempo; lo cotidiano es que los gobiernos eviten que las calles y las aceras – que en nuestro país suelen estar atiborradas de puestos y ventorrillos de la más diversa índole que nos hacen perder tiempo – se mantendrán libres de obstáculos para transeúntes y conductores. El pago de impuestos está sujeto a procedimientos sencillos, la obtención de documentos públicos u oficiales no equivale a perder tiempo. Creo que el respeto fundamental por la persona, de parte de la autoridad, es en concreto un cuidado escrupuloso por lo único que aquélla no puede recobrar si lo pierde: su tiempo; eso que, según Borges, es “la sustancia de la que estoy hecho”. Basta ver los rostros de los mexicanos que van en un autobús lento, contaminante y repleto, o de los compatriotas formados en una cola eterna en las oficinas del ministerio público o de Hacienda, o en una parada de autobuses, para descubrirlos agotados, disminuidos, desustancializados, deshumanizados.

¿Cuál sería, desde la consideración del tiempo en tanto que único bien absolutamente no renovable, el mejor gobierno, el gobierno que los mexicanos, electores o no electores, deseamos para el siglo XXI? Sin duda aquel que fuese capaz de organizar y ordenar la vida en común de manera que cada uno de nosotros pierda el menor tiempo posible o, puesto en positivo, de modo que cada uno de nosotros pueda disponer de más tiempo para sí, para sus actividades productivas, educativas, familiares, culturales, de esparcimiento, de descanso y espirituales. Y ¿cuál sería el peor gobierno y, desde el mismo punto de vista, el más ladrón? Aquel cuya estupidez y cuya maldad constriñera a sus gobernados a desperdiciar o a perder más tiempo. Dime cuánto tiempo me obligas a perder para siempre y te diré cuán mal gobernante eres; dime cuánto tiempo me ayudas a tener para mí, para mis gentes, para mis asuntos personales o sociales, y te diré qué tan buen gobernante eres. Y esto es válido para todos los poderes del Estado, que tanto tiempo han hecho perder durante tanto tiempo, y en especial en estos tiempos, haciendo tan largo el tiempo para llegar a una democracia y a un Estado de Derecho y de justicia social esperado por tanto tiempo y, por su dilatada ausencia, generador de nuestras pérdidas colectivas de tiempo. También lo es para los Partidos Políticos que, en campaña, parecen otros tantos monumentos al tiempo perdido en trivialidades y contratiempos.

Creo que los mexicanos tenemos el derecho y la obligación de exigirle a nuestro gobierno respeto por nuestro tiempo. Creo que tenemos el derecho y la obligación de exigirle, parafraseando a don Gregorio Marañón, que ese “patriotismo de la patria” de que nos presumen, al que nos convocan y que nos prometen los políticos en temporada de campaña electoral, debe concretarse, ya que se llegue al poder y sobre todo de cara al siglo XXI, en algo que bien podría llamarse “el patriotismo del tiempo”.

9-III-2000

CUESTIONES INDÍGENAS
SELECCIÓN DE INTERVENCIONES DE CARLOS CASTILLO PERAZA
DURANTE LA LIV LEGISLATURA
13 DE OCTUBRE DE 1998

Señor presidente; compañeras y compañeros diputados: los hechos a todas luces lamentables ocurridos ayer, obligan creo yo, a una reflexión sensata y razonable introducida hace un momento por nuestro compañero, sobre lo que podríamos llamar aquí y en América Latina entera, la cuestión indígena.

La cuestión indígena es un ingrediente de la cuestión nacional, no sólo mexicana sino fundamentalmente latinoamericana; desconectar una de otra creo que puede redundar en un ataque a las bases mismas de la unidad de América Latina. Me parece que es prudente que la lucha contra imperialismos de ayer o de anteayer, no redunde en el olvido de la lucha contra los imperialismos de hoy.

Los orígenes de los cinco siglos de la formación histórica nueva que es América Latina, no son mera negatividad ni mera positividad; leyendas negras y leyendas rosas por abstractas, pueden resultar inservibles y actuar contra nuestra autoconciencia histórica.

Aunque las proporciones demográficas del mestizaje son diferentes según los países del continente, y como lo acaba de reconocer nuestro compañero, América Latina es un mundo básicamente mestizo, lo que se prueba es que las denuncias en nombre de la dignidad de los pueblos indígenas no son hechas en la dispersión de mil lenguas, sino en una sola lengua.

Pienso que hay que tener cuidado con cierto indigenismo que busca la trivialización del continente americano, el cual piensa o si no lo piensa, tal vez sirva a los intereses de quienes quisieran ver este continente convertido en una especie de zoológico humano, a donde vinieran los etnógrafos extranjeros a tomarles fotos a las tribus que harán sus flechas, sí, pero las puntas con latas de coca cola, y creo que esto hay que tenerlo muy presente; aún donde hay más indígenas en nuestro continente, hay un mestizaje real.

Creo que la cuestión indígena tiene dos aspectos torales: uno, que es el hecho de que las comunidades indígenas forman la parte más pobre, más explotada, más discriminada, más necesitada de justicia, más necesitada de solidaridad y fraternidad, porque es víctima no de males inevitables como puede ser un ciclón o un terremoto, sino de males que se pueden evitar porque son obra de otros hombres que hacen víctimas y creo también que es la más necesitada de integración nacional. Este es un reto concreto para nuestros países y para el continente entero.

Hay otro aspecto de esta cuestión más ideológico: que se cultive el masoquismo latinoamericano respecto de sus raíces, que se quiera dividir el alma cultural mestiza

de América Latina contra sí misma, poniendo a sus dos partes en una especie de guerra, de tal manera que no seamos ni indígenas ni hispánicos y que se nos deje sin raíz, sin historia y desprovistos de la calidad de sujetos históricos; que seamos nada, que seamos nadie.

¿Y qué puede afirmar nadie?, ¿cómo se puede liberar nadie?, ¿quién se libera si no somos nadie?, ¿qué se desarrolla si no somos nadie?; nadie es la impotencia y es materia prima para que otros modelen, dominen y colonicen.

Esta cuestión por lo tanto es nacional. No podemos pensar en la tesis de ciertos Robinson Crusoes que aislados de todos los inconvenientes de la civilización, reciban por azar del naufragio ajeno y las corrientes marinas, los elementos de la civilización, y esto no se alcanzó gratis.

En la historia temporal no hay concepciones immaculadas. Cuando aquí llegaron los españoles, los diferentes pueblos indígenas vivían en guerra, los guatemaltecos estaban a punto de ser invadidos por los aztecas, los cuzqueños por los quiteños y los caribes se comían a los arahuacas. No pienso que sea conveniente desatar lecciones de fantasmas por medio de un indigenismo que sabe inglés y no quiere que los indígenas aprendan castellano; es imposible interpretar la historia solamente conspirativamente; las guerras y la barbarie están en la historia, pero no son las síntesis de la historia humana, y no tenemos por qué cultivar amarguras, desilusiones y fatalismos, en nombre de ciertas ideas abstractas.

El sufrimiento real del indígena marginado y sediento de justicia, es al que tenemos que responder, y en América Latina, como bien decía el compañero, hay indígenas pero también hay descendientes de africanos y también hay descendientes de europeos y hay mestizos y criollos, y ciertamente hay que acabar con la tesis de que lo único que vale es lo que se hace por el indio muerto, y lo que se haga por el indio vivo es subversivo.

No podemos pretender que el avance de la cultura deja las cosas igual que antes; si hoy pretendemos, amigos, dejar las cosas como eran antes, lo que estamos haciendo es que lo que fue el nuevo continente se vuelva el viejo y que el viejo vuelva a ser el nuevo; no se puede traducir hoy la matemática de Riemann a dos mil dialectos y hay que buscar esta integración respetando esas identidades.

Un procónsul norteamericano en México, Poinsett, escribió alguna vez que el único sentimiento político que los mexicanos podíamos ser capaces de experimentar, era una amarga aversión hacia los españoles, y utilizó eso precisamente para imponer política y culturalmente el dominio norteamericano sobre este país, como sobre Chile y sobre Argentina.

Nadie en este mundo puede renegar de lo que tiene para quedar cultural y espiritualmente en cueros, escribió Fuentes Mares, y amigos, si es momento de recordar

esto porque es cuestión nacional y no se entendería la cuestión indígena sin la cuestión nacional mexicana y latinoamericana.

El hombre mexicano concreto, indígena, mestizo, criollo, descendiente de africanos, a su vez descendiente de muchos otros pueblos que se han amalgamado en la historia, se ve en el caso de respetar y admitir racionalmente la multiplicidad de legados culturales que lo conforman, y aquí no hay que cultivar el resentimiento sino buscar la integración, de lo contrario seguiremos cambiando oro por espejitos.

GOVERNABILIDAD Y LEY ELECTORAL
INTERVENCIÓN DEL 29 DE AGOSTO DE 1989 EN LA
H. CÁMARA DE DIPUTADOS.

Señoras y Señores diputados: Quiero comenzar mi intervención agradeciendo a todos y cada uno de los compañeros que me han antecedido en el uso de la palabra, así como su esfuerzo, algunas veces muy brillante, de hacernos saber el punto de vista de los Partidos que representan y de manera especial, a uno de ellos, que en representación del Partido Popular Socialista, en un momento de posible cansancio nos ofreció 35 minutos de sano y necesario esparcimiento.

Es un honor y una responsabilidad estar aquí para iniciar juntos una tarea que por una parte es mandato popular, seguramente poco acatado, de dar a los mexicanos mecanismos jurídicos aptos para garantizar la legalidad de sus procesos electorales y a través de éstos, la indudable legitimidad de sus autoridades. Y por otra parte, es recuperación de la sustancia representativa de la institución parlamentaria, mermada durante seis décadas por la virtual monopolización de la función legislativa, ya ni siquiera por los legisladores que hacían mayoría, sino por el Poder Ejecutivo.

El hecho de que se hubiese convocado a propuesta de Acción Nacional a un período extraordinario de sesiones, de que en éste se someta al Congreso una serie de proyectos de legislación formulados por Partidos de oposición y de que el proyecto oficial sea presentado por los señores diputados priistas y no por el titular del Ejecutivo, son otros tantos avances que es preciso señalar y celebrar, pese a sus limitaciones.

Entramos a esta discusión en una etapa de transición crítica; digo transición porque no quiero caer en la tentación de hablar de parteaguas. La historia de México es un proceso, no una carrera de inéditos saltos de vallas que se califica según el momento en que cada corredor entró a la competencia.

No es justo reducir la historia nacional al tamaño de nuestros resentimientos, descubrimientos o euforias personales o de grupo, en tránsito hemos estado siempre pero no toda transición es crítica, es decir, no en todas como en ésta se juega algo tan

importante como la posibilidad de la construcción pacífica del país justo y libre que los mexicanos queremos.

Hoy nos encontramos, y qué bueno que así es, y que esto sucede precisamente en el ámbito y bajo la responsabilidad del Poder Legislativo, en uno de esos momentos en que un pasado lamentable no termina de morir y el futuro deseable no ha acabado de nacer o para decirlo con una frase de un también trancerrado español, Gallegos Rocafoul, en justa pública en la que al aire libre y en plena luz, lucha la verdad que todavía no es ley, con la ley que ya no es verdad. Situaciones como éstas están cercadas de escollos, así ha sido el camino hacia la democracia en México y no obstante a pesar de las tristes experiencias de antier, de ayer y hasta de hoy, Acción Nacional afirma que es posible superarlo; Acción Nacional rechaza el fatalismo porque lo considera una renuncia a la inteligencia y a la dignidad humana y reitera su confianza en que por el camino del diálogo sereno, exigente, racional, razonable y respetuoso, será posible avanzar más.

Nosotros reconocemos el valor de la legalidad y de las formas democráticas conquistadas a pesar de las trabas, aunque sabemos que ni la legalidad ni las formalidades agotan el concepto de democracia real, sabemos que ésta no se conquista de manera fulgurante e inmediata, pero también sabemos que no puede aplazarse irresponsable e indefinidamente su advenimiento y estamos convencidos de que este advenimiento requiere de un marco jurídico, razonablemente aceptable para todos, garante de los derechos humanos y políticos de las personas y de los diversos grupos sociales.

Hasta ahora, la dificultad mayor para lograr este marco ha estribado en una manera de pensar, de actuar y de legislar derivadas de una mezquindad pretenciosa, la de una parte del todo nacional que se arroga la titularidad del todo nacional; esa parte que ha detentado casi todo el poder durante casi todo el tiempo, ha determinado de algún modo oposiciones análogas que aspiran a oponer su falso todo al todo falso.

Por eso sostenemos que lo primero que hay que tener claro es que cada parte es eso, parte, tiene algo que dar y algo que recibir, algo que aportar y algo que disponerse a aceptar, estamos donde estamos porque entre pretensiones totalitarias explícitas o inconscientes no cabe más que la exclusión. Acción Nacional se asume como parte del todo; no excluye pero no acepta ser excluido.

El tránsito a esta visión pluralista complementaria integradora y a la nueva realidad jurídico-política que la encarna y le dé vigencia, no puede hacerse desde la anarquía, dicho en positivo, debe darse en el marco de un orden y con una autoridad; algunos han formulado esta necesidad en términos de cláusula de gobernabilidad, pero no hay que confundirse, hay sociedades totalmente gobernables en las que los ciudadanos carecen de todo derecho y de toda libertad porque el poder gobernante transforma legalmente a todo ciudadano en sospechoso, a todo disidente en enemigo de la patria o de la Revolución; a todo diferente en enemigo, a su hegemonía y necesidad histórica y a su historia en historia nacional.

En estos casos gobernabilidad es sinónimo de propensión a la tiranía, a la autocr-

cia, a que el Derecho esté al servicio del poder público, Derecho puramente privado o de máscara legaloide expresa o tácita, tras la que se esconde la voluntad de no compartir y menos ceder el poder.

Acción Nacional no acepta este concepto de gobernabilidad para el cual la democracia sería la causa de la ingobernabilidad; para el cual la democracia sería peligrosa para la democracia. Toda cláusula de gobernabilidad, en el más extremo de los casos, sólo podría admitirse como transitoria y no fijarse para siempre como candado jurídico contra la democracia.

La transición que vivimos y protagonizamos se da asimismo en difíciles condiciones económicas; los costos sociales invisibles de la desmesura estatista se hacen visibles ahora que el Estado comienza a rectificar el rumbo en México como en otros países, pero Acción Nacional afirma el principio de que no hay democracia sin reconocimiento de la identidad y del derecho a la liberación de los grupos explotados económicamente, denominados culturalmente o reprimidos políticamente, como no puede haberla si el Estado pretende ser el todo social.

Tampoco acepta que la democracia sea lujo adicional exclusivo para ricos, ni que la democracia sea productora automática de riqueza y de su distribución. Para nosotros, la democracia no es el mecanismo coyuntural para dotar de consejo de administración al intento de reorganización económica que hoy se diseña fuera de nuestro país; es decir, no la concebimos como mecanismo de contraloría externa sobre el Estado nacional, limitada a esta función tecnocrática.

No entendemos el consenso o la concertación como metodología inmediatista y cupular para resolver las crisis que la propia cúpula genera con su metodología. Tampoco queremos una democracia que sea sólo la envoltura formal de los mecanismos no políticos de concertación económica entre cúpulas corporativas y gobierno.

El Congreso, el Poder Legislativo, no puede ni debe ser el aval espectador de los pactos económicos semestrales o sexenales. Ha fracasado ya en sus dos vertientes. El determinismo económico ni el estatismo ha dado el bienestar en nombre del cual se negó la libertad; ni el libre mercado generó la libertad en nombre del cual ha negado la justicia.

Los políticos tenemos que reivindicar el primado de la política diseñada en común y ejecutada en común, que es precisamente la política democrática y la que ahora exige de leyes electorales democráticas.

No estamos aquí para pasarnos facturas. Estamos aquí para que el pueblo de hoy y el que formarán los mexicanos de mañana no nos vaya a pasar a nosotros facturas de no haber sido capaces de avanzar en la historia.

Así que no podemos por rencor, mezquindad o espíritu faccioso, salir de aquí a

ofrecerles a los mexicanos de mañana nuestro pasado como su futuro, sería más que un error, amigos, sería una canallada.

Este futuro en lo que a legislación toca, depende de todos nosotros, de quienes aquí representan al gobierno y de quienes aquí representamos a la oposición.

No estamos exigiendo al Partido del régimen que se suicide. Queremos convencerlo de que necesitamos un cambio para que ningún mexicano llegue a pensar o siquiera imaginar que la única manera de salvarnos todos es matándonos los unos a los otros.

Me parece asimismo, que no estamos aquí para definir qué es el hombre, qué ha sido o es la historia de México, qué es la verdad, qué es el bien o qué es la belleza; todo esto es importante y habrá que buscarles respuestas a tales preguntas, pero esas respuestas no son competencia del Estado sino de la sociedad. Estamos aquí para crear el espacio en que la batalla cultural por esas definiciones se dé en un marco legal aceptable para todos, porque no envilece a nadie que garantice al más capaz de convencer la victoria en la paz, y al menos capaz de hacerlo, su lugar en el conjunto con plenitud de derechos y de respeto a su persona o a la cultura de la que es expresión política.

La esencia de la democracia que queremos es la de un sistema capaz de corregir sus propios defectos; es decir, un sistema humano, no un sistema con ínfulas divinas y teocráticas cuyo dogma es contra la misma naturaleza. El dogma de que el poder no da ni un paso atrás; lo que buscamos sencillamente es la institucionalización del diálogo que no puede ser ni amontonamiento de monólogos ni estrépito incomprensible.

Entre signos contradictorios, unos precursores y otros ominosos, vamos a iniciar esta tarea; es momento de preguntarnos en la conciencia, que no es el lugar de la arbitrariedad sino del encuentro con lo mejor de nosotros mismos y de los demás, si seremos capaces de hacer frente a este reto antes de que sea demasiado tarde. La política y en ella las leyes y la elaboración de las leyes, tiene que referirse a la conciencia o será criminal.

Nadie está aquí para autoinmolarse, pero cada uno está aquí para no mentirse ni mentir y para no excluir y no ser excluido; estamos todos aquí enraizados en miles de mexicanos muertos, heridos, torturados, excluidos, defraudados y en representación de millones de mexicanos que quisieron confiar en todos sus políticos. La esperanza de los mexicanos de hoy se alimenta con el sufrimiento y los logros de los de ayer; las voces de unos y otros, todos mexicanos como todos nosotros, son dignas de ser escuchadas; nos convocan. Por ello lo que vamos a hacer tiene que ser nuevo, distinto y mejor de lo que todos hasta ahora hemos hecho.

(Desde un curul:- Es la armonía de clases.)

Termino con una frase que manos populares ávidas de esperanza escribieron sobre un muro de esta ciudad y que podría orientar nuestra acción en este período extraor-

dinario: “Estamos cansados de realidades, exigimos una promesa”. Tenemos que ser capaces de hacer la nueva Ley Electoral como quien hace esa promesa esperada, una promesa que como las promesas genuinas, sea alianza entre la sangre de nuestros muertos y la esperanza de nuestros vivos, para que mañana en este país de todos no haya ni verdugos ni víctimas.

EN BUSCA DEL ESPACIO PÚBLICO

Después del proceso electoral federal de 1988, Acción Nacional se planteó la necesidad de iniciar una etapa nueva y distinta de la vida política mexicana y, por tanto, de su propia vida como institución. Cuarenta años antes, en 1949, Manuel Gómez Morín, al virtualmente despedirse de la presidencia del Partido que ocupara desde la fundación de éste en 1939, también había señalado al PAN la necesidad de “hacer frente a las necesidades” de un tiempo nuevo. Según el fundador, la primera etapa estuvo marcada por “vínculos personales” y “lazos previos de amistad y confianza” que posibilitaron “la definición de convicciones y propósitos comunes”. Fue el inicial un tiempo dedicado sobre todo – según Gómez Morín – a “formular doctrina y programas”, definir actitudes y precisar la “orientación moral”. Fueron años de difusión de lo propio y, con base en esto, de combate contra juicios ajenos erróneos acerca del Partido, contra calumnias, burlas, silencios y desfiguraciones.

La nueva etapa que Gómez Morín preveía, anunciaba y para la cual quería un PAN diferente, requeriría según el fundador de “nuevas capacidades y métodos y vocaciones nuevos”, más dedicación partidista “a la organización” y la creación de “los instrumentos que requiere la acción ciudadana para alcanzar plenitud de eficacia”. Toda esta labor debería tener como raíz no sólo la amistad inaugural, sino la vivencia plena de lo que el sabio y perspicaz presidente saliente de Acción Nacional llamara “motivos espirituales” del origen y la vida del Partido.

Pero lo que entonces se veía tal vez como sencillo o al menos como probable, topó con obstáculos, que al término de la guerra mundial y con la victoria de las “democracias” –que dio pábulo en México a la “moderación” avilacamachista-, parecía que se desvanecería rápidamente. La teoría y la práctica del país: el fraude electoral se volvió trienal, sexenal, federal, estatal y municipal, salvo contadísimas excepciones. Su clímax se hizo visible en 1986, cuando parecía inminente la victoria del PAN en las elecciones para gobernador de Chihuahua: en una manifestación que engarzó los brazos de verdugos priístas y víctimas “izquierdistas” de 1968, se exigió al gobierno perpetrar en aquella entidad federativa un “fraude patriótico” que impidiese a las fuerzas “antinacionales”, “antipatrióticas” y “contrarrevolucionarias”, es decir al PAN, llegar al poder por la vía del voto en las tierras chihuahuenses.

En síntesis, la pluralidad sólo era posible en el seno de un gran singular –el de

quienes se consideraban “revolucionarios”, independientemente de la ambigüedad del término y de que entre ellos se insultaran o hasta mataran de vez en cuando— y por tanto la democracia no podía ampliarse a quienes, desde la perspectiva de aquéllos, fueran no revolucionarios. Como las beatas de la caricatura posconciliar, que viendo tantas novedades en la Iglesia Católica comentaban “al cielo, lo que se dice al cielo, sólo iremos las de siempre”; los “revolucionarios” podían decir que “la democracia, lo que se dice la democracia, sólo es para los de siempre”.

Poco más de un año después “los de siempre” se dividieron en dos. Por un lado el PRI, con los de siempre. Por otro, el FDN, con, digamos, “los verdaderamente de siempre”. Luego, éstos se dividirían a su vez en dos, los que regresaron al ubérrimo seno de los de siempre, y los que parecieron decidirse por quedarse para siempre como los verdaderos de siempre. Muchos mexicanos —como Borges en su visita a los medievales cloisters trasplantados a Nueva York— sentimos vértigo: no estábamos acostumbrados a la eternidad. Los panistas, por nuestra parte, habíamos sido enseñados a pensar que nuestra tarea era “brega de eternidad”, pero algunos comenzamos a recordar que Thomas Merton —un monje católico contemplativo de nuestro siglo XX!— había dicho que poner la esperanza únicamente en un futuro indeterminado sin ser capaces de encarnarla y concretarla en “cada hoy” no era de cristianos; que no merece este nombre quien se desespera tanto del presente que sólo confía en el porvenir.

¿Cómo volver a pensar eso de la “brega de eternidad”, tan caro a Gómez Morín? Si el poder era eternamente para los “revolucionarios” de siempre, ¿estaría el PAN condenado a ser para siempre la oposición? ¿No era esto condenarse, tal vez lopezvelardeamente, a una patria suave en la que había que ser enteramente fieles a nuestro “espejo diario”? ¿Era imposible un cambio? ¿Resultaban imaginarios hasta los cambios reales, incluso los que uno mismo desde la oposición había conseguido? ¿La realidad política mexicana tenía que ser estática y muda? La utopía, ¿no podía ser más que expresión de potencias condenadas a nunca llegar a actos, de esencias por todas partes y existencias en ninguna, de sueños perfectos y metódicos, de una razón incapaz de relacionarse con la realidad, y por tanto, razón de relacionarse con la realidad y, por tanto, razón derrotada? ¿No equivalía todo esto — en palabras de Paul Ricoeur— a “una especie de lógica enloquecida del todo o nada que reemplaza a la lógica de la acción que sabe que lo deseable y lo realizable no coinciden”? ¿O, como ha escrito Oliver Mognin —discípulo de Ricoeur— a un “menosprecio de toda lógica de la acción”? ¿Cómo responder, desde tales premisas, por nuestro tiempo, es decir, cómo ser responsables, cómo actuar responsablemente en y por el presente por hacer no sólo posible sino probable, un futuro diferente y mejor, esto es, un presente mejor para nuestros hijos, para las generaciones de mexicanos del mañana?

Había que pasar de la estética utópica, segura en su irrealdad, inobjetable como discurso, a la ética encarnada, riesgosa en su realización, discutible como práctica. Había que cambiar de mirada y de actitud. La utopía no podía seguir siendo la invención de un porvenir perfecto por imaginado que dejaba intocado el presente y, por tanto, negaba el futuro, sino la ejecución en el tiempo de un acto pensado y responsable que

hiciese posible el futuro por medio de la modificación del presente. Había que hacer política con alma utópica pero con cuerpo responsable. Había que ponerle lugares y fechas, espacios y tiempos acotados a la "brega de eternidad" que permitieran medir si, en efecto, nos acercábamos o nos alejábamos de los ideales, de los principios.

Esto significó, para Acción Nacional, a partir de 1989, aceptar el riesgo de llevar el peso del trabajo político y de pagar el precio de hacerlo; no conformarse con las concesiones del poder, ni con las ganancias de su deterioro, ni con el usufructo de lo obtenido por otros; entrar al ámbito de lo objetable y, por tanto, al de la crítica; asumir que lo que se consiguiera beneficiaría incluso a los que, desde la inobjetabilidad del rechazo teórico, obtendría la ventaja de ese beneficio y la de aparecer como "puros" (Péguy, tan leído por Gómez Morín, se refirió a ellos diciéndoles: "tienen limpias las manos porque no tienen manos").

Así, el PAN renunció a hacer de la oposición su esencia, y asumió con todas sus consecuencias la decisión de ser plenamente Partido Político. Así ha ido avanzando en la consecución de votos y, por medio de éstos, de espacios de poder. Creo que Acción Nacional vio lo nuevo que nacía en 1988 como Gómez Morín vio en 1949 lo que venía. ¿Qué fue lo nuevo?

Lo nuevo fue una sociedad en busca de formas de articulación que exigía a los partidos propiciarlas sin pretender controlarlas. Fue también la aparición de una cultura democrática incipiente necesitada de apoyo, estímulo y ejemplo vivo y visible. Fue asimismo la modificación mundial de las relaciones del Estado y el mercado, que requiere de instituciones políticas capaces de someter al Estado y al mercado al bien de personas, familias y sociedades. También fue el hecho de que el llamado "sistema político mexicano" sería incapaz en lo sucesivo de tomar decisiones no consultadas, de fingir acuerdos sin edificar consensos entre fuerzas políticas y sociales diversas y plurales. Lo fue asimismo la necesidad de un sistema de Partidos Políticos dispuestos a definir en el diálogo y en el debate un orden vinculante capaz de generar bienes públicos, es decir, decididos a hacer política, que es el primer bien público en los órdenes del tiempo y de la importancia.

Había desde entonces un elemento adicional para el pensamiento y la acción: lo nuevo surgido en 1988 y visible en 1989 era al menos parcialmente resultado del trabajo político de Acción Nacional mismo, no casualidad, ni fantasía, ni mito, ni mera concesión del poder, ni milagro. Pensarlo, verlo y asumirlo de otra manera, habría equivalido a despreciar al pueblo convocado con buen éxito a votar y a cuidar el voto por Acción Nacional durante casi medio siglo, y a decirle al "sistema" que nada había cambiado y que, por tanto, podía continuar haciendo lo de siempre: decidir todo por sí, ante sí y para sí. Por eso el PAN decidió ejercer el poder que había ganado con su esfuerzo y los sufragios de millones de mexicanos, y no como si no existiera poder alguno capaz de encauzar, detener, contrapesar y modificar al del "sistema". Decidió pues confiar en sí mismo como poder social y político, para romper en los hechos, el monopolio del poder.

Esto puede pensarse, expresarse y operarse de esta manera: la oposición es una relación. Esto, que es cierto en la más clásica de las lógicas – la aristotélica-, también lo es en la política. De lo contrario, no habría política sino guerra. Belicosidad verbal, en el mejor de los casos. Enfrentamiento armado en el peor. Pero no límites al poder gubernamental ni contrapesos a éste; ni cambio real, puesto que las decisiones, más allá del estrépito de la condena oral o escrita constante, irrefrenable y hasta ingeniosa o incluso justa, seguiría a cargo de quien, si no tiene una oposición-relación, continuaría tomándolas en el ámbito de su singularidad, de su “privacidad” disfrazada de universalidad. Dicho más claramente, sin una oposición pensada, expresada y operada como relación, lo público habría seguido siendo idéntico a lo priísta. O, lo que es lo mismo, no hubiese sido posible comenzar a edificar, a construir o a crear el espacio público.

Confundido habitualmente, por priístas y no priístas, lo público con lo priísta, se entendió o se quiso entender esta opción de Acción Nacional como si equivaliese a una “priístación” del PAN. En realidad, el PAN, asumiendo la oposición como relación, creó las condiciones de posibilidad para un espacio público genuinamente público, ya no coto privado del priísmo.

Cabe al PAN el mérito de haberse atrevido a correr el riesgo de emprender este camino. Nada fácil, por cierto, ni dentro del Partido ni para el PRI-gobierno, ni para los otros lados del polígono de fuerzas políticas – más o menos actuantes en el país, y todavía menos para los medios de información y ciertos “analistas”, “columnistas” o simples escritores que había encontrado en la inmutabilidad del poder y de la oposición aureola y *modus vivendi*.

Las resistencias en el interior del PAN se manifestaron – en divisiones y escisiones en nombre de la “pureza doctrinal”. Como si las doctrinas filosófico-políticas no tuvieran como meta la que uno de los panistas más doctrinarios, Efraín González Luna, definió como el término “encarnación”, es decir, como si bastara el perpetuo discurso acerca de los principios para que éstos se concretaran en realidad, sin que las ideas hubieran de convertirse en decisiones y acciones que, evidentemente, jamás podrían ni podrán tener la perfección de lo que sólo se piensa. La oposición quedaría, en tal caso, como eternamente inobjetable, pero sus ideas permanecerían para siempre en el mundo ideal. Una metáfora comprensible a quienes conocen la historia del catolicismo ayuda a entender mejor esto: Dios, para poder hacer llegar a los hombres lo que se conoce como evangelio, tuvo que aceptar con humildad ser alfabetizado en arameo.

Ya en terrenos menos teóricos, el camino que siguió la inmensa mayoría de quienes esgrimieron la “pureza doctrinal” como bandera, mostró la firmeza de sus ideas: terminaron como socios o candidatos de Partidos cuyos principios doctrinales y expresiones ideológicas o programáticas, independientemente de su verdad o certeza, son distintas a las del PAN. En nombre del rechazo a lo que llamaron “pragmatismo” panista, acabaron como instrumentos del pragmatismo no panista. Y ni qué decir de lo que les respondió el electorado en las urnas el 21 de agosto.

En el PRI, bien puede decirse que esta oposición-relación ocasionó una sacudida que se expresó con la frase “estamos cediendo demasiado” u otras análogas. Contrario *sensu* era la demostración de que, en efecto, las cosas cambiaban en el ámbito del poder, de que terminaban los decenios de soledad priísta en la toma de decisiones, de que comenzaba a terminar el pasado en el que lo privado-priísta podía identificarse con lo público, de que se iniciaba el fin de los que, en el fondo, era una visión política de rasgos o pretensiones totalitarias que identificaba al PRI con el Estado, con el gobierno, con la nación, con la sociedad y con la revolución. Naciendo el pluralismo, nacen también el espacio público y la política genuina, y, por tanto, las condiciones de una auténtica democracia.

El tercer lado del triángulo, es decir, en lo que vino a parar el FDN de 1988, esto es, el PRD, parece haberse preferido no aceptar los riesgos de la creación del espacio público y sí cosechar los frutos del intento ajeno por construirlo. Se construyó lo utópico a uno de sus contenidos posibles, a saber, el del fundamento para una crítica del Estado y de la política. A punta de invocaciones del futuro perfecto, pareció renunciarse en los hechos a modificar el presente y a comenzar a dejar así atrás el pasado. De allí la invocación a una “sociedad civil” que habría desbordado a los Partidos y la ambigüedad frente a las pretensiones de realización inmediata – y a veces hasta violenta- de lo que se consideraba ideal. En general, parece haber prevalecido la lógica del todo o nada sobre la lógica de la acción. “Intelectuales” y “analistas” con corazón entre perredista y burocrático, confundieron sus deseos con lo realmente posible y renunciaron a lo probable. Es más, en lugar de hacer política en el incipiente espacio público, se convirtieron en críticos implacables de éste... pero hicieron o creyeron hacer política en espacios privados: cenando con escritores, comiendo con hombres del poder y desayunando con figuras de cuya valía individual no hay duda, pero de cuya influencia política efectiva no hay muestra. Las sorpresas que les dieron la vida y los ciudadanos fueron mayúsculas.

Así, el término peyorativo “concertación” se volvió bandera común de priístas resistentes al cambio – casos de Mérida en 1993 y de Monterrey en 1994- y de perredistas incapaces de cambiar ni de generar cambios, utilizada por “analistas” y “columnistas” que, desprovistos de datos verificables y reargumentos, decidieron utilizar en lugar de aquéllos y de éstos palabras en **negrillas**. Es curioso comprobar que, en no pocos casos, las informaciones en que suelen basarse las especulaciones y las teorías conspirativas del género que se ha vuelto moda mexicana, dícese o escríbese que provienen de espacios privados (desayunos, reuniones, comidas o cenas a las que se supone que el “informado” tiene acceso, y su lector ávido de chismes, no).

Acción Nacional, a pesar de las críticas sistemáticas recibidas durante cinco años, casi ininterrumpidamente, no sólo mantuvo su decisión y persistió en su intento, sino que hizo ostentación de ambos a lo largo de la campaña presidencial de 1994. Y el electorado no condenó tal línea de pensamiento, expresión y acción. Por el contrario, aumentó casi tres veces su votación de 1988 y, en las elecciones locales del estado de Veracruz a tres meses de los comicios federales, obtuvo triunfos municipales que sorprendieron a muchos.

Puestas fechas para evaluar los resultados de la "brega de eternidad" y plazos y cambios concretos para medir cuánto se avanza en los "caminos escarpados" (Marx *dixit*), el PAN pudo en estos años –los del gobierno de Carlos Salinas de Gortari– contribuir a la creación del espacio público, del sistema de Partidos que ahora se ve como necesario, incluso en el seno de los grupos más vociferantes hasta el 21 de agosto, de la política como creación, en el debate o en el diálogo, del orden vinculante capaz de generar bienes públicos.

Un espacio público así entendido exige respeto por la diversidad de tradiciones, de opiniones y de convicciones. Pero su creación exige a su vez de quienes son diversos, aceptar que tradiciones, opiniones y convicciones propias tienen que someterse a argumentaciones ajenas, escucharlas, relacionarse con éstas – incluso oponiéndoseles – y hasta aceptarlas si demuestran su validez o, al menos, su mayor probabilidad de validez. Lo señala Mognin comentando a Ricoeur: el espacio público hace posible la emergencia de un "consenso conflictivo", sin el cual las convicciones de los más fuertes pueden someter a las de los más débiles. Y anota sus riesgos o peligros: el espacio público se encuentra en la confluencia de una doble violencia posible, "la del Estado y la de un individuo o grupo de individuos".

Sin embargo, el Estado posiblemente opresor sólo puede ser controlado desde el espacio público y, si un Estado quiere ser auténticamente Estado y además Estado Democrático, no sólo puede pretender suprimir los conflictos, sino que debe "inventar los procedimientos que permiten a los conflictos expresarse y permanecer negociables". Por eso se requiere que Estado, gobierno y Partidos entendamos la necesidad de la República junto con la necesidad de la democracia, que comprendamos que lo único peor que una República sin democracia es una democracia sin República. Especialmente en países como el nuestro, incapaces aún de salir de sus crisis sociales y económicas, necesitamos de instituciones políticas, jurídicas, sociales y estatales cada día más limpias y más sólidas.

En este sentido, la acción del PAN durante los seis años que ahora terminan (1988-1994) ha consistido en edificar el espacio público y en convencer al gobierno y a su Partido, así como a los Partidos reales y a la sociedad, de la necesidad de aquél tanto como República cuanto como democracia. No ha sido inútil ni vano el intento. Millones de mexicanos lo han avalado con su voto. Y habremos de seguir por esta ruta para impedir la delincuencia del Estado, el deterioro de los Partidos y la falsificación de la sociedad, que conducen a las soluciones autoritarias.

Para esto, Acción Nacional ha iniciado un trabajo de reflexión y de planeación que se viene concretando en un proyecto denominado "Redimensionamiento del Partido". Esta iniciativa está a cargo de un grupo de jóvenes profesionales que, durante la campaña federal recién concluida, pensaron, diseñaron y ejecutaron lo que podría llamarse "el salto tecnológico" de la institución. No se trata de una reforma ni de una refundación, sino precisamente de darle a Acción Nacional nuevas dimensiones acordes con el gran número de esperanzas y de adhesiones que el Partido generó entre noviembre de 1993 y agosto de 1994.

La capacitación, la comunicación interna y externa, las relaciones nacionales e internacionales de Acción Nacional ocupan espacios importantes en el proyecto y, si es aprobado por los órganos competentes, lo ocuparán también en el trabajo futuro. Hemos propiciado asimismo la creación de dos fundaciones de estudios y análisis vinculadas al Partido, pero con suficiente autonomía para desarrollar sin demasiadas cortapisas sus tareas académicas y de servicio; lamentablemente, la legislación mexicana vigente nos obliga a mantenerlas como "asociaciones civiles". Se trata de las fundaciones Rafael Preciado Hernández, A.C. y Miguel Estrada Iturbide, A.C., especializada esta última en la materia legislativa. Asimismo, dado el crecimiento de Acción Nacional en el ámbito municipal, hemos impulsado la asociación de alcaldes y la agrupación de los servicios que el Partido les ofrece a éstos y a sus cabildos y equipos de gobierno. Todas estas instituciones tienen como objetivo preparar ciudadanas y ciudadanos panistas para ejercer funciones en los diversos poderes del Estado y en los distintos niveles de la organización estatal: ayuntamientos, congresos locales, Congresos de la Unión, ejecutivos estatales; también ofrecen y ofrecerán capacitación para quienes asuman puestos en la administración pública y quieran hacerlo desde la perspectiva doctrinal e ideológica del PAN.

Estamos perfeccionando por otra parte nuestros métodos de afiliación y registro de socios, nuestra reglamentación interna y nuestra velocidad de reacción o de respuesta a los desafíos de la realidad social, cultural, económica y política mexicana. Acción Nacional, reitero, le ha puesto fechas, plazos, ritmos y medidas a su "brega de eternidad". Y lo hace con la mirada puesta en la creación del espacio público que, por un lado, modifique positivamente al Estado y, por otro, fortalezca la vida y el tejido sociopolítico de la nación. Queremos la República y queremos la democracia para que los mexicanos vivamos en la justicia y en la libertad.

Tomado de Elecciones, diálogo y reforma, tomo I, Nuevo Horizonte Editores, México, página 194.

PREJUDICIAL, PERJUDICIAL

¿Somos listos pero un poco malvados, como parecía suponerlo Bertrand Russell? ¿O somos buenos aunque un poco tontos, como aparentemente lo creía Karl Popper? El jesuita Bernard Lonergan se planteó el problema allá por el año 1975 en una conferencia acerca de lo que es posible y deseable hacer para "curar y crear en la historia", es decir, para detener los procesos de deterioro de la situación concreta de los hombres por un lado, y para generar instrumentos eficientes para mejorar aquella, por el otro. Lonergan, aseguraba que se podría estar de acuerdo con cualquiera de aquellos pensadores e incluso que, teológicamente, el hombre nace herido por el pecado original, cuyos efectos son, al mismo tiempo, el de un "oscurecimiento del entendimiento" y el de un "debilitamiento de la voluntad".

Bastaría la experiencia, empero, para comprobar nuestras limitaciones humanas. Somos algo tontos y algo malvados, algo inteligentes y algo buenos. O, dicho de otro modo, no somos dioses – más precisamente, no somos Dios – sino seres imperfectos, siempre perfectibles, corregibles y mejorables, aunque también empeorables.

Desde esta perspectiva, lo legal constituye el punto más bajo de la ética. Mejor que lo legal es lo justo, y mejor que lo justo es lo bueno. La ley marca el mínimo necesario para la convivencia entre imperfectos. Más abajo de lo legal está el ámbito de la guerra de todos contra todos, el imperio de la fuerza, el dominio del más musculoso, del más rico, del más astuto o del mejor pertrechado. De aquí la importancia del orden legal: del Poder Legislativo – que hace las leyes – y del Poder Judicial que dice el Derecho, es decir, que establece lo que es acorde con la ley lo que no lo es (en este sentido, no hay cortes o tribunales superiores de “justicia”; estos dicen lo que es legal, que puede no ser lo justo ni lo bueno).

El menor rango de lo legal no lo convierte en despreciable y menos en suprimible. La ética tiene que pasar por el formalismo de las normas; las leyes no pueden sustraerse a una representación o a una idea de lo justo y de lo bueno. Es preciso – como lo ha mostrado Paul Ricoeur – “afirmar el primado de la ética y también reconocer que el propósito ético debe pasar por la criba de la norma”. La ley es criterio, no fundamento. Sin embargo, es criterio irremplazable para la organización racional de la convivencia entre seres humanos. Gracias a la norma y a su imperio – a los creadores de leyes y a los guardianes eficaces del Estado de Derecho – contamos con lo que los expertos llaman “una técnica de pacificación” para evitar que por tontería o por maldad se dé la violencia entre inteligentes limitados, buenos titubeantes, tontos audaces y malos sagaces. La pugna entre nosotros los humanos, tanto si somos los vivísimos pecadores de Russell, como si somos los santos medio bobos de Popper.

Durante ¿siglos? Los mexicanos hemos vivido bajo un régimen de legalidad bastante deficiente. No sólo por el modo en que se han hecho las leyes, que ya sería daño suficiente, sino por la forma en que se ha procurado e impartido justicia. Se le atribuye a don Benito Juárez la frase que resume el punto: “A los amigos, justicia y gracia; a los enemigos, sólo justicia”. Y no hay que ir al espacio extraterrestre para enterarse a ciencia cierta de que en México han sido comunes tanto “la judicialización de la política” como la “politización de la justicia”, excesos indebidos que, por cierto, no son exclusivos de nuestro país, sino que mundialmente han ido –como dicen los “encuestólogos”– haciendo tendencia. Los casos de *mani pulite* en Italia, así como otros análogos en Francia, Suiza, Bélgica, España, Venezuela, Perú y otras naciones, así lo muestran.

Con un poco de memoria y otro de documentos, puede probarse que no pocos directivos de Partidos Políticos u organizaciones sociales que osaron oponerse al PRI–gobierno fueron objeto de acusaciones, denuncias y procesos legales de diversa índole para difamarlos, inhabilitarlos o inhibirlos, o al menos para hacerles perder tiempo y oportunidad de acción frente al régimen. Hubo un comerciante panista, por ejemplo, denunciado por no mantener limpio el baño de su negocio con tal de

impedirle "legalmente" el registro de una eventual candidatura. Los casos son miles. A veces, la resolución judicial favorable a los arteramente "indiciados" llegaba tan tarde que ya no podían "legalmente" hacer lo que pretendían (después de las elecciones en que no pudieron competir, digamos). O no llegaron nunca, como el caso de Baltazar Medina, el trabajador electricista yucateco despojado de sus derechos sindicales hasta la fecha, por haber apoyado en los años 60 al Lic. Víctor Manuel Correa Rachó. Los poderes ejecutivos –federal y locales– usaron durante muchos años a sus procuradores (y ministerios públicos) y a los jueces para todos los barridos y los fregados políticos de su interés o conveniencia.

Desde cualquier ángulo que se les ve, los casos Stanley y Espinosa Villarreal llevan la marca de la manipulación política. No es raro que, ahora, se les sumen los de Alberto Cárdenas Jiménez y Rosario Robles. El oportunismo electoralista muestra demasiado ostentosamente su lamentable cobre.

López Aguilar añade, como agravante, la terrible combinación que ahora suele darse entre procuradores, jueces y medios de información que convierten al proceso judicial en una fábrica de "juicios de papel" que llevan frecuentemente a "virtuales condenas prejudiciales", auténtica mezcla explosiva que es una amenaza para cualquier ciudadano que se enfrente al gobierno en turno y, además, posible "resurrección del siempre temido fantasma de Leviatán". En efecto, si lo prejudicial acaba con lo judicial, el resultado es previsiblemente perjudicial para la organización racional de las libertades con base en la ley, esto es, contra la democracia: no habrá tal, obviamente, si se vive bajo el imperio imprevisible de la inseguridad y la incertidumbre jurídica. De allí que López Aguilar concluya: "La república penal... debe ser abortada, a menos que estemos dispuestos a permitir que devore algunos de los valores irrenunciables de la democracia representativa".

Y es que, si la pugna entre los inteligentes pero malvados y los buenos pero tontos se vuelve batalla entre procuradores, entre procuradores y jueces, entre procuradores y legisladores y jueces, en plena campaña electoral presidencial, la politización de justicia llegará a extremos en que el resultado de la elección de julio no será más que el inicio de la siguiente serie de zancadillas, de venganzas o de caceras de brujas. Será el banderazo para una nueva manera de luchar por el poder total de unos para someter totalmente a los otros, no para "curar" ni para "crear en la historia". O, peor, para herir de muerte a la política como ámbito en el que se establece lo que hay que hacer para seguir siendo comunidad – con todas las diferencias que se quieran-. ¿Por qué? Porque equivaldría a erigir en ministerio público, en tribunal, en poder legislativo, en poder judicial y en Partido único a los medios de información que, como se sabe, no tienen legitimación democrática en virtud de proceso electoral alguno, ni están sometidos a las normas que rigen la actividad de las organizaciones sociales y políticas, sino a las leyes civiles y mercantiles, a los imperativos del mercado y sólo en casos verdaderamente excepcionales a ideales éticos poco o nada formalizados jurídicamente, es decir, irrecuperables por vías de ley. Nadie reclamaría a los medios que llegaran a constituirse en "el cuarto poder". Pero, con Juan Fernando López Aguilar, hay que decir que es inad-

misible y políticamente suicida que se erijan –por obra y desgracia de la politización de la legalidad, así como de la desidia y hasta el morbo consumista de escándalos de los ciudadanos– en “**el cuarto del poder**”. Lo prejudicial es perjudicial.

11-IV-2000

II

❁ FILOSOFÍA POLÍTICA ❁

¿DEMOCRACIA SELECTIVA?

No debe haber religión o religiones, iglesia o iglesias de Estado. En esto consiste eso que se ha llamado la "laicidad" de éste. Las mejores razones para sostener este criterio, que considero atinado, las ha dado en nuestros días y a mi juicio el cardenal Joseph Ratzinger. Vale la pena recordarlas, así sea de modo sintético y, por tanto, mermado. En primer término, ha de establecerse que la pertenencia a una iglesia o a una religión es decisión personal que ha de tomarse libremente, y que la aceptación de las normas específicas de cualquiera de aquéllas, así como la permanencia en tales, es asunto de la libertad personal de los hombres. Precisamente por esto, no debe haber religión o iglesia que disponga de la fuerza para afiliar, ni para mantener afiliadas, ni para obligar a respetar sus respectivas normas a las personas libres. Las adhesiones de conciencia no pueden ser conservadas por obra de la policía.

Al mismo tiempo, ha de reconocerse que la pertenencia a un Estado no es voluntaria, sino obligatoria, al menos en los hechos tal y como se dan. Nacer es entrar en institución estatal *velis nolis*, es decir, a quererlo o no quererlo, y para toda la vida temporal. Y el Estado cuenta con el uso de la fuerza para obligar a todos y a cada uno a respetar las leyes, de las cuales son postulado o quizás axioma los derechos humanos entre los que destaca al libertad de conciencia, que es la que se emplea o pone en práctica para ser o no ser parte de iglesia o religión. El Estado no tiene imperio sobre la conciencia. La libertad no es virtud, sino condición de posibilidad para ésta, y es en su calidad de condición de posibilidad que debe ser preservada por el Estado. Las iglesias, de libre afiliación, no pueden disponer de la fuerza.

El Estado, de afiliación obligatoria, no puede violentar la conciencia de los seres libres. Así, con la separación iglesia(s)-Estado se garantiza la libertad de las personas, para bien de éstas, de las iglesias y del propio Estado.

La "laicidad" del Estado no equivale a ateísmo de Estado, es decir, a negación de Estado del ámbito de lo divino, lo sagrado. Sería lo mismo que imponer creencia, fe o religión por la fuerza, o que poder emplear ésta para obligar a no creer en nada o para decretar que nada puede ser sagrado, ni para garantizar a quienes nieguen lo sagrado un supuesto derecho a despreciar o a burlarse de quienes sostienen un criterio diferente. La "laicidad" no puede medirse por la cantidad de desprecio o de burla que es posible hacer, en una sociedad, a quienes creen o a lo que éstos creen o consideran sagrado. Es condición básica de la vida en libertad, el respeto a la libertad de conciencia de los otros, y las opciones de las otras conciencias libres.

Hoy, hay quienes sostienen que una sociedad democrática, liberal, exige como garantía la frivolidad; que tomar o tomarse algo en serio significa intolerancia potencial o actual hacia los demás; que la pluralidad necesita de la renuncia a las convicciones singulares, propias; que quien cree, para ser democrático y liberal, ha de aceptar la

burla hacia lo que cree, estima o sostiene desde su propia libertad de conciencia; que sin convicciones y sin defensa de éstas es como se defiende la democracia; que lo que unos, pocos o muchos, consideran sagrado, puede ser denostado, ridiculizado o caricaturizado por quienes no comparten tal creencia o carecen de creencia alguna. No es raro que, a partir de esta negación de lo sagrado como elemento respetable de la conciencia de unos, se dé el paso a la sacralización de otros elementos nada venerables de la vida en común: el caudillo, el jefe, el líder, o la del derecho de injuria erigido en intocable, sagrado.

Reivindicar algo valioso se convierte, en un sistema así, en algo que rápidamente merece el calificativo de "intolerancia" o de "inquina antidemocrática". El dogma de que no hay dogmas es tan opresivo o más que cualquiera otro, y es fuente de faltas de respeto impunes a la libertad de postular valores, de creer en algo. ¿Cómo habría pactos y consensos si todo vale lo mismo, si por sólo citar un caso, es igual el respeto a las creencias del prójimo que la falta de ése, si se puede uno reír del torturado y del torturador, de la víctima y del asesino, del nazi que extermina y del judío exterminado? Es cierto que en regímenes totalitarios no se puede hacer burla del poder, pero sí del oprimido, sin arriesgarse a ser reprimido. Pero no lo es tanto afirmar que, para que haya democracia, basta con poderse reír libremente de los dos. Y es que la víctima de la injusticia no puede ser objeto de risa: es sagrada.

La democracia exige bases humanas, éticas, de respeto que son no sólo condiciones para aquélla, sino cimientos prepolíticos de cualquier política democrática. Tiene que ver con el hecho de que se tome en serio al otro, a sus convicciones, a sus creencias, al objeto de su fe. La libertad sólo se desarrolla en un mundo de hombres que se respetan, que se toman en serio los unos a los otros. La libertad es para eso. Si no, es una libertad vacía y la democracia un sistema en que sólo caben quienes no crean en nada: en el límite, ni en la democracia misma, ni en la libertad, ni en la responsabilidad, ni en lo sagrado de las personas y sus creencias, valores y convicciones.

Laico, liberal y democrático no es el que se permite a sí mismo reírse de todo, sino el que respeta y toma en serio a los demás y a las opciones libres de la conciencia de éstos. No hay ética sin sentido de lo intolerable, ni democracia sin ética. El hombre que cree no puede quedar, en nombre de la libertad y la democracia, sometido al desprecio del que no cree gracias a que el Estado proteja sólo al no creyente. La libertad exige también que la autoridad y quienes tienen poder y responsabilidades reconozcan y acepten una realidad humana innegable que, bajo el pretexto de una neutralidad estatal, quedaría a la merced de todo el que decidiera no respetarla. No es democrático que el poder político sea el gran singular, instrumento artillado, de los que no creen en nada, para despreciar, impunes y protegidos, a los que creen en algo y para burlarse de lo que éstos creen. La democracia no es tal si es selectiva; si en ella sólo unos pueden burlarse de otros sin ser tachados de antidemocráticos y gozar de la protección del Estado.

31-VIII-2000

EL IMPERIO DE LA LEY

La fotografía dio la vuelta al mundo; mostrando a una mujer con un chico en los brazos y, frente a la pareja, un policía perfectamente bien pertrechado que empuña sin titubeos un arma.

La comunidad cubana en Miami cayó en la cuenta de que, en el país de cuyas ventajas ha gozado o goza, las leyes no son letanías ni elenco de buenas intenciones, disposiciones negociables que la autoridad deja sin vigencia cuando algún grupo decide organizarse para ejercer presión. Tampoco depende su aplicación de los buenos o malos humores del gobierno y esta es una de las diferencias entre la Cuba que los transterrados dejaron y los Estados Unidos que habitan.

Saber a qué atenerse, porque hay normas y gobierno que se encarga de hacerlas valer, es nota característica del régimen democrático. El niño Elián está con su padre porque la ley norteamericana reconoce a éste la patria potestad y si alguien quiere objetar que así esté, debe recurrir a los tribunales. Éstos decidirán y su fallo será no sólo inapelable, sino hecho respetar por medio de la fuerza legítima que, como se vio, no equivale a masacre. Si el pequeño regresa a Cuba o no retorna, es cosa que sólo se decidirá con base en un juicio. No con fundamento en plebiscito o manifestación alguna. No importa ni siquiera que se esté en tiempo electoral. La aplicación del Estado de Derecho no cuelga de la coyuntura, de la conveniencia del Partido en el poder o de los intereses de los candidatos de éste.

Es cierto que el caso eriza la piel. Y que es razonable argumentar que la ley es lo que debiera. Los ciudadanos pueden recurrir a una serie de procedimientos para modificarla. En el límite, pueden oponerse a ésta con el recurso de la resistencia o la desobediencia civiles, pero han de aceptar las consecuencias de tales actos y no quejarse o lamentar "represiones". Sufrir los efectos de resistirse o desacatar es parte esencial del método. Es el modo de hacer notar lo injusto o lo pretendidamente injusto de la norma y mover a su transformación. Fue un norteamericano —Thoreau, en defensa de México, por cierto— quien mostró el camino: fue a la cárcel sin lloriqueos ni victimismo.

Pero el impero del Derecho mantenido por Elián González y su padre no es un caso de excepción en el país de marras. Casi al mismo tiempo, la autoridad norteamericana sometió también a Bill Gates y a su empresa Microsoft a los rigores jurídicos y judiciales. El multimillonario se encuentra entre la espada y la pared. Los fiscales sostienen que debe partir su productivísima empresa en dos, fundados en la norma que cierra el paso a los monopolios. No es la primera vez que esto sucede en los Estados Unidos de América. Fue en 1911 que los jueces pusieron al célebre John Rockefeller contra las cuerdas al ordenarle la división de la por tantas razones inolvidable empresa petrolera que se llamó Standard Oil Co. Bill Gates, hoy, es análogamente rico y poderoso a lo que fue a principios de siglo el magnate del oro negro. El asunto está todavía *sub judice*, pero nadie ignora que, si los encargados de juzgar deciden que la división debe darse,

ésta se dará. Las industrias del tabaco, tan poderosas, han tenido que plegarse a las resoluciones que las han obligado a pagar astronómicas indemnizaciones y a limitar su publicidad. La ley vale para todos. El Estado la hace cumplir a todos, incluido el Estado mismo. En esto consiste la seguridad y la certeza jurídicas, marcas de calidad para cualquier régimen que se quiera democrático. Nixon y Clinton lo aprendieron. Watergate y el caso Lewinsky no son mitología.

No deja de ser notable o curioso que, el país que ha hecho de la competencia una especie de dogma de fe y de método para triunfar en la vida profesional, tanto pública como privada, cuente con vías para evitar que haya triunfadores abusivos. La norma legal frena al que podría alzarse con una victoria total, ésa que significaría el fin de la competencia misma, es decir, del sistema que funciona gracias a ésta. Gates podría argüir que se trata de castigar a quien, por competitivo, triunfa. Pero lo importante no es que haya triunfadores, sino que haya competencia. Los jueces decidirán si Microsoft atenta contra el sistema. Si así les parece, el genio tendrá que acatar la resolución. Por genio o por millonario que sea, no podrá salvarse de competir y no apoderarse de la cancha, del balón, de la fábrica de balones ni, mucho menos, del procedimiento para elaborar los reglamentos. Nadie puede estar por encima de la ley ni ser más fuerte que el Estado. La competencia, contra lo que suele creerse, no es la desaparición de las reglas, sino la superioridad de éstas sobre los competidores y la capacidad del Estado para hacer que éstos se sometan a aquéllas tanto en el ámbito de la economía como en el de la política y de la vida social; los numerosos y queridos Boy Scouts, en los Estados Unidos, enfrentan en estos días un juicio por discriminación iniciado por un dirigente homosexual que fue expulsado del movimiento. El caso es en extremo complejo, pero serán los jueces quienes desenreden la madeja y, una vez emitido el fallo, su aplicación será obligatoria como fue cuando, en Alabama, la fuerza pública garantizó a los niños negros el ingreso a las escuelas hace más de treinta años.

Es ominoso que, en nuestro país, la ley y su cumplimiento sean negociables o se vuelvan instrumento discrecional de quien tiene el poder para evitar críticas o suprimir la competencia política. Los casos de la Universidad Nacional Autónoma de México, sometida a una minoría violenta y agresiva; del pequeño grupo de deudores que no ha querido acogerse a los caminos legales para resolver su problema; de los introductores ilegales de vehículos y de la legalidad del registro de la candidatura de Andrés Manuel López Obrador, muestran hasta qué punto los mexicanos cultivamos la presión extra-jurídica para lograr que la ley favorezca nuestros intereses particulares, para constituirnos en excepciones al Estado de Derecho.

Puede argumentarse, y mucho se hace, que ha sido el propio Estado el que ha llevado a los ciudadanos a tal subcultura, en vicio –sería una barbaridad decir que en virtud– de decenios de arbitrariedad, autoritarismo, discrecionalidad y “soluciones políticas”. El hecho de que, hace algunos años, una de las cabezas más destacadas de la judicatura hubiese otorgado el doctorado *honoris causa*, precisamente en Derecho, a uno de los menos presentables jefes de la policía capitalina, aún pesa en la memoria.

Pero, si seguimos encontrando en el pasado los pretextos para continuar en esta situación, jamás saldremos de la selva en que nos encontramos. Mañana, los pretextos de hoy relativos al ayer, serán los que se invoquen para que nada cambie. Sin justicia legal, ni siquiera puede plantearse la posibilidad de una justicia social. Ya ha sido debida y abundantemente demostrado que en los países más ricos y más justos, no se dieron leyes e instituciones después de llegar a serlo, sino, precisamente al revés: están donde ahora se encuentran merced al imperio del Derecho. Hace casi un siglo del caso Rockefeller. Cuando los legisladores aducen, para legalizar lo ilegal, que el Ejecutivo incurrió en ilegalidad, no mejoraremos, no se obliga al Ejecutivo a actuar conforme a Derecho, sino que se cede a lo mismo que se critica. ¿Por dónde, si no es por el Legislativo, se va a romper este nudo gordiano? ¿Qué futuro le espera a la legalidad y a las instituciones del Distrito Federal si algunos de quienes pretenden gobernarlo ponen entre paréntesis las normas o convocan a un plebiscito que sustituya a los tribunales?

La historia enseña que las democracias, sin Estado de Derecho, mueren de sí mismo. Si no hay respeto por la ley, si la autoridad renuncia a imponer la legalidad, si se considera que cualquier uso de la fuerza para hacer valer normas y fallos judiciales es imposible o indeseable, lo que sigue es la nada democrática; guerra de todos contra todos. Situación que convoca al tirano que monopoliza el uso arbitrario de la fuerza para imponer el orden: la paz de los sepulcros.

2-V-2000

¿DEMOCRACIA Y DEMÓCRATAS?

A pesar de lo que sin duda dejó como fatal herencia a su país la dictadura, los políticos y los Partidos Políticos de Chile muestran, sin reticencias, una lealtad a la democracia y a la República que bien puede calificarse de ejemplar. Saben bien que romper esa fidelidad impediría incluso el perfeccionamiento del sistema, proceso que incluye el ir demostrando los candados que dejó armados el régimen militar. Para muestra bastaría ese brillante botón que, hace unas semanas, ostentó el candidato derrotado en las elecciones presidenciales, al reconocer de inmediato los resultados y felicitar al vencedor quien, a su vez, manifestó su propósito de ejercer el poder para y con los perdedores. Triunfadores y perdedores nos enseñan que no hay democracia sin demócratas.

Coincidió en el tiempo la toma de posesión de Ricardo Lagos —socialista postulado también por los democristianos— como Presidente de Chile, con la victoria electoral del Partido Popular (PP) en España y su consecuencia inmediata: la permanencia de José María Aznar en la presidencia del gobierno, ahora con una mayoría que lo libera de los constreñimientos que padeció durante cuatro años, aliado como tenía que estar en el Poder Legislativo con otras formaciones políticas liberales. No tardó su competidor principal Joaquín Almunia, del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), en reconocer las cifras comiciales ni en renunciar como cabeza de su agrupación, ni en convocar a ésta

a una reflexión seria en torno de sus propuestas, sus tácticas y sus estrategias políticas y electorales, entre las que está la alianza con la Izquierda Unida que, evidentemente, no sólo no funcionó, sino que probablemente generó una importante fuga de votantes. En cualquier caso y bajo cualquier hipótesis, en el fondo del proceso se encuentra—como en Chile— el pensamiento, las actitudes y hasta los gestos de personas concretas, de demócratas que dan vida y destino al sistema democrático.

Aún hay más. El diario español *El País*, de abierta simpatía por los socialistas y durante la campaña, fuente incesante de denuncias contra los populares y hasta en ocasiones héraldo de la victoria de sus amigos políticos, reconoció, en editorial de la casa publicado en su primera plana, que la mayoría absoluta lograda por Aznar y su partido contradujo los pronósticos del mismo periódico y demostró que el de las “izquierdas” fue un pacto fracasado que, “lejos de movilizar a sus votantes tradicionales parece haber espoleado al centro-derecha”.

El País llega a asegurar que la victoria de los populares “obliga a rectificar algunos juicios apresurados sobre (la) credibilidad de Aznar como líder del centro-derecha”, e invita al presidente por segunda vez electo—subrayando la legitimidad del proceso y de la victoria—, a gobernar para y con todos los españoles, con la amplitud de miras a que está obligado quien logra un respaldo tan amplio y tan claro. Agrega que “las elecciones se ganan y se pierden en el centro” y acepta que Aznar fue el más convincente de los candidatos para un electorado que repudia los extremos.

Y así completa el círculo virtuoso: el de lealtad democrática no sólo de los políticos y los partidos competidores simpatizantes de uno o de otro bando. Otra vez: son los demócratas quienes hacen la democracia. El sistema no operaría si las personas-políticos y periodistas- no actuaran como actuaron tanto en España como en Chile. Y es a partir de esa lealtad que es posible perfeccionarlo en lo que atañe a su equidad, a su decencia, su eficiencia y a sus grados de inclusión y de participación.

La fidelidad democrática no sólo es necesaria para el perfeccionamiento de la democracia y, por tanto, para mejorar las condiciones de competencia política. También lo es para la elemental sobrevivencia del sistema. Sin ella, bajo un criterio bastante obtuso según el cual se estaba mejor cuando se estaba peor, se desarrolla la nostalgia por pasados mucho menos aceptables que el presente. Lo están aprendiendo a sus costillas los venezolanos que votaron por un militar golpista y lo tienen ahora encima, casi sin contrapesos ni acotaciones, repitiendo los vicios y tropelías de los caudillos predemocráticos. Lamentablemente, en Chile quedan quienes sostienen que la política era más clara bajo Pinochet, y en España quienes proclaman “estábamos mejor con Franco”. Felizmente, tanto en uno como en otro países, hay una mayoría—en el gobierno y en la oposición— que mira hacia delante, unos triunfadores que han dejado atrás el resentimiento y la venganza, y unos perdedores que no están obsesionados con demostrar que son la mejor oposición del presente, sino preocupados y ocupados en probar que son el mejor gobierno del futuro. Son democracia con demócratas. Países en que los opositores cooperan con los gobiernos sin traumas ni complejos porque aspiran a gobernar, no

a administrar ruinas; países en que ganadores y perdedores hacen causa común frente al terrorismo, la clandestinidad armada y la delincuencia; naciones en que los demócratas no pierden su tiempo y el de sus conciudadanos buscando excusas a la violencia con tal de poner piedras de oportunismo político particular en el camino del conjunto, o con tal de no perder la adhesión de clientelas fanáticas que no creen en la democracia ni en el Estado de Derecho.

El hecho de que –según diversos medios de información– Vicente Fox Quesada y Francisco Labastida Ochoa fueran a Santiago de Chile a la toma de posesión de Ricardo Lagos y ni siquiera se saludaran, muestra la pequeñez de alma democrática que todavía nos aqueja como mexicanos. Especialmente porque allí gobierna una coalición de socialistas y democristianos y porque el adversario de ambos partidos y de su candidatura común –Joaquín Lavín Infante– no tuvo empacho en acudir a darle públicamente la mano a Lagos el día mismo de las elecciones. Y el hecho de que Fox Quesada hubiese declarado que no reconocerá el triunfo de Labastida Ochoa si éste gana por menos de 10%, pone en tela de juicio la lealtad democrática del guanajuatense y tal vez algo más grave: ¿qué habría pasado en Chile o en España si la oposición hubiese actuado así no sólo en las elecciones tan recientes que comentamos, sino antes, al término de las dictaduras de antaño? ¿Habría avanzado en democracia o retrocedido al pasado del que quería salvarse y va dejando atrás?

Entiendo que la amenaza de Fox Quesada tiene que ver con el pasado, pero me pregunto si no servirá para que el PRI busque por cualquier mal método ganar por un porcentaje mayor y volver así a situaciones poselectorales que hace tiempo –aunque poco– no se dan en nuestro país y de las que tanto trabajo ha costado salir. Y si el PRI pusiera como condición previa al PAN para reconocer y aceptar el triunfo de éste –que ya no es sólo un sueño– un porcentaje análogo; ¿y si el PRD se los fijara a los dos? ¿Se habrían corregido así los defectos de nuestra incipiente democracia o se estarían poniendo las bases para que fuesen incorregibles? ¿Imagina usted un juego de béisbol en que se exigiera a los Tigres del México ventaja de más de cinco carreras para reconocerles la victoria sobre, digamos, los Cafeteros de Córdoba, o uno de fútbol en que sólo se considerase triunfador al Atlas sobre el Atlante si la diferencia de goles es mayor de tres tantos? Lo más probable es que dejara de haber, respectivamente, “pelota” y balompié. Para que haya democracia se necesitan demócratas.

14-III-2000

¿DÓNDE SE NUTRE LA POLÍTICA?

Que los hombres somos capaces de perpetrar todo género de barbaridades parece evidente. Bastaría ver lo que hemos hecho desde los tiempos de Caín hasta los de Timor Oriental. El siglo XX, de manera especialmente espantosa, es una antología de monstruos individuales y colectivos, devoradores de pueblos y de personas. Son 100

años que tienen en su historia a Stalin y a Hitler, por sólo mencionar los peores paradigmas del salvajismo llevado a escala planetaria. Bosnia y Kosovo, Ruanda y Uganda, Afganistán y Chechenia son nombres propios y contemporáneos que nos llenan de horror y de vergüenza, de frustración y de rabia, de asombro y de miedo.

El siglo, en México, es el de la revolución mexicana y su millón de muertos, el de la guerra cristera, el de Huitzilac y de Topilejo, el de Tlatelolco y el jueves de Corpus, el del "Negro" Durazo y el "Mochaorejas". La madrugada del día en que escribo estas líneas, una familia entera fue asesinada en una gasolinera de la capital de la República: dos niños se salvaron gracias a que su madre los cubrió con su propio cuerpo; de los brazos yertos de ella los sacaron, milagrosamente ilesos, los policías que acudieron al escenario del crimen.

Cada hecho de sangre es, en el mundo o en el país, un fracaso de la política; es decir, del arte de organizar de manera racional a los seres libres, con base en una ley legítimamente aprobada. Lo mismo da que las víctimas sean del narcotráfico, de la delincuencia común o del enfrentamiento entre etnias, religiones, ideologías, clases sociales, naciones o bandas de diversas indoles. La política naufraga cuando se impone la violencia, cuando resulta inútil o ineficiente el Derecho, cuando de nada sirve hablar o escribir. Y es que, en el origen, la política es un esfuerzo humano para que la palabra esté por encima del músculo. Vamos, se llamó "parlamento" al lugar donde se quiso que "hablando se entendiera la gente" y se quiso que —como dicen los juristas— el Derecho siempre fuese dicho (el *jus semper loquitur* que se invoca en las escuelas de jurisprudencia). La raíz de la política es la capacidad de hablar y escribir entre diferentes las normas que obliguen a todos, por diferentes que sean.

Apegarse a la ley es acatar lo que mandan unas palabras. Las normas, empero, no son la primera palabra que los hombres nos decimos, expresamos o redactamos. Hay una voz originaria del Derecho y de las reglas. Es esa palabra que nos decimos a nosotros mismos y que solemos llamar "la voz de la conciencia". Es como un murmullo que nos persigue en cada momento de la vida sugiriéndonos que hay cosas que no debemos hacer y cosas que estamos obligados a realizar. Precisamente porque hay quienes se vuelven sordos a esa permanente insinuación interior, se hacen necesarias las leyes exteriores, las amenazas de castigo, las diversas penas que, como las multas o el encarcelamiento, conminan a obedecer normas y a someterse a reglas.

¿Por qué funcionan sociedades en las que ni siquiera la autoridad respeta las leyes? ¿Por qué continúa operando un país en el que la "mordida", la impunidad, la corrupción y la arbitrariedad campean a sus anchas y nos hacen vulnerables a la fuerza del más fuerte, del más rico, del más poderoso? ¿Por qué persisten las sociedades a pesar de que las instituciones son frágiles, inoperantes, deficientes, manipulables, ineficaces y descompuestas? Por la misma razón por la que las sociedades mejor organizadas y más sólidas funcionan: porque hay personas, grupos de personas y asociaciones de personas que viven y actúan correctamente sin necesidad de que se les amague con penalidades o se les incentive con premios. Es decir, porque siempre ha habido seres

humanos que escuchan a su conciencia y no se permiten hacer a otros lo que no quisieran que otros les hagan. O, puesto en positivo, porque hay mujeres y hombres que se comportan con los demás como quieren que los otros se comporten con ellos. No necesitan que haya un policía escondido detrás de cada semáforo para detenerse cuando se enciende la luz roja. No requieren de la promesa de una recompensa para devolver la cartera que se encuentra. Pagan sus impuestos porque consideran que es su deber. Cumplen sus obligaciones porque se obedecen ante todo a sí mismos

Esas mujeres y esos hombres, afortunadamente, actúan bien de manera constante, incluso si de este modo su conducta acaba siendo tan previsible que otras personas –las que no escuchan a sus conciencias– pueden abusar de ellos. En el origen de la política, y como cimiento de ésta, se encuentran esos seres humanos que solemos llamar “buenos” y que son así habitualmente. Ni siquiera el mejor sistema político imaginable sobreviviría sin ellos. Robert Bellah y otros cuatro autores norteamericanos han mostrado y demostrado que no hay política, y mucho menos democracia, si faltan esos “hábitos del corazón” que llevan a miles, a millones de personas comunes y corrientes a guardar la palabra dada, a respetar a los mayores, a ser corteses, a dar de comer al hambreado, a enseñar al que no sabe, a visitar a los presos y a los enfermos, a cuidar los bienes públicos, a no destruir lo que sirve a todos, a no tener que ir a tribunales más que para defenderse, para dar seguridad futura a acuerdos entre personas o entre grupos y a proteger establemente a los menos favorecidos o más vulnerables. La obra, publicada en inglés en 1985, se llama precisamente *Habits of the Heart*, y vio la luz bajo los auspicios de Harper and Row, para la colección Perennial Library. Curiosamente, a la misma conclusión llegó Vassilli Grossman en su libro *Vida y Destino*, una novela que describe cómo puede mantenerse viva una sociedad como la rusa o la alemana, sometidas al Imperio del terror de Estado: porque hay gente que se arriesga a hacer algo por los demás, simplemente movida por su conciencia.

Y es que, si en el país o en la ciudad mejor dotados de leyes, de instituciones y de policías, nadie respeta las señales de tránsito –por sólo mencionar el más elemental de los casos–, ni las leyes, ni las instituciones, ni los agentes, serían suficientes para evitar el caos vial, los accidentes, los muertos y los heridos. Las compañías de seguros, en sus cálculos, tienen que suponer que habrá conductores que se comportarán bien: si su hipótesis fuera la contraria, o cerrarían o fijarían primas completamente impagables.

Los orígenes, las raíces, los nutrientes de la política, del bien común, de las leyes, de las ciudades, de los países y de la vida internacional se encuentran en la conciencia de las personas, en los “hábitos del corazón”. Éstos tienen que ser alentados por los padres, por los maestros, por los amigos, por las escuelas, por las organizaciones sociales –empresa, sindicato, iglesia, club, etc.– y por los medios de información y comunicación. Sin esos hábitos, el municipio, el Estado, la nación y el mundo no serán más que distintos tipos de guerra de todos contra todos, y los hombres –como lo escribió León Felipe– se reducirán a “átomos que se muerden”.

Volver a los orígenes de la política es regresar a la tarea de hacerse de esos “hábitos

del corazón⁶. Cuando terminó la Segunda Guerra Mundial y era preciso reconstruir países enteros destruidos por la barbarie y por la lucha contra la barbarie; Jacques Maritain –filósofo católico– escribió que el desastre se había debido a que faltaron virtudes públicas en los gobernantes, pero que a pesar de esta mengua lamentable, las virtudes privadas habían permitido a Francia recuperar su libertad y su dignidad. El País –decía– contaba con la reserva salvadora de sus mujeres y sus hombres buenos y en adelante había que llevar esas virtudes privadas al ámbito de la vida pública.

¿Podríamos pensar y decir algo semejante en el México de hoy, agobiado por tantos problemas y sometido por los medios de información al espectáculo interminable de una perpetua querrela de trivialidades entre supuestos dirigentes sociales y políticos? Yo creo que sí. Si esa reserva no existiera y no se mantuviera viva, el país se habría deshecho ya hace tiempo. Lo malo de los buenos, decía Voltaire, es que son cobardes. O, si no se quiere calificarlos de un modo tan excesivo y degradante, es que no se organizan, y allí están los cientos de miles de universitarios que contemplan desde la pasividad más irresponsable que la UNAM está a la merced de un puñado de truhanes y vividores, éstos sí articulados. Ninguna mayoría silenciosa y dispersa de buenos ha logrado jamás la victoria del bien. Pero allá están. Son el alimento de la vida en común y la fuente de lo mejor de la sociedad. Hay con qué salvar a la política. Afortunadamente.

LA TRANSICIÓN MEXICANA: DE LOS QUANTA A LOS QUALIA

Jean Guilton, in memoriam, por los qualia. Para Luis González de Alba, por los quanta.

Los exploradores de las entrañas más recónditas de la realidad material nos han entregado, como resultado de sus pesquisas, la Física Cuántica. Su trabajo ha sido una aventura maravillosa. Sus conclusiones son deslumbrantes. La materia, nos dicen, está hecha de partículas que son “paquetes” de energía de los que incluso está hecha la luz. Cada uno de aquéllos recibe el nombre latino de *quantum* y, en plural, se les llama “los *quanta*”.

El mundo de lo que se puede contar, de lo que es posible cuantificar termina allí, en esos “paquetes”. Después de este punto, que es al mismo tiempo material y temporal, está lo que los científicos llaman “el muro de Planck”, por el apellido del fundador de la Física Cuántica. Esa muralla se encuentra, en el tiempo y hacia atrás, en la parte de un segundo que se expresa con el número 10 con exponente -43 (diez a la menos cuarenta y tres) es decir, con un número 1 que tiene a la izquierda 42 ceros, precedidos del punto decimal. Aquí termina la posibilidad de contar, de pensar, de medir.

El campo de lo que se mide, lo que se pesa y lo que se cuenta es enorme, pero ter-

míra. Lo cuantificable, lo que en última instancia se mide en “cuantos” o en *quanta* es mucho, es muchísimo. Pero no es todo lo que hay en la realidad, no agota el universo, y, sobre todo, no es el punto final de lo humano.

En un libro titulado *Historia y Destino*, el filósofo francés Jean Guitton, fallecido el año pasado, formula una interesante reflexión inspirada en los *quanta*. Nos dice que “al igual que el mundo de la materia tiene como unidad de tiempo (los) pequeños saltos que los sabios llaman *quanta*, se podría decir que la historia está compuesta de *qualia*. Es decir, (de) unidades cualitativas que consisten en momentos desconectados, abiertos sobre un vacío llamado futuro”. Guitton añade que nuestra existencia histórica está hecha de puntos cualitativos que vivimos dolorosa, radiante o monótonamente, “ocupando en forma furtiva pequeños islotes de duración rodeados de incertidumbre, en los que, en momentos decisivos, hemos de tomar partido a través de sombras.”¹ Son instantes de libertad. No pertenecen al orden de la cantidad, sino al de la calidad. Son aquellos momentos en los que tomamos las decisiones que nos comprometen, en los que somos capaces de hacer historia.

Así que, junto a los *quanta* de la materia pura, están los *qualia* del hombre, que es más que materia. Junto a las leyes a las que obedece la materia, están los actos libres con los que los hombres vamos haciendo la historia. Los cambios económicos, sociales, políticos, los avances científicos mismos y sus consecuencias, los cambios técnicos y tecnológicos, son también resultado de actos libres de nosotros, los seres humanos.

Transición es tránsito, es movimiento, es cambio. Una transición política es el tránsito, el movimiento o el cambio que hace pasar a una sociedad de un modo de organizarse, de conducirse y de ser, a otro modo de organizarse, de conducirse y de ser. Para que este cambio sea posible, se necesitan dos condiciones: la primera, es que en el cambio no desaparezca lo que cambia; la segunda, es que el proceso de transformación no se interrumpa. Los griegos, que fueron los primeros en estudiar racionalmente el cambio, expresaban este doble requerimiento hablando de dos fuerzas necesarias. A una de estas fuerzas, a la que se mantiene en el ser, sin deshacerse, al sujeto del cambio, la llamaron *energía*; a la otra, a la que impulsaba la transformación, la llamaron *dunamis*. En español, se trata de la energía y de la dinámica. La primera, es la fuerza de cohesión o de unidad; la segunda, es la fuerza de modificación.

Pierre-Joseph Proudhon, muchos siglos después de los griegos clásicos, llegó a una conclusión análoga, pero la expresó de modo diferente. Pensó que una sociedad en movimiento necesita de una fuerza centrípeta que la mantenga siendo una, y de una fuerza centrífuga que le permita modificar su modo de ser. A la fuerza cohesiva, centrípeta y unificadora la llamó **justicia**. A la fuerza modificadora la llamó **libertad**. Si combinamos las ideas griegas y las proudhonianas, podremos decir que aquella so-

¹ La obra fue editada en francés por Deslée de Brouwer (Paris) en 1970. La versión en español es de 1977, bajo los auspicios de Rialp (Madrid). El mismo autor volvió al tema durante un diálogo con los científicos Grichka e Igor Bogdanov, recogido en el libro *Dieu et la science*, editado por Grasset (Paris) en 1991.

ciudad, que por permanecer una hace de la unidad un ídolo que suprime la libertad, se estanca; asimismo, podremos decir que una sociedad que, por cambiar, hace de la libertad una diosa que prohíbe la justicia, se deshace. Sólo la sociedad que es capaz de ser una, es decir, justa, y de cambiar, esto es, de dejar actuar a la libertad de sus miembros, lleva a buen término su transformación, su cambio, su transición.

Me parece que esa doble e imprescindible capacidad se encarna, al menos parcialmente, en un instrumento: la ley, el Derecho, entendido como el cauce que la propia sociedad se impone para armonizar libertad y justicia, unidad y progreso, estabilidad y cambio, energía y dinámica. La ley, el Derecho, es lo que nos permite mantener la unidad de la sociedad, en la medida que ayuda a hacerla justa y, al mismo tiempo, nos permite avanzar y transformarnos como sociedad, en tanto que garantiza las libertades. El Derecho no pertenece al orden de la naturaleza material, es obra de los hombres y de su libertad y, por tanto, pertenece al orden de la cultura, de la historia. En este mismo sentido, le aporta a la sociedad no tanto lo que es cuantificable, los *quanta*, sino lo que va más allá, la calidad, los *qualia*. Gracias a él, la sociedad puede ir más allá de lo cuántico; puede pasar de los *quanta*, que son imprescindibles en cuanto que están relacionados con nuestra dimensión natural-material, a los *qualia*, que también lo son porque dan la dimensión específicamente humana, es decir, ética, a nuestros cambios.

Estoy convencido de que en México estamos en una transformación cuántica razonablemente exitosa. Me parece que lo que nos hace falta es la parte cualitativa de este cambio. Y estimo que esa parte tiene, fundamentalmente, que ver con la ley, con el Derecho. Con su producción –problema de legislación, de Poder Legislativo– y con su vigencia –problema de los Poderes Ejecutivo y Judicial. Si el Congreso de la Unión –para el que ya se logró el cambio cuantitativo– es incapaz de pasar de la cantidad a la calidad y, por tanto, de elaborar las normas que nos mantengan al mismo tiempo unidos en la justicia y en posibilidad de desarrollo por la libertad, la transformación cuantitativa, incluso, podría perderse por decepción del electorado que la generó. Si el Ejecutivo y el Judicial, cuyos respectivos cambios cuantitativos son innegables, renuncian a aplicar el Estado de Derecho por razones políticas, de oportunidad o de propia conveniencia, nuestra democracia, ya cuantitativamente aceptable, podría naufragar frente a la playa de la calidad, que es la de la justicia social y la seguridad jurídica.

No es México, en esta materia y tampoco en muchas otras, un caso excepcional. Su situación actual se inscribe en la del mundo, que se encuentra en plena transformación.

Dos norteamericanos –Peter C. Goldmark y Félix Rohatyn²– han planteado el problema de la calidad –de los *qualia*– con mirada al horizonte mundial, desde los datos económicos norteamericanos, en relación con los del resto de los países. Sus conclusiones son semejantes y pueden sintetizarse así: la prosperidad sin precedentes de los

² Citados por Jean Daniel en el ensayo “La próxima gran esperanza”, publicado por el diario español *El País*, el 20 de enero de 2000.

norteamericanos sólo tiene como límite las reacciones que provoca en los estadounidenses y en los no estadounidenses que no se benefician de aquélla. O ampliando el campo, las transformaciones materiales, e incluso cualitativas o políticas conseguidas por Occidente durante la segunda mitad del siglo XX, pueden quedar en riesgo grave e, incluso, llegar a perderse si en los años que vienen no se extienden al resto del mundo. En nuestro país, en una reciente conferencia pronunciada ante los alumnos de la Universidad Iberoamericana, Carlos Slim acaba de postular la necesidad de una tercera guerra mundial: contra la pobreza. Carlos Fuentes, por su parte, en un ensayo titulado "La Nueva Izquierda", publicado en España, opina en sentido análogo.³

Con los ojos puestos en reflexiones como las ya hechas, el escritor francés Jean Daniel concluye que, lo que ahora hace falta, la revolución democrática que se requiere de aquí en adelante, tiene que producirse "en las mentes de los responsables", de manera que por actos conscientes y libres de éstos (por *qualia*, en el lenguaje de Guitton), y –añado yo– por la creación y vigencia de un nuevo Derecho, se logre una distribución de los bienes materiales ya generados entre quienes hasta ahora han quedado al margen del cambio cuantitativo, de manera tal que no se sientan ni se vean obligados a destruirlo. No muy lejos de México en el tiempo y en el espacio, Venezuela y Ecuador son, al respecto, casos terriblemente aleccionadores.

Cabe señalar en este mismo ámbito y como apoyo a la convicción de que se necesita del Derecho como complemento y sustento de la democracia y la libertad, lo que podríamos llamar "la lección de Seattle". Como se recordará, la 111 Reunión Intermministerial de la Organización Mundial de Comercio (OMC), debió haber lanzado en esa ciudad norteamericana una nueva negociación multilateral de comercio. El intento naufragó, principalmente porque Estados Unidos, Europa y Japón no lograron ponerse de acuerdo en el calendario y la agenda de la negociación. Además, los países en desarrollo protestaron por haber sido marginados y porque calcularon que se les trataría de imponer normas ambientales, sociales y laborales que mermarían su poca capacidad competitiva.

No se necesitaba de los disturbios callejeros para hacer fracasar la reunión. Pero, como es innegable, los hubo. Queda claro que, a partir de ahora, los grandes tendrán que tomar en cuenta a los pequeños y a las organizaciones sociales para hacer avanzar el comercio mundial.⁴

Lo que sucedió en Seattle, en el fondo, nos muestra que la libertad de intercambio a escala mundial, para no deteriorarse hasta reeditar la ley de la selva, supone un grado más alto de concertación y de regulación que el proteccionismo. Este no requiere de leyes, en la medida en que cada país se cierra sobre sí. La apertura, que es entre desiguales, necesita de normas para que, como lo señaló desde el siglo XVI el Padre Vitoria, entre el fuerte y el débil ejerza su función liberadora y justiciera la ley.

³Diario *El País*, 4 de febrero 2000, pp.11, 12.

⁴Véase, a este respecto, el artículo de Francesc Granell "La OMC y la fallida cumbre de Seattle", en *Política Exterior*, Vol. XIV, No. 73, enero-febrero 2000, pp. 59-75.

Y es que si la democracia cuantitativa no es capaz de construir la justicia, la sociedad pierde la unidad, se divide en bandos que acaban por enfrentarse, con lo que suele ser destruida la democracia misma, víctima de su falta de calidad en el ámbito de la energía, de la fuerza unificadora del sujeto del cambio que es la sociedad misma. Y si esta democracia no es tampoco capaz de generar Derecho y Estado de Derecho, acabará siendo una sociedad de privilegios, de leyes privadas, de triunfo de quien logre acumular más capacidad de presión o más fuerza económica, o política. De aquí hay un paso a la anarquía y, de ésta, sólo unos centímetros a la dictadura como única vía para recuperar un orden que, si bien no es nunca tal por ser dictatorial, sí puede resultar apetecible y hasta bienvenido para quien ha padecido los efectos de las arbitrariedades particulares en pugna.

Quisiera detenerme en esta última reflexión:

Separada del Estado de Derecho, la democracia es una especie de círculo vicioso. ¿Por qué? Porque como lo anticipó Rousseau, en la democracia se confunden el súbdito y el soberano. El "pueblo" es, al mismo tiempo, los dos. De aquí que baste erigirse en "el pueblo", declararse "el pueblo" y conseguir ser identificado como "el pueblo", para adquirir legitimidad y liberarse de todo límite y alzarse como titular de la soberanía. Aquí está el origen de sistemas como el leninista, el nazi o el estaliniano. Sin Derecho, el pueblo no tiene a qué ni a dónde recurrir contra sus propios excesos, locuras o turbulencias. Sin Derecho, como lo ha escrito brillantemente Jacques Julliard,⁵ lo que se crea es "un poder ilimitado del pueblo sobre el pueblo, entendido como adición de individuos". De aquí que se necesite un principio externo a los dos, tanto al pueblo, entendido como súbdito, cuanto al pueblo, entendido como soberano —es decir, el Derecho— para evitar que la democracia degenera en desorden que convierta en deseables las falsas soluciones autoritaria y totalitaria.

Sin Derecho —y sin Estado que lo haga respetar— una sociedad cuantitativamente democrática se pervierte. Cada grupo de los que la forman exige leyes y status particulares, y nadie quiere ni acepta ser tratado como ciudadano. Por el contrario, exige serlo como empresario, como banquero, como universitario, como mujer, como indígena, como agricultor, como periodista... se tiende y se pretende —legítimamente— al "derecho a la indiferencia", pero, ilegítimamente y de modo creo que suicida, desde el punto de vista democrático, se empuja hacia la "diferencia de Derecho".

Así, la soberanía popular es progresivamente sustituida por "el poder concreto" de cada grupo, de cada *lobby* que consigue para sus representados una situación de excepción o un régimen de impunidad. Los empresarios quebrados, los deudores que no quieren pagar, los invasores de predios y todos los demás grupos imaginables acumulan fuerza de presión para actuar impunemente fuera de la ley y buscar no soluciones jurídicas, sino políticas. No está de más señalar que el eco que estos grupos encuentran en los medios de información contribuye enormemente a la inhibición de quienes de-

⁵Apud "Démocrates, encore un effort!", *Le Nouvel Observateur*, No. 1835, París, 6-12 janvier 2000.

ben crear el Derecho y a la parálisis de quienes deben garantizar el imperio de la ley. Esto lleva paulatina, pero inexorablemente, a la demolición del Estado de Derecho, a su desprestigio e ineficacia. Cuando los Partidos Políticos amparan, si es que no impulsan, a tales grupos y al mismo tiempo sus legisladores son, valga la redundancia, legislativamente improductivos, la democracia cuantitativa, necesaria pero no suficiente, se ve aún más peligrosamente amenazada. Cuando, además, la autoridad –sea el Estado o el gobierno–, se permite a ella misma lo que le prohíbe a los ciudadanos comunes y corrientes, esto se agrava aún más, porque éstos consideran justificada su pretensión de excepcionalidad.

No es necesario ser muy imaginativo para concluir que, en una democracia cuantitativa, la mezcla de injusticia social, carencia de leyes y ausencia de Estado de Derecho, esto es, la falta de *qualia*, es letal para la democracia misma. Sin la calidad, la cantidad, por buena que parezca a unos, frecuentemente los que gozan de ésta, se vuelve despreciable para quienes no tienen acceso a ella, se vuelve hiriente, humillante y ofensiva; mueve a las víctimas contra los avances de los que no son partícipes.

Estimo que el reto de nuestra democracia y nuestro desarrollo, cuantitativamente innegables, lo constituyen al menos tres *qualia*: el de la justicia social, el de la producción de las leyes, –que necesitamos tanto para aumentar el lado cuantitativo de la democracia cuanto para darle elementos de calidad cada vez mayor– y la vigencia del Estado de Derecho o imperio de la ley.

Creo que quienes estamos aquí el día de hoy –dirigentes empresariales, estudiosos de la realidad, altos funcionarios públicos y privados, políticos destacados y profesionales renombrados– pertenecemos al grupo humano y mexicano al que Jean Daniel llama “de los responsables”. Sostengo, junto con ese mismo autor, que es en nuestras mentes y en nuestras voluntades, en ese espacio ético que es el de la decisión ilustrada y libre, donde puede gastarse y producirse la revolución de la calidad que tanto le urge a nuestra democracia y que tan necesaria es para el perfeccionamiento humano de los cambios que ya son cuantitativamente reales en nuestro país. No exclusivamente, pero sí en muy importante proporción, los *quanta* han sido logrados por la acción eficiente de muchos de los aquí presentes. Ahora, son los *qualia* aún faltantes los que nos llaman, nos convocan y nos obligan. Tomemos partido por los *qualia*. Es apostando y apostándonos por ellos que podremos hacer historia.

No es pretensión propia ni una discriminación contra nadie –y menos cuando se tienen convicciones democráticas– afirmar que nosotros tenemos la palabra. No en términos de sentirnos, creernos o aspirar a constituírnos en nuevos privilegiados. Sí en términos de sentirnos y sabernos –si así se puede hablar– más éticamente obligados a dar más, porque hemos recibido más. Alguna vez leí que la única ley privada que un pueblo puede tolerarle a sus élites es la de la generosidad y la abnegación. En las condiciones mexicanas de injusticia social y de crisis del Estado de Derecho, esta ley es más ley que nunca. Es una ley del ámbito de la calidad. Sometámonos libre y alegremente a ella. Si no por razones altruistas o caritativas, al menos por propia sobrevivencia y

por ganas de que un país democrático, económicamente fuerte, unido, soberano, socialmente justo y en libertad, reciba en los próximos años ese nombre que todavía nos hace vibrar, soñar, trabajar y esperar: el nombre de México.

Publicado en la revista Palabra No. 51, México, 2000.

ENTRE LA ENERGÍA Y LA DINÁMICA

Agradezco la invitación de los organizadores. De manera especial, porque insistieron en mantenerla a pesar de mi obvio, público y notorio desconocimiento de la materia jurídica y, especialmente, de las profundidades del tema constitucional. No iba a volverme un experto en el lapso de que dispuse para elaborar estas reflexiones.

Confieso que preparé esta intervención con base en las experiencias que la vida me ha permitido adquirir y en la búsqueda del significado de algunos términos en tres o cuatro diccionarios. A partir de lo anterior, redacté una especie de ensayo que no reúne las características estrictas de un trabajo académico de investigación. Someto, pues, a la amable, clemente, y tal vez hasta compasiva comprensión de quienes sí son especialistas en la materia, el texto que ahora expondré.

Es casi verdad de Perogrullo que la palabra “constitucionalidad” es una de las muchas derivadas del verbo “constituir”. Curioso verbo, por cierto, en virtud de la cantidad de acepciones que le asignan los diccionarios, entre las que podemos elencar la de “formar”, “componer”, “ser”, “establecer”, “erigir”, “fundar”, “asignar”, “otorgar” y “dotar de nueva posición o condición”. Además, seguido de algunas preposiciones como “en” o “por”, puede significar también “obligar a alguien a ser algo” y “asumir obligación, cargo o cuidado”. A mayor abundamiento, “constituir” es pariente cercano, entre otros, de “restituir”, de “instituir” de “prostituir”, de “sustituir” y de “destituir”. Todos nos llegan del verbo latino *statuere*, que quiere decir “poner”, “estatuir” o “colocar”, y del que brotan “estatuto”, “estatura” y “estatua”. *Statuere* a su vez, viene de *stare*, que en nuestra lengua significa “estar”, verbo del que deriva “estado”.

A todo este recorrido me llevó, por principio de cuentas, la invitación con que me honró el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, a participar en este seminario, que tiene como tema la frase “Hacia una nueva constitucionalidad”.

De palabra en palabra fui tratando de entender –ya que no soy jurista– cuál era el propósito de la reflexión colectiva y multidisciplinaria a la que se me convoca. En el Diccionario de la Lengua Española, conocido como “de la Real Academia”, hallé la palabra “constitucionalidad”. Aprendí que es el nombre de una calidad: la de aquello que es “constitucional”. Líneas arriba, en la misma obra, encontré el adjetivo “consti-

tucional", y de sus tres acepciones llamaron mi atención dos: una, "perteneiente a la constitución de un Estado", la otra "adicto a ella".

No me dio trabajo concluir que merece la "constitucionalidad" o "calidad de constitucional" todo artículo de una Constitución de un Estado, toda norma legal secundaria que no contradiga tal institución, todo acto del gobierno que se ciña a ésta y toda persona que profese y practique respeto o la adhesión a aquélla. Así que una "nueva constitucionalidad" podría tener que ver con nuevos artículos de tal o cual Constitución —en el caso de la mexicana—, con la adecuación de las leyes secundarias a esa Constitución y/o con el comportamiento de los mexicanos, sean gobernantes o súbditos, según sea de adicción, o de alejamiento en relación con nuestra Carta Magna.

De esta primera aproximación surgieron algunas preguntas ¿Basta que un precepto forme parte de una constitución para que sea "constitucional"? ¿Puede no ser "constitucional" alguna norma que esté incluida en una Constitución? ¿Con qué criterio podría decidirse acerca de la "constitucionalidad" de lo que ya está en una Constitución? O, planteado, con dos verbos cuya relación es a veces sobrecogedora, ¿estar en la Constitución es ser automáticamente constitucional? Y si estar equivale a ser, ¿se puede discutir la constitucionalidad de lo que ya está en la Constitución? Estas son preguntas tal vez ingenuas, de lego en la materia, a las que los especialistas aquí presentes podrían dar generosa, comprensiva e iluminadora respuesta. Entendido que algo que todavía no forma parte de una Constitución pueda ser incluido en ésa, mi pregunta, más bien, tendría que ver con lo que ya está dentro de la Constitución: ¿puede salir de ella?, ¿por qué razones? Además, la cuestión se relaciona con la viabilidad de una nueva constitucionalidad, en lo que se refiere al contenido de la Constitución. Esa novedad, ¿puede ser sólo por adición o también podría darse por sustracción? Finalmente, todas estas interrogantes se encuentran vinculadas con otra pregunta que suele aparecerseme: ¿es autorreferente la Constitución?

Me atrevo a sugerir que estar en tal o cual Constitución es sólo uno de los posibles modos de ser constitucional. Dicho de otra manera, utilizando la terminología y las categorías de Aristóteles, estar en la Constitución es ser constitucional en acto, lo que no descartaría que algo fuese constitucional en potencia, lo que equivale a decir que puede llegar a ser constitucional algo que no esté en una Constitución y que, entonces, si merece ser tal, ha de pugnarse porque esté allí. No sé si la recíproca pueda ser razonable: ¿puede descubrirse que lo que está en la Constitución no merece tal inclusión —que es no-constitucional en potencia— y que, por tanto, habría de pugnarse porque saliera de tal ámbito? Y, en ambos casos, ¿con base en qué criterios?

Por su parentesco, al que ya me referí con el verbo "estar", intuyo que una Constitución es un modo de ser de una comunidad humana. Es lo que le confiere a una sociedad la modalidad de "Estado", modo de ser que no es natural, sino cultural, histórico. Por esta razón, la expresión de una comunidad que en un momento dado decide vivir junta y en orden para asegurarse un conjunto de bienes públicos, cuya suma produce un bien común, es decir, un conjunto de condiciones materiales y

culturales que permiten a las personas y a los diversos grupos en que éstas se organizan su desarrollo pleno. Parecería, de entrada, que el primer bien público al que tal sociedad aspira es a ser sociedad y no otra cosa y que darse una Constitución, hacerse Estado es, para una sociedad, diseñar un modo de ser en el presente que le asegure seguir siendo sociedad en el futuro. Que es la expresión de lo que se ha llamado una "comunidad de esperanzas", una "comunidad de proyecto" o una "comunidad de futuro". Sería la expresión colectiva de lo que se piensa que hay que ser hoy para poder seguir siendo sociedad mañana. En este sentido, una Constitución tendría que limitar al Estado para que éste no demuela, corroa ni sustituya a la sociedad.

Me parece razonable que si se quiere ser sociedad hoy, debe buscarse la unidad de la sociedad presente, porque para Ser, todo ser debe ser, en primer término, uno. Aquí surge un problema, porque la sociedad no está hecha de partes inertes, sino de personas dotadas de inteligencia y de voluntad y, por tanto, libres. Esto obliga a pensar en un instrumento que permita organizar racional, o al menos razonablemente, a un conjunto variado de libertades, de modo tal que el ejercicio de la libertad de uno o de algunos no redunde en perjuicios para uno o para algunos otros. En consecuencia, parece lógico afirmar que la expresión de la voluntad de ser sociedad, de ser una sociedad, debe ser algo parecido a un "discurso de método" para resolver las diferencias e incluso las querellas o conflictos entre libertades. Aún más: tal vez podría decirse que una Constitución —que es aquella expresión— debe hasta "productivizar" esas diferencias o conflictos en favor del conjunto, lo que fortalecería su unidad, objetivo y característica primera de todo ser.

En este sentido, lo que daña y hasta puede impedir la unidad presente de una sociedad, además de la hipertrofia del Estado, es la injusticia, que es fuente de divisiones, fragmentaciones o conflictos, y que, si la sociedad no quiere ser destruida, debe impedir que devengan lucha y violencia física. De aquí se sigue que la justicia que debe buscar una Constitución equivaldría a lo que Aristóteles llamó la "energía", que es la fuerza que mantiene al Ser siendo a través del cambio y así mantiene en el ser al sujeto de éste y asegura el cambio mismo. Asimismo, con el mismo autor, la libertad sería lo que el citado pensador griego llamó "dinámica" o fuerza que impulsa a pasar de la potencia al acto; a actualizar o a ir actualizando el futuro.

Curiosamente, algo semejante dijo Pierre-Joseph Proudhon, para quien la justicia es la fuerza centrípeta que mantiene unida a una sociedad y la libertad, la fuerza centrífuga que evita el congelamiento de la justicia presente en una situación sin futuro inmutable —casi divina, diría yo— que petrificaría a la sociedad misma. Si esto es válido, podemos concluir que una Constitución debe incluir garantías para la libertad y obligaciones hacia la justicia. No podría sacrificar una en el altar de la otra, so pena de fragmentar a la sociedad o de inmovilizarla, según el caso. O, expresado de otro modo, la Constitución habría de tener como fin mantener la unidad de la sociedad sin impedir el cambio de ésta.

Ahora bien, aquello a lo que aspira un grupo humano no lo consigue por el sólo hecho de querer lograrlo. Pondré un ejemplo que, como todo ejemplo, es imperfecto. Si

un conjunto de trabajadores y empresarios alemanes quisiera echar a andar en su país una fábrica de limas para afilar machetes, descubriría de inmediato que en Alemania ya no se utiliza este tipo de instrumentos. Si tal fábrica ya existiera, no tendría presente y, por tanto, tampoco futuro. No habría, para esa empresa, presente imaginable capaz de garantizarle un futuro, por mucha que fuese la voluntad de quienes la forman. Aprovechando el ejemplo, para el caso de una "nueva constitucionalidad", me preguntaría si la constitución mexicana actual sirve para garantizar la unidad de la sociedad presente, de modo que nos permita transitar en la unidad hacia una sociedad también unida, pero mejor, en el mañana. Y es que si la Constitución no tiene presente, tampoco puede tener futuro. Si no da para ser "energía", el ser uno de la sociedad que la Carta Magna debe mantener se perderá en cualquier cambio, volviendo inútil la "dinámica" de la libertad o, en el peor de los casos, llevando a su pérdida.

La reflexión anterior me conduce a otra pregunta: ¿alguna vez ha sido la Constitución de la República causa real de la unidad de la sociedad mexicana, si es que alguna unidad de ese género se ha dado en nuestro país? Autores como Samuel Ramos, ya hace bastantes años, sostuvieron que entre el país real y el país legal había una gran distancia, y no faltan hoy quienes afirmen lo mismo. Si esto es cierto, y si alguna unidad hubo, entonces no se debió a la Constitución. Y, si no se debió a la Constitución, esto querría decir que no sabemos a ciencia cierta si la Constitución que conocemos puede ser causa de unidad. De aquí he de concluir que la Constitución no ha tenido presente y que, por tanto, no sabemos si puede tener futuro.

Si esto fuese así, el asunto de la "constitucionalidad" tendría que plantearse en el ámbito de la "adhesión" a la Constitución. Podría ser útil, a este respecto, acudir a la definición que de aquella cualidad nos da Rodrigo Borja en su *Enciclopedia de la Política*, y que reza como sigue: "Es la concordancia de las normas jurídicas y de los actos de gobierno con la Constitución", pero subrayando lo que los actos de gobierno e incluso añadiéndole los actos de las personas y de los diversos grupos que éstas se asocian.

No me parece difícil averiguar si las leyes secundarias y los actos antes mencionados tienen la calidad de constitucionales. Es asunto de investigación empírica en el que, por cierto, han incursionado no pocos mexicanos cuyas conclusiones no son muy gratas de conocer. Es más —y es peor—, durante el último trimestre de 1998 una encuesta mostró cuán poco aprecio se profesa en nuestro país al respeto a las leyes, lo que de paso induce a sospechar que nuestro sistema educativo formal es más o menos exitoso en lo que se refiere a generar nacionalismo, pero bastante deficiente en lo que atañe a producir civismo, es decir, constitucionalidad práctica. Ni que hablar de la producción de leyes porque, como lo han notado algunos, el Congreso de la Unión ha llegado a aprobar normas secundarias cuya obligación universal viene expresamente negada en el texto mismo de aquéllas.

Me preocupa más pensar si la Constitución, tal como es, puede ser obsequiada con el respeto del Estado. Me temo que no, y que eso se debe a la permanente y consistente tendencia a "elevar a rango constitucional" cuantos buenos deseos so-

mos capaces de engendrar los mexicanos. Y no es que piense que tales deseos son indebidos, malvados o pecaminosos. Doy por supuesto que están inspirados en una genuina aspiración a la justicia. Me preocupa, sí, que su formulación soslaye las realidades socioeconómicas que pueden hacerla una expresión piadosa, incumplible, o que deje de lado los medios para conseguir su realización y que, así, convertidos en "derechos sociales" e incluidos en la Constitución —es decir, transformados en lo que Rodrigo Borja llama "prestaciones y servicios a cargo del Estado o impuestos por el Estado a los particulares"— puedan poner al Estado en situación permanente de anti-constitucionalidad, frente a la cual es imposible o absurdo pensar que los supuestos protegidos por la Constitución cuenten con la posibilidad de ejercer recurso alguno. En efecto, si en la Constitución se incluye el "derecho al trabajo", o "a la vivienda", y en la realidad hay ciudadanos desempleados o sin casa, ¿puede imaginarse que los desposeídos de uno y/o de otro de estos bienes presente querrela ante algún Tribunal y logre un resultado favorable a sus intereses, condenatorio del Estado? ¿Es posible que haya empleos y casas por decreto, sencillamente porque la Constitución lo establece? No estoy en contra de eso que ha sido llamado el "constitucionalismo social", sino de que se convierta en hazmerreír de los agraviados y en una demostración más de que la Constitución es, como diría Sartre, "una pasión inútil". Me preocupa que se encarguen al Estado deberes que la realidad no le permite cumplir o que para cuyo cumplimiento no se le dan medios, o que francamente desbordan sus posibilidades. Además, sería igualmente preocupante, y tal vez hasta nocivo, que todo este conjunto de buenos deseos se convierta en cortina discursiva que oculte o minimice otro aspecto o elemento importante de una Constitución: la arquitectura de los límites al poder público, cuya omnipotencia se invoca y cuya impotencia se lamenta; la ingeniería jurídica, que protege las libertades individuales y a la sociedad del Estado, y la tecnología jurídica, que ordena y encauza las relaciones entre personas, sociedades y Estado para que ninguno esté por encima de la ley, y organiza eficazmente la conformación legítima y fructuosa del poder público de manera que cumpla sus funciones ejecutivas, legislativas y judiciales. Por este camino hemos llegado a una paradoja: cada vez son más los mexicanos que abominan del gobierno y, al mismo tiempo, exigen que el Estado satisfaga sus necesidades materiales. Menos impuestos y más servicios parece ser a veces uno de los lemas de esta tendencia, en apoyo del cual se cita a la constitución en lo que ésta recoge de "valores sociales superiores" en función de los cuales resultaría legítimo violarla en sus humildes disposiciones relativas al orden de la vida en común.

Dicho de otro modo, me preocupa que sigamos imaginando que todo lo bueno es potencialmente constitucional y tratemos de hacerlo entrar en la Constitución hasta convertirla en una luz que lo ilumine todo y que, como el Dios de los místicos, nos deslumbre, obnubile y silencie, lo que equivaldría a que el Derecho no hablara y sólo lo hiciera todo aquello que ha impuesto o impone su habla más allá, por encima o en contra de la Constitución que tememos. Diría, pues, que habría que darle su oportunidad a la Constitución durante un lapso razonable para averiguar si, respetándola gobierno y ciudadanos, Estado y sociedad, la Carta Magna es capaz de tener presente y, por tanto, futuro. Este esfuerzo habría de ser general —sin extraterritorialidades ni

excepciones— y sostenido por medio de una reforma educativa abiertamente creadora del civismo, que es el sostén real del nacionalismo genuino que, sin civismo, se reduce a explosiones patriotas tan frenéticas como efímeras.

Concluiría sugiriendo que, como primer paso a cualquier “nueva constitucionalidad” imaginable, demos el de respetar la Constitución que tenemos. Hay ámbitos particulares —más bien de orden funcional u operativo, como el de la reelección de los legisladores, por citar un caso— que podría modificarse, pero tal vez no sea prudente ni sano mover hasta que hubiese sido respetado todo aquello que tiene que ver con la justicia, la libertad y los límites del Estado. Si ese respeto no genera energía y dinámica sociales, veamos por qué e investiguemos cuáles son los obstáculos que para ello surgen específicamente de la Constitución. De lo contrario, quizá tendremos una nueva Constitución, pero no una nueva constitucionalidad. Hay que intentar darle presente a la Constitución para saber si tiene futuro, porque al futuro no se salta más que en los discursos demagógicos o en las novelas o películas de ficción.

Ponencia leída por el autor el 3 de febrero de 1999 en el seminario “Hacia una nueva constitucionalidad”, organizado por el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Publicada en la revista Palabra No. 51, México, 2000.

ACCIÓN NACIONAL: LA FUERZA DE LA DEMOCRACIA

Mensaje del Presidente del Partido a la XL Convención Nacional, el 20 de noviembre de 1993.

Señoras y señores:

Iniciamos la XL Convención Nacional Ordinaria de nuestro Partido, que espero será testimonio renovado de la esencia y la existencia democráticas de Acción Nacional. Hemos efectuado, durante nuestros 54 años de vida, otro tipo de convenciones, consejos, encuentros y asambleas ordinarias y extraordinarias. No debe resultar extraño a nadie. Una organización en cuya acta de nacimiento están la reflexión en común, el debate sincero y apasionado, la decisión tomada democráticamente y el rumbo fijado por medios de órganos colectivos, no podía actuar ni actúa de otro modo. Desde 1939 rechazamos caudillismos y decisiones unipersonales. Incluso antes, nuestro fundador Manuel Gómez Morín juzgó erróneo ir a la vida y a la acción políticas sin la institución que diera a esta columna vertebral de doctrina, programa y organización, permanencia en el esfuerzo, capacidad de articular a la sociedad y vigor cultural suficiente para sostener una eventual acción de gobierno.

Sólo en términos de convenciones nacionales ordinarias, 40 veces con la de hoy,

hemos refrendado nuestra voluntad democrática; 40 veces hemos corrido el riesgo de someter a la inteligencia y a la voluntad de delegados, democráticamente electos, nuestra propuesta y nuestro programa; 40 veces hemos preferido construir el orden a imponerlo; 40 veces hemos privilegiado las dificultades y las complicaciones de la democracia sobre las facilidades de cualquier liturgia de "destape" o coronación; 40 veces hemos demostrado que la democracia es contenida entre compañeros, 40 veces hemos probado que la democracia no divide, sino une; 40 veces hemos demostrado que la democracia no debilita sino fortalece; 40 veces hemos dado prueba de que la democracia no genera violencia, sino que edifica la verdadera paz; 40 veces hemos dejado claro que, en democracia, la derrota no envilece y la victoria no diviniza; 40 veces hemos dado testimonio que, en democracia, perder no humilla, obedecer no rebaja, ganar no ensoberbece y mandar no enferma.

Ya éramos demócratas

Los astrónomos no habían terminado de descubrir nuestro sistema solar, y nosotros ya éramos demócratas. Los físicos no habían creado la bomba atómica, y nosotros ya éramos demócratas. Suiza no les había dado derecho de voto a las mujeres, y nosotros ya éramos demócratas. Los norteamericanos de color no podían ser admitidos en muchas de las universidades de su país, y nosotros ya éramos demócratas. La moda mundial eran los totalitarismos, y nosotros ya éramos demócratas. México no se había industrializado, y nosotros ya éramos demócratas. No había televisión, y nosotros ya éramos demócratas. No existían la Organización de las Naciones Unidas (ONU) ni la Organización de los Estados Americanos (OEA), y nosotros ya éramos demócratas. Faltaban 20 años para que un Papa convocara al Concilio Ecueménico Vaticano II, y nosotros ya éramos demócratas. No había nacido Carlos Salinas de Gortari, y nosotros ya éramos demócratas. Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano disfrutaba del privilegio de correr por los jardines de Los Pinos mientras su padre urdía el fraude electoral contra Almazán y nosotros ya éramos demócratas.

Porque fuimos y porque somos capaces de ser y de actuar como demócratas, tenemos hoy autoridad moral par exigir democracia a quienes han tratado de cerrar el camino democrático a los mexicanos; a quienes no han sabido, no han querido o no han podido correr el riesgo de someter a la prueba del debate abierto y del voto libre sus ideas, sus propuestas o sus cualidades y defectos políticos, personales o grupales.

Inexpulsables de México

Son este ser y este hacer democráticos los que han conquistado para Acción Nacional el creciente reconocimiento de más y más mexicanos, y la adhesión ascendente de más y más ciudadanos. Ese reconocimiento y esta adhesión pueden evaluarse hoy con la lectura de las opiniones de los más serios y respetados intelectuales de nuestro país, y pueden medirse con el número de sufragios que conseguimos en las elecciones y por el porcentaje de población mexicana que gobernamos. Y son ese reconocimiento y esa adhesión reales, no imaginarios, los que nos permiten afirmar que somos hoy una fuerza cultural, social, política y electoral, inexpulsable de la vida nacional.

No somos cualquier clase de fuerza, somos una fuerza con autoridad ganada a

pulso con la inteligencia, la destreza, la voluntad, la magnanimidad, la generosidad, la disciplina, la entrega, el sacrificio y en ocasiones el heroísmo de muchos mexicanos de ayer y de hoy. Somos una fuerza arraigada en una doctrina cuya validez universal va demostrándose y probándose no sólo en nuestra patria, sino en cada vez más y más extensas regiones del planeta. Somos una fuerza sustentada en propuestas racionales, razonablemente elaboradas y sostenidas durante más de medio siglo. Somos una fuerza alimentada por un quehacer orgánico permanente de proselitismo, formación, capacitación y organización. Somos una fuerza sostenida por nuestra acción energética, en la lucha y en el diálogo como oposición, y por nuestra labor orientada hacia el bien común y la búsqueda de consenso en donde somos gobierno. Somos una fuerza basada en la adhesión libre de nuestros militantes. Somos una fuerza anclada en la fidelidad a la nación y en la lealtad al pueblo. Somos una fuerza, porque nos exigimos a nosotros mismos antes que exigirle a los demás. Somos una fuerza, porque junto con nosotros piensan y actúan millones de mexicanos. Somos una fuerza, porque respetamos las leyes sin necesidad de pactos y porque exigimos acuerdos políticos verificables para modificar las prácticas políticas irregulares o mañosas.

Luchar, gobernar, dialogar

Somos una fuerza, porque sabemos luchar, sabemos gobernar, sabemos dialogar. Somos una fuerza, porque los ciudadanos confían en nosotros. Somos una fuerza, porque no empezamos hoy, ni súbitamente, a defender la identidad y la cultura nacionales. Somos una fuerza, porque hemos creído en la democracia y la hemos practicado. Somos una fuerza, porque somos partido político, no academia, ni horda, ni grupo de presión, ni fábrica de insolencias.

Somos una fuerza con autoridad. La misma fuerza cuando nos oponemos, cuando gobernamos, cuando luchamos, cuando dialogamos y cuando proponemos. Somos una fuerza, porque asumimos con entereza, honestidad, sensatez y voluntad de bien, la complejidad de la realidad nacional y de la realidad del Partido que hemos llegado a ser. Somos, y lo decimos con legítimo orgullo, en el México de hoy, LA FUERZA DE LA DEMOCRACIA.

Fuerza y autoridad

¿Qué es una fuerza con autoridad, como lo es hoy Acción Nacional? ¿Para qué es una fuerza como la que hoy somos? ¿Para qué es Acción Nacional la fuerza de la democracia?

En política, que es el ámbito en que actuamos y debemos actuar como Partido, ser una fuerza con autoridad es ser un poder legítimo. La fuerza sin autoridad es prepotencia, burda capacidad física de someter al que disiente. Sólo constituye un verdadero poder, la suma de fuerza y autoridad. Acción Nacional, como poder genuino y real, es la expresión política de un conjunto de ideas, de normas y de expresiones, es decir, expresión política de una cultura, de un modo de ver y de juzgar acerca del hombre, del mundo, de la sociedad, del Estado, del gobierno, de las leyes, de las políticas públicas. Es expresión, no del todo nacional, sino una parte de este todo que acepta, reconoce

y respeta a las otras partes y que, junto con ellas, sean poderosos o sean sólo fuertes; trata de construir el poder público capaz de generar bienes públicos. Para nosotros, el conjunto de bienes públicos es la materia prima del bien común.

La legitimidad del poder público radica fundamentalmente en su origen democrático. Una fuerza con autoridad, un poder legítimo como es Acción Nacional, tiene como fin colaborar con todos los que aspiren a que la comunidad nacional sea encabezada por un poder legítimo de origen y ejecutor permanente de actos legítimos de poder. Somos la fuerza de la democracia porque en nuestra doctrina, nuestra historia y nuestra práctica política, luchamos para que el poder público sea legítimo y realice constantemente actos legítimos de gobierno.

La misma fuerza

Actuamos como fuerza de la democracia cuando, desde la oposición, exigimos respeto al voto popular; condiciones equitativas de competencia electoral, condiciones justas de vida para trabajadores, campesinos, mujeres, jóvenes y mayores; respeto a la vida, a la libertad y a los bienes de las personas; equilibrio real entre Poderes del Estado; independencia y autonomía para sindicatos y organizaciones sociales; desarrollo regional equitativo; producción y prestación suficientes y justamente remuneradas de bienes y servicios; autonomía y suficiencia para los municipios y estados de la Federación; igualdad de oportunidades educativas para los niños de México; prácticas públicas para propiciar la satisfacción de necesidades materiales, culturales y espirituales, y de este modo generación de empleos; respeto y condiciones de desarrollo cultural propio para nuestros indígenas; vigorización de nuestra identidad y cultura nacionales, para integrarnos sin debilidades en un mundo que se globaliza; acciones encaminadas a lograr que 40 millones de mexicanos pobres salgan de la situación desesperada en que se encuentran; libertad de expresión, de investigación y de cátedra; salario suficiente para que quien trabaja, funde y sostenga una familia, en tanto es posible y viable que acceda a participar en la propiedad de la empresa en que labora; pequeñas y medianas empresas justas, productivas y competitivas; medio ambiente sano; procesos productivos que no arrasen con el patrimonio natural de todos los hombres.

Actuamos también como fuerza de la democracia cuando el voto popular, emitido libremente y respetado completamente por la autoridad, nos lleva a ejercer funciones de gobierno. Hoy y aquí, señores y señoras convencionistas, tenemos que hacer el esfuerzo de entender que esta fuerza con autoridad que somos tiene que actuar tanto como poder social que se enfrenta al poder político deficiente al que combate, incluso cuando es propio, y como poder político legítimo en tres estados y más de cien municipios.

Somos fuerza con autoridad en los dos ámbitos. Nuestra brega se da en los dos. En uno y en otro estamos frente a retos nuevos, que son resultado de lo que hemos hecho durante 54 años de terca existencia democrática. Asumamos nuestro ser, asumamos nuestros éxitos, asumamos lo que nos falta por hacer y no temamos continuar. Estamos aquí precisamente para "seguir continuando".

Los hechos

Y lo que pensamos y proponemos no es un sueño. Viejos adversarios lo hacen hoy suyo, sin tener la honradez intelectual ni política de explicar por qué resulta ahora correcto y bueno para el país lo que antes calificaron de reaccionario, de antinacional o contrarrevolucionario, e incluso de opuesto al sentido de la historia. Viejos adversarios disfrazados de nuevos introducen nuevos conceptos y juicios en su discurso cuando tratan de presentarse con rostro de seriedad y moderación, aunque luego renieguen de ellos cuando juegan al radicalismo con propósitos demagógicos.

No, amigos, no estábamos contra la patria cuando propusimos la seguridad social; ni cuando exigimos el voto para la mujer; ni cuando dijimos que la educación no debía ser monopolio estatal; ni cuando afirmamos que la organización del campo fracasaría bajo modelos estatistas-colectivistas; ni cuando postulamos que la iniciativa de los particulares es la más viva fuente de desarrollo para el país; ni cuando señalamos que el Estado debía regular, promover y procurar fines sociales para la economía, pero no ser propietario de ésta; ni cuando exigimos estatuto público para las Iglesias; ni cuando señalamos que el Banco de México debía ser autónomo.

No es un sueño

Además, no fue ni es un su sueño afirmar que México puede ser gobernado mejor de como lo ha sido. En cuatro años, el gobierno de Ernesto Ruffo ha hecho más obra pública que la realizada en 12 años de gobiernos priistas. El gobierno de Carlos Medina ha generado una cultura de la participación social desconocida antes. En un año, el gobierno de Francisco Barrio ha adquirido el doble de vehículos que el gobierno anterior, pero éstos consumen la mitad de gasolina que se consumía antes. En Baja California, Guanajuato y Chihuahua los gobernadores no manipulan a sus Congresos locales, no interfieren en la vida del Poder Judicial, no meten la mano para imponer rectores de universidades, respetan a los ayuntamientos –independientemente del Partido por el que ganaron– y encabezan a comunidades legítimamente orgullosas de sus “legítimas” autoridades. Lo hacen a pesar del centralismo fiscal y remando contra la corriente de quienes poco o nada hicieron antes para adecentar a la autoridad –si es que no fueron sus cómplices activos o silenciosos– y que ahora resultan tan enfebrecidos críticos de ésta y le exigen que, en poquísimos tiempo, remedie males urdidos durante más de medio siglo de malos gobiernos.

En el ámbito federal, como oposición, queremos para el país un gobierno que actúe como ya lo hacen los gobiernos estatales y municipales panistas. Por eso estamos aquí, para darnos plataforma política y candidato presidencial. Esta convención soberana decidirá si participamos en el proceso, con qué plataforma lo hacemos y qué candidato nos va a encabezar. Tenemos que tomar estas tres decisiones reflexiva, seria, apasionada, respetuosa y democráticamente.

Contienda de tres

En la contienda federal, nos la veremos con dos competidores. Es una competencia de tres. Bien sabemos que todos los demás son recipientes vacíos de ideas, de militantes

y de votos, a veces simples beneficiarios de un sistema que los engorda artificialmente y en ocasiones supuestos enemigos del pragmatismo propio, pero disponibles siervos del pragmatismo ajeno. Nosotros no podemos ni debemos olvidar que nuestros dos contendientes reales emergen de la misma matriz autoritaria. Sus voceros nos atribuyen la intención de buscar para México el bipartidismo, al mismo tiempo que tratan de arrojarnos a punta de palabras hacia el PRI-gobierno, o de atraernos a base de chantajes verbales a la confusa constelación de su hermano gemelo en discordia. No somos nosotros, son ellos los que quieren dividir a México en dos: el priísmo y el expriísmo, el dedazo y el autodedazo. Pero nosotros nacimos demócratas, pero eso apostamos por nosotros mismos y, desde nuestro ser, buscamos aportar lo nuestro en la construcción de lo común. Los ciudadanos merecen nuestro respeto, por eso nos presentamos ante ellos como lo que somos, y no nos dejamos meter en esas noches en las que todos los gatos son pardos. No queremos construir una mayoría de rechazo, aspiramos a conseguir para nuestro programa y nuestros candidatos una mayoría de adhesión. No caemos en la ilusión presidencialista de que quien gana el Ejecutivo Federal se apropia de todo el poder y recibe el don de hacer milagros. Creemos firmemente que es desde el Congreso de la Unión que pueden y deben transformarse las estructuras del país. Por eso, desde aquí y desde ahora, si ustedes lo deciden, vamos por la presidencia y vamos por el Congreso.

Apuesta por nosotros

Vamos por los votos de los mexicanos, por el convencimiento de los mexicanos, por el civismo de los mexicanos, por la voluntad de cambio de los mexicanos, por el bien de los mexicanos hecho con el trabajo de los mexicanos; en síntesis, caminamos con México y por México.

No fuimos nosotros a apostar por la solución de nuestros problemas económicos a casinos extranjeros, ni somos nosotros los que solicitan abierta o veladamente al exterior presiones o intervenciones, para que desde ahí nos regalen o nos impongan la democracia.

Apostamos por nosotros mismos al apostar por la conciencia y la acción de los mexicanos. Nosotros queremos una democracia para la justicia y en la libertad, ideada, construida y conseguida por mexicanos. Nosotros nacimos para ser, somos y seremos una acción nacional. Sólo un recuerdo para apoyar mis palabras: cuando la moda oficial era la del internacionalismo de inspiración marxista y la autoridad educativa ordenó dejar de lado los honores a los símbolos patrios, fueron mexicanos de convicciones panistas quienes reclamaron lo desquiciante de esa conducta. En ese entonces, los mellizos hoy enfrentados compartían los beneficios del poder. Y junto, no hay que olvidarlo, exigieron en 1986 el "fraude electoral patriótico" contra los panistas chihuahuenses. Tenemos memoria: por eso apostamos por nosotros mismos.

Nuestros dos adversarios y sus respectivos cómplices y comparsas quisieran que olvidáramos, quisieran también que nos avergonzáramos de nuestra victoria cultural. Por eso hoy, del mismo modo que nos llamaron o nos hicieron llamar clericales,

empresariales y antinacionales, nos endilgan nuevos adjetivos, porque ya los hechos demostraron quiénes son ellos y quiénes somos nosotros. Hoy como ayer, nuestros adversarios emplean o hacen emplear innobles recursos de propaganda para descalificar a nuestro Partido. A los dos les resulta útil debilitar a Acción Nacional. Gómez Morín los desnudó a pocos años de la fundación del Partido, cuando escribió en *La Nación* que los adjetivos no prueban ni explican que el método de la reiteración, las contradicciones, la incesante gritería y el terror intelectual, pretenden sembrar entre nosotros la confusión, el abandono del esfuerzo racional, el rebajamiento de nuestra capacidad de resistencia espiritual, el caos mental. Ahora actúan como lo hicieron antes los voceros, avales y publicistas de Hitler y de Stalin, de Díaz Ordaz y de Echeverría, para vaciar de contenido a las palabras y llenarlas de significados útiles a sus intereses. A pesar de todo eso, aquí estamos con más votos que nunca. Acción Nacional no se ha ahogado ni se ahogará en la saliva y en la tina de sus denostadores. Hemos visto otros vientos y otras tempestades.

Política y sociedad "civil"

Continuaremos haciendo política y reivindicando para los Partidos Políticos auténticos el derecho de hacerla. Política es creación, en el diálogo o en la polémica, de un orden vinculante capaz de generar bienes públicos. El primero de los bienes públicos es la política misma.

Algunos señores del dinero, de la guerra, de la violencia o de la injuria quisieran que Acción Nacional hiciera por ello este tipo de trabajo, para que ellos, bajo la mesa y con propósito de interés privado, puedan hacer no ya la política, sino la politiquería. Acción Nacional hace la política que Acción Nacional decide. No estará a la merced de nadie. Su único aliado estratégico es el pueblo y su única estrategia es la democracia.

Nos exhortan ahora a ser ciudadanos, cuando gracias a que lo hemos sido existe Acción Nacional y se han dado muchos de los cambios en nuestro país. Hablan mal de la política, de los políticos, del Parlamento y de los Partidos, anuncian su supuesta crisis y su desbordamiento por una etérea sociedad a la que apellidan "civil".

No niego que existan nuevos, reales y genuinos fenómenos societarios, pero me permito, amigos convencionistas, lanzar un llamado de alerta: a la hora en que el capitalismo ensoberbecido quiere imponer al mundo como única ley la de la oferta y la demanda, el obstáculo para esta empresa es la política, los políticos, los Parlamentos, los Partidos Políticos con vocación, vida interna y prácticas democráticas. El marxismo de ayer y el neoliberalismo de hoy son otras tantas formas de suprimir la política en nombre de una supuesta racionalidad o naturalidad de la economía.

Primado de la política

Acción Nacional proclamó en su nacimiento el primado de la política. Hoy reiteramos esta misma convicción frente a los Partidos agonizantes, los Partidos no-natos, los membretes o grupúsculos que se autoerigen en representantes de la sociedad sin someterse al juicio de ésta y las doctrinas económicas de cualquier signo.

La fuerza del siglo

Señoras y señores convencionistas: vivimos en un mundo preñado de signos y realidades que anuncian un cambio de época. Este mundo nuestro es escenario y resultado constante del descubrimiento, el desarrollo, la activación, el despliegue, la productivización, el control y el descontrol de fuerzas enormes. La del petróleo, la de la electricidad, la del átomo, la del láser, la de las colonias de bacterias, la de los virus, la de los antibióticos y la de los ácidos misteriosos que dirigen la explosión de la vida en el interior mismo de las células. Nuestro siglo es obra de estas fuerzas frecuentemente desatadas en el marco de la guerra y en los campos de batalla, pero siempre soñadas como instrumentos de paz justa, de desarrollo integral, de liberación humana personal y social.

Pero nuestro mundo y nuestro siglo son, sobre todo, el tiempo y el espacio del desencadenamiento de una fuerza mayor y potencialmente mejor que las otras: la fuerza de los hombres reunidos en sociedad, cuyo detonador y cauce es la democracia. También esta fuerza ha sido teorizada y manipulada en el marco de un falso debate que, en el fondo, es el reflejo de dos modos de pensar, programar y hacer la guerra: el debate entre el liberalismo capitalista y el socialismo marxista, uno y otro hijos de la cultura de la guerra.

Los hombres

Ambos modos de pensar, por razones diferentes, olvidaron al hombre y han esclavizado, encarcelado, matado, hambreado, humillado, empobrecido y vulnerado a decenas de millones de seres humanos. Son esos seres humanos los que, de Siberia a la Sierra de Puebla, de Sarajevo a Ometepepec, de Somalia a Ciudad Nezahualcóyotl, de Palestina a los Cárpatos, de la Sierra Tarahumara a Calcuta, no quieren más caudillos ni vanguardias, no quieren redentores terrestres, no quieren que nadie venga a hacerles lo que suponen que es su bien sin preguntárselo a ellos mismos y sin respetarlos. Quieren, sí, ser autores de su presente y de su futuro. Quieren ser tomados en cuenta en las decisiones que tienen que ver con ellos. Quieren distribución equitativa del tener, de las oportunidades de saber y de los ámbitos del poder. Quieren democracia. No quieren poner los muertos y los heridos en conflictos de los que otros sacan provecho. Quieren trabajar, vivir y amar en paz dentro de un orden definido por ellos mismos y realizado con su propio esfuerzo, sumado al esfuerzo solidario y respetuoso de otros como ellos.

La democracia desata esa fuerza, esas voluntades, esos ingenios, esos deseos humanos de toda humanidad. La democracia encauza esa fuerza, la ordena, la hace productiva, la puede hacer generosa.

En México, ha sido Acción Nacional factor de surgimiento, desarrollo, crecimiento ordenado, ordenamiento justiciero, responsabilización libremente aceptada para miles, millones de mujeres y hombres que han optado por la democracia para la justicia en la libertad. Hemos sido y somos la fuerza de la democracia por nuestra doctrina humanista, por nuestra afirmación del contenido social de la política y de la economía, por nuestra búsqueda sincera de una patria ordenada y generosa.

Los riesgos de hoy

Nuestra situación nacional es ambigua, es dolorosa, es también riesgosa. Hace apenas tres días fue ratificado en el Congreso estadounidense el Tratado de Libre Comercio. Algunos profetizan el paraíso y otros anuncian el infierno, pero estamos en la Tierra; vivimos el riesgo de la libertad, de la razón y de las fuerzas. Viviremos lo que queda de este año, y hasta agosto de 1994, el torbellino de la campaña y de las elecciones. Conviene tener presente que el Tratado, que muy probablemente entrará en vigor en enero del año próximo, modificará las realidades en que hemos vivido hasta ahora. Modificará la cultura, la política, la economía, la educación y la sociedad mexicanas. Nuestro quehacer político de 54 años entrará junto con México a una nueva dimensión global, donde tendrá que demostrar nuevamente su razón y desarrollar de manera nueva su fuerza con autoridad. Debemos seguir mostrándonos a nosotros mismos y a nuestros dos adversarios a la sociedad mexicana en mutación, e incluso a las sociedades de nuestros probables socios comerciales, la vigencia de nuestra doctrina, la vigencia de nuestra autoridad y la vigencia de nuestra fuerza.

Los riesgos económicos de desmantelamiento y subyugación de cadenas productivas propias, los riesgos políticos del mimetismo democrático para satisfacer muchos gustos ajenos, la aceleración de procesos democráticos reales o de retorno al pasado autoritario, los riesgos sociales del darwinismo neoliberal, los riesgos culturales de la merma en cultura o identidad propias, son nuevos retos políticos a los que nuestro Partido tendrá que hacer frente con la misma gallardía y con la misma vocación democráticas con las que ha enfrentado siempre todos los retos de cada uno de los capítulos de la historia nacional que ha contribuido a escribir.

Nuevo comienzo

Hasta los mejores datos de la realidad, amigos, adquieren matices y producen efectos negativos por la lentitud con que avanzamos hacia procesos electorales limpios y equitativos. En tanto no haya garantía de control ciudadano sobre el poder público, los errores de éste serán tan frecuentes como impunes, y la baja calidad política de México impedirá su excelencia en el orden económico. Necesitamos un nuevo comienzo a partir de elecciones sin manchas o caminaremos hacia el crecimiento económico sin crecimiento del empleo, hacia una escandalosa concentración de los beneficios y una criminal y peligrosa socialización de los costos. Sin democracia, la fuerza, las fuerzas sociales se descontrolan y desbordan. Sin una fuerza capaz de practicar, exigir y construir la democracia, ésta se volverá cada vez más lejana.

La fuerza de la democracia

Yo estoy convencido de que Acción Nacional es la fuerza de la democracia, es el instrumento idóneo en manos de las personas que quieren salir de los males del presente sin retornar a los males del pasado. Nuestra historia entera, y en ella esta Convención Nacional, nos da principios, nos da razones, nos da experiencia, nos da vigor y nos da capacidad democrática. Somos el único Partido que tiene la organización y la voluntad, la reciedumbre y la magnanimidad moral y política para organizar y realizar,

de manera sistemática, actos democráticos municipales, distritales, estatales y nacionales. Démosle a cada momento de esta convención su importancia y su dimensión justa, llevemos nuestra Convención Nacional a término, en modo tal, que confirmemos, ante nosotros mismos, ante nuestros adversarios y ante el pueblo de México que Acción Nacional puede y debe gobernar nuestro país.

DIVERSIDAD Y DEMOCRACIA

DISCURSO A LA COMUNIDAD LIBANESA (EXTRACTO), 15 DE ABRIL DE 1997.

El Distrito Federal es una comunidad que, como ustedes mismos lo demuestran, es plural y la pluralidad de esta comunidad humana es su riqueza, y creo que quien quiere un país y una ciudad plural debe tener dos características: una, defender con mucha energía su propia singularidad y dos, tener la apertura suficiente para la singularidad ajena, ¿por qué? Porque ahora la moda es: "yo quiero la pluralidad, pero si tú eres igual que yo; entonces, tú no tienes derecho a hablar de tus convicciones porque somos plurales." ¡No!, precisamente porque yo quiero un país plural defendiendo mi convicción con toda energía, porque si no, en el fondo lo que estoy construyendo es un gran singular.

Creo que Acción Nacional ha dado muestras de esto precisamente, defendiendo con claridad su propio punto de vista, crea la sociedad plural en política que todos deseamos y, al mismo tiempo, respeta las singularidades ajenas y entiende que el espacio público se define así, defendiendo razonablemente cada quien su singularidad.

Otro punto que quisiera destacar hoy es nuestra voluntad en Acción Nacional; nuestra voluntad democrática, creo que nadie razonablemente le puede negar al PAN haber luchado por la democracia cuando ni siquiera era moda, cuando presidentes de la República o analistas nos decían: "son los místicos del voto", cuando decían: "son locos o son paleros"; no nos importó jamás.

Tenemos credenciales democráticas como ningún otro Partido en México, no entramos a las contiendas electorales y a la lucha política por las libertades, cuando esto resultó la moda; estuvimos en esto, cuando estar era costosísimo, cuando era perder el negocio, cuando era ser perseguido, cuando era no tener un solo espacio, por ejemplo, en el mundo internacional.

El PRI iba al mundo y era patriota, la izquierda iba a Cuba y nadie la criticaba, nosotros salíamos del país y automáticamente éramos traidores a la patria y el gobierno tenía el amparo de Washington en la economía y de Moscú en política y jugaba de peón en los dos tableros, por eso está "peonizado" hoy frente a los Estados Unidos cuando sólo hay uno; cuando había dos se podía proteger de las negras con las blancas, ahora hay blancas nada más y entonces es peón en el único tablero que quedó, porque decidió ser peón; nosotros no compramos esa idea.

En nuestro nombre estaba lo nacional, que quién mejor que alguien de origen libanés entienda y estuvo y estará lo nacional; no somos de una tradición que bajo el pretexto de lo nacional era capaz de cualquier cosa.

Otro punto que quisiera destacar es nuestro respeto como Partido para mexicanos que son de diversos orígenes, diversas religiones, diversas convicciones. En el PAN a nadie se le pregunta para entrar de qué comunidad se es y tenemos, como aquí lo han visto, legisladores de origen libanés, directivos de origen o de la comunidad israelita, indígenas de las muy diferentes etnias del país; lo mismo tenemos comité arriba de Ometepc que en Xochitlahuaca, con los extrañísimos, desconocidos y paupérrimos amusgos, así como entre los mayas de Yucatán, los tarahumaras, yaquis o los zapotecas en Oaxaca.

Tampoco se le pregunta a nadie en el PAN de qué religión es; hay protestantes, hay católicos, hay judíos, hay ateos, hay agnósticos, porque la característica de ciudadano para nosotros es la nota fundamental en la política y esto está de sobra demostrado en Acción Nacional.

Nuestra ciudad, que tiene capas geológicas de desastre administrativo, capas geológicas de descuido y de falta de respeto por la ley, que conduce luego a situaciones de una gravedad con poco margen de acción para resolverlas, es hoy impresionante.

¿Durante cuántos años se ha permitido poblar irregularmente las zonas boscosas con todo género de transacciones indebidas, económicas, de presión política, "mordida" y de invasión, ahora que el bosque es el último reducto para darle agua a esta ciudad, al tiempo que se está redescubriendo la barbarie en que se incurrió ilegalmente para satisfacer a grupos de presión económicos o políticos? Ahora, reconstruir la comunidad de leyes, la comunidad de respeto a la ley, va ser difícil, pero creo que donde no hay este dato social, una cultura del respeto a la ley, terminamos en la violencia, terminamos en esta historia natural, no cultural, que dice que fatalmente los tiburones se comerán a las sardinas y esto hay que detenerlo en nuestra ciudad.

Bien, no quiero hablar mucho más, preferiría escuchar preguntas de ustedes para responder inquietudes más concretas, éstos son planteamientos de orden general, de nuestros puntos de vista como Partido, de nuestra manera de pensar, de nuestra vocación democrática, de nuestra voluntad de hacer un Estado de Derecho, de nuestro deseo de evitar que las crisis vuelvan a suceder.

¿Cuántos experimentos económicos se han hecho en México? ¿Habrá alguno que no se haya hecho? Capitalismo industrializador, socialismo colectivista, desarrollo estabilizador, nacionalismo revolucionario, liberalismo social. ¿Qué es lo único que no se ha experimentado en México? La democracia; o sea que en México, lo estructural ha sido la antidemocracia y lo coyuntural la economía, el mundo al revés.

Creo que es hora de experimentar la democracia para corregir lo demás, porque

nosotros estamos convencidos de que la causa de los males del país está en la mala política, como la causa de los bienes puede estar en la política democrática.

Finalmente, volviendo al principio, a la tradición, quisiéramos que ustedes confiaran en quienes por Acción Nacional, estamos comprometiendo ante la comunidad citada. No tenemos más tradición que la de los ancianos que vinieron aquí de la tierra de los abuelos de ustedes, la de quienes la tranquilidad, el bienestar y la alegría fueron vividas en las aldeas de la montaña libanesa, porque fueron aquellos hombres en cuya palabra se podía confiar. Este ejemplo nos guía en política y nos comprometemos con él al servicio de ustedes.

DE LA GLOBALIZACIÓN A LA MUNDIALIZACIÓN⁷

Hace más de diez años que usamos la palabra "globalización", pese a que aún no es posible encontrar este neologismo en el diccionario castellano. Se trata, dice Rodrigo Borja⁸, de un vocablo que viene del inglés (*globalisation*) y con el que se designa la internacionalización y la interdependencia crecientes de las economías nacionales, en el marco de un planeta que tiende a ser una gran unidad económica y un solo gran mercado financiero, monetario, bursátil y comercial que funciona las 24 horas del día. El proceso se ha visto favorecido por los instrumentos que hoy pone a nuestro servicio la tecnología moderna, y por el desarrollo de los medios de comunicación, del transporte y del turismo internacionales.

Me detendré un poco en la palabra misma. Es evidente que "globalización" viene de "globo". A su vez, "globo" nos llegó del latín *globus*, para nada inglés, término equivalente en español a "bola", a "esfera", a "canica". Los matemáticos, los geómetras, los navegantes de antaño encaminaron sus esfuerzos y afanes a demostrar que la tierra era un globo, una esfera. En cuanto sus cálculos y sus viajes probaron lo que era, construyeron "globos terráqueos" a escala y sobre ellos fueron pintando mapas, rutas, meridianos y husos horarios. Joan Coraminas nos informa⁹ de esos orígenes y significados y añade que "globo" comenzó a utilizarse a mediados del siglo XV. El mismo autor nos hace saber que "mundo" es palabra hija de *mundus* y que apareció

⁷Este trabajo utiliza buena parte del ya publicado en *Nexus* número 241, enero 1998, pp. 93-97, bajo el título "El globo en busca del mundo", que a su vez fue la versión corregida y aumentada de la ponencia que presentó el autor en el seminario "Globalización e identidad nacional", organizado por Force Démocrate y la Internacional Demócrata Cristiana (IDC) el 6 de noviembre de 1997, en París, Francia. A partir de ambos, se intenta aquí desarrollar el tema abordando asuntos relacionados con la globalización y la mundialización que han ido surgiendo después y siguen siendo discutidos hasta la fecha.

⁸*Enciclopedia de la Política*, FCE, México, 1997, pp. 455-457.

⁹*Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*, Gredos, Madrid, 1990.

en nuestra lengua en el siglo XII, mucho antes que "globo" y que sirvió para referirse al sitio habitado por seres humanos, tanto en su versión sustantiva cuanto en las muy variadas y adjetivadas como "el otro mundo", "el inframundo" o "el supramundo". Es así que se comprende que los hombres que salieron de Europa con el propósito de probar que el planeta era un "globo", desde el momento en que hallaron seres humanos en las primeras islas con que se tropezaron, llamaran a su descubrimiento "nuevo mundo" y no "nuevo globo". Y así se entiende también que hubiese nacido la expresión "tercer mundo" para referirse a una parte del globo habitada por seres humanos pobres y no la frase "tercer globo". Del mismo modo, no hay teólogo ni predicador que nos hable de los que se van o están en "el otro globo", sino en "el otro mundo". El "mundo" es, en consecuencia, el "globo" cuando éste es pensado y tratado como lugar de lo humano, como realidad humanizada, como domicilio o demora de los hombres.

El globo fue desde aquellos siglos y hasta ahora lo físico, lo científico, lo geométrico, lo continuo, lo mismo. El mundo es lo humano, lo nuevo, los otros como yo, lo otro: las otras lenguas humanas, los otros vestidos humanos, los otros dioses de los otros hombres, las otras costumbres de las otras personas, las otras historias y las otras culturas de los otros, mis o nuestros semejantes.

La "globalización" no empezó recientemente, pero sus características actuales son totalmente inéditas. En efecto, la añosa Fenicia, la antigua Atenas de Pericles, la Roma de los cesares, el Madrid o la Sevilla de las carabelas, el Londres de los piratas y de la Reina Victoria, fueron otras tantas capitales desde las que se impulsó la "globalización". Pero es evidente que no es lo mismo "globalizar" a caballo que en Concorde, en carreta que en trailer, en bergantín que en *container ship*, con palomas mensajeras que con *e-mail*, en diligencias de la Wells Fargo que vía satélite, con remesas de lingotes de oro que con transferencias instantáneas electrónicas, con aduanas y fronteras que sin confines ni garitas.

Aún más: las herramientas de la "globalización" en curso lo mismo sirven para mover manzanas que cocaína, para trasladar dinero limpio que para lavar moneda sucia, para comerciar prendas de vestir que para traficar con armas, para difundir saberes sanos que para divulgar métodos terroristas o pornografía, para predicar la paz que para invitar a la guerra, para construir la aldea global que para edificar la Babel electrónica¹⁰. Todas éstas, las buenas y malas, son realidades "globalizadas" para las cuales el planeta es ese "globo" de los científicos, los técnicos, los comerciantes, los financieros, los tarjetahabientes, los narcotraficantes y los ladrones.

La "globalización", en tanto que fenómeno económico, se da hoy en el marco de tres revoluciones: la de la internacionalización acelerada de los grupos industriales; la del desarrollo tecnológico cuya velocidad sólo tiene como límite la obsolescencia programada de las nuevas máquinas y, finalmente, la del ascenso, en términos de poder, de

¹⁰Olvì, Bìnò y Somalvicò, Brunò. *La fine della comunicazione di massa*, Il Mulino, Bologna, 1997.

la "esfera financiera que tiende cada vez más a autonomizarse en relación con los otros componentes económicos"¹¹.

Todo lo anterior es cierto y puede comprobarse. También lo es que, en la actualidad, el capital puede moverse y de hecho se mueve en "tiempo real"; transformar varias veces al día su denominación monetaria, emigrar, buscar en segundos el sitio en que son mayores sus probabilidades de obtener rendimientos más altos y castigar o premiar a uno o a varios países. Washington camina más despacio que Wall Street. Y es que Wall Street es un poder financiero "global"; la Ford es un poder industrial y comercial "global" y la mafia rusa o colombiana son poderes delictivos "globales" que se saltan fronteras, en tanto que Washington es la única potencia política "global" que, precisamente por ser política, no puede actuar como si los hombres, las culturas, las fronteras y las realidades nacionales no existieran. Es, en síntesis, que ya hay "globo", pero todavía no hay "mundo".

Esto se debe a que la política, la ley, el Derecho van muchos pasos atrás de la economía y la ciencia y las aplicaciones de ésta, muchas veces importantes para hacer razonables, es decir, humana, justa y buena, la racionalidad técnica y económica de la "globalización". En términos "globales" los países cada vez se parecen y se acercan más, pero dentro de cada país las diferencias sociales son cada día mayores y las disparidades cada vez más ofensivas y lacerantes. Para las empresas "globales" el planeta no está compuesto por "sociedades, por poblaciones que tienen una historia, una cultura, necesidades, proyectos. Para ellas, antes que la sociedad cuenta el mercado. Ahora bien, éste no tiene más historia que la de corta duración. La vida de un producto y de un servicio es cada vez más breve, los mercados se vuelven volátiles, efímeros y su carácter no-durable aumenta la incertidumbre de los propios mercados" y así, "en tanto que se educa a nuestras sociedades para que privilegien un desarrollo durable (*sustainable development*) en el ámbito del medio ambiente y el social, la economía, que obedece a la cultura de la conquista, afirma que no hay durabilidad posible: lo que cuenta es ganar ahora".¹²

La "globalización" del tipo que hemos descrito y que es la que se da en nuestro tiempo, no sólo genera pobreza y miseria sino, lo que es peor y más destructivo, convierte en prescindibles –que es peor que marginados– a millones de seres humanos. Esta "globalización" es la que ha producido, paradójicamente, la fragmentación interna de los países "por la vía de la profundización de sus diferencias sociales"¹³. Y este deterioro, que alguien tan insospechable como George Soros atribuye al "fundamentalismo del mercado", orilla hasta a los más brillantes y afortunados de sus beneficiarios a lanzar un grito de alerta: "La posibilidad de sociedades abiertas –es decir, democráticas– estará cada vez más en peligro" y crece la tentación de llamar a ocupar el poder a dictadores que intenten restablecer, "medidas crueles y opresivas un Estado que no funciona". De

¹¹Seguin, Philippe. *Attendant l'emploi*, Seuil, Paris, 1996, pp. 10-11.

¹²Petrellá, Ricardo. *Le bien común*, Labor, Bruxelles, 1996, pp. 9-13, 49-52.

¹³Borja, Rodrigo, op. et loc. cit.

aquí las conclusiones del famoso financiero: la sociedad no es una simple suma de intereses individuales; existen intereses colectivos que no pueden reflejarse en valores de mercados, los mercados no pueden ser todo ni la finalidad de todo, el papel del dinero desvirtúa el proceso político, se requiere de una organización internacional que disminuya la inestabilidad y la arbitrariedad de los mercados mundiales, las personas tienen que ser tratadas como tales.¹⁴

Vuelvo a mi punto. Hay globo. Pero para que el globo no hiera a los seres humanos, tiene que haber mundo o, mejor dicho, hay que propiciar una "mundialización" que equivaldría a la "globalización" del Derecho, de la justicia, de la política o, si se quiere, en términos empleados recientemente por el Papa Juan Pablo II, de la solidaridad. Sin embargo, para que esta frase pontificia no se quede en el catálogo de las buenas intenciones o de los llamados sin eco a la virtud, me parece que el esfuerzo mundializador tiene que concretarse en ámbitos precisos y crecientes del Derecho y las instituciones jurídicas y políticas internacionales, mundiales¹⁵ y en una reflexión seria en relación con lo que es, lo que puedes ser y lo que debe ser el mercado.

Los primeros que pensaron en términos jurídicos y políticos el mundo como uno, fueron los teólogos españoles del Siglo de Oro y, entre éstos, de manera especial, el P. Francisco de Vitoria, a quien con verdad se califica de "padre del Derecho internacional", lo llamó "Derecho de gentes", es decir, de hombres articulados en "naciones". Fueron ellos los inventores del "impero mundial" que Vitoria definió como la soberanía universal del Derecho, obligatorio hasta para el emperador, que no podía ser considerado ni tratado como Dios, sino como otro hombre con rango y función determinados por la ley justa, por la norma general que obliga a todos por igual –porque los considera esencialmente iguales– y constriñe al poder a someterse a la conciencia y así le da grandeza real¹⁶.

Se pasa del "globo" al "mundo" cuando el "globo" es abordado en tanto que tierra de hombres, habitación de familias y pueblos, lugar en que los seres humanos se organizan para vivir humanamente coordinando razonablemente sus racionalidades, sus

¹⁴Soros, George y Jeff Madrick. *La crisis financiera mundial*, Política Exterior, No. 68, Vol. XIII, Madrid, marzo-abril 1999, pp. 33-49.

¹⁵Julliard, Jacques. *Ce fascismo qui vient...*, Seuil, Paris, 1994, p. 118. Este autor escribe: "Si la justicia sin la caridad es una ilusión, la caridad sin la justicia es una impostura". En otra obra –*La faute aux élites*, Gallimard, Paris, 1997, pp. 127-131. El escritor socialista señala que "al privilegiar (los intelectuales) el testimonio sobre la reforma, se conforman... con el doble imperativo de pureza y no-responsabilidad que está en el corazón de la actitud revolucionaria que subsiste en estado de reflejo moral desde el momento en que la moral es abandonada, lo que deja enteramente a ésta en manos de los tecnócratas, de los cuales aquéllos denuncian la impericia en las opciones de solución... lo único peor que el "horror económico" es el oscurantismo antieconómico...".

¹⁶Puede consultarse, en relación con el tema, dos obras importantes de Gallegos Rocafoul, Jose Ma: *El hombre y el mundo de los teólogos españoles del siglo de Oro*, Stylo, México, 1946; *La doctrina política del P. Francisco Suárez*, Jus, México, 1948.

libertades y sus dignidades en beneficio del conjunto, con base en una ley justa y en una autoridad legítima¹⁷. Para que haya “globo” basta la racionalidad. Para que haya mundo, ésta debe ser acotada por la razonabilidad, es decir, por ese elemento que orienta y activa la formulación de normas y el diseño de instituciones cuyo fin es que los hombres vivamos bien.

¿Qué significa esto?

Lo trataré de explicar apelando a Paul Ricoeur¹⁸. El hombre vive bien cuando el trabajo que hace no sólo responde a exigencias imprescindibles de racionalidad, sino además, cuando lo que logra gracias a ese trabajo le parece humanamente sensato. Lo “global”, en los días que corren, responde la racionalidad necesaria. Lo “mundial” sería lo que completaría lo racional con lo razonable. Dicho de otro modo, lo “mundial” tiene que ser fruto del esfuerzo por articular la “diversidad de instituciones, funciones sociales, esferas de actividad que constituyen la comunidad histórica en un todo orgánico”.

Lo razonable está en la acumulación moral que una comunidad va logrando a lo largo del tiempo y que le permite tomar decisiones para vivir en libertad y en justicia; darse fines a los cuales sirvan los instrumentos de la racionalidad técnica y económica, conciliar racionalidad y razonabilidad. Según Ricoeur, y comparto con él juicio, tal función “razonabilizante” compete al Estado legítimo, medio cuyo fin es lograr la síntesis entre “lo racional y lo histórico, lo eficaz y lo justo”.¹⁹

Esto quiere decir que, para que el “globo” que ya somos ascienda a “mundo”, se requieren Estados nacionales legítimos y de Derecho. Al mismo tiempo, exige que, como la estructura técnico-económica es “global”, el ámbito estatal también lo sea, es decir, contar con leyes e instituciones tan “globales” como aquéllas estructuras. Así lo intuyó el P. Vitoria cuando escribió *totus orbis, quo aliquo modo est una republica*, esto es, “el orbe entero” que de algún modo es una sola República²⁰. Dicho de otra manera, exige “globalizar” la política, lo que, parafraseando a Ricoeur, es “condición para la supervivencia de cada comunidad histórica... es el problema político por excelencia”²¹. De lo contrario, las historias nacionales que constituyen la historia mundial como esfuerzo de razonabilidad vinculado a la acumulación moral, correrían grave peligro, y nos encontraríamos frente a la probabilidad de ese “fin de la historia” del que tanto

¹⁷Véase a este respecto el ensayo “La conciencia en el tiempo” de Joseph Ratzinger, en el libro *Iglesia, ecumenismo y política*, BAC, Madrid, 1987, pp. 183-198. El autor analiza la obra de Reinhold Scheider acerca de Fray Bartolomé de las Casas.

¹⁸La revista *Ixtus* publicó en su número 21, año V, 1997, pp. 16-23, un ensayo de este pensador francés –traducción de Nazario Vivero– bajo el título “Ética y política”.

¹⁹Ibid., p. 18 y ss.

²⁰De Vitoria, Francisco. *Potestate Civili*, p. 21.

²¹Op. cit., p. 21.

se ha hablado en tiempos recientes. Sin política "global" no habrá "mundo". Habrá racionalidad sin razonabilidad, razón sin historia, "polvo sin mundo" como canta Serrat; sólo habrá "globo".

Con todo lo anterior no pretendo ni remotamente insinuar que regresemos a los estatismos lamentables de los que vamos apenas saliendo, sino postular que debemos avanzar hacia Estados cuya legitimidad, legalidad y eficiencia sean constantemente medidas por la sociedad, en términos de "desarrollo humano"; que no sean fines en sí mismos, sino herramientas de la sociedad; que no actúen como sustitutos de los responsables de la vida económica y social, sino como órganos con autoridad y fuerza suficientes para exigir a aquéllos el cumplimiento de sus responsabilidades; que no cultiven ni propalen astuta y maquiavélicamente ese nacionalismo sin civismo que acaba por ser sólo el pretexto de una opresión política sin contrapesos, sino un nacionalismo que entienda que, sin "mundo", la soberanía nacional es irrisoria frente al capital, el narcotráfico, el transporte, la información y el comercio de armas "globalizados" y actúe en consecuencia para evitar el desorden que es generado por la "globalización" y sus agentes "globales", cada vez más irresponsables ética, política, social, económica y culturalmente.

Dicho de otro modo, requerimos de Estados nacionales y de leyes e instituciones internacionales, es decir, mundiales y mundializadoras que nos salven de pagar "retrospectivamente y con intereses los errores cometidos durante las fases autoritarias" de nuestras historias y que eviten los nuevos autoritarismos que, si bien "pueden dar prueba de cierta eficacia en períodos de expansión, resisten mal a la hora de las crisis económicas"²². Necesitamos un "globo razonable": un "mundo" fundado en Derecho, en un Derecho que humanice la "globalización", no que trate de impedir la, pues el proceso seguirá como siguió al revolución industrial a pesar de los ludistas que trataron de detenerla rompiendo las máquinas y que, hay que recordarlo, fueron derrotados por los primeros sindicalistas socialistas.

Estos últimos tuvieron la perspicacia de entender el progreso técnico y de crear la fuerza social necesaria para hacerlo humano, justo. Resulta curioso cuando menos que, en la actualidad, muchos que luchan bajo banderas supuestamente socialistas dediquen sus esfuerzos al interior inútil de frenar la "globalización" y no a construir la nueva fuerza social que la haga humana y justa o, lo que es lo mismo, a tratar de conservar las ventajas obtenidas en el pasado y no a construir las del futuro. Esto los convierte, paradójicamente, en "defensores encarnizados de las formas arcaicas del capitalismo", atados a los "despojos del capitalismo nacional" y atrasados en relación con los empleadores en la percepción del futuro, en la medida que con tal proceder se ven constreñidos simultáneamente a "exaltar el papel del Estado" y a "estigmatizar a los dirigentes de éste". También los mueve a cambiar la lucha justiciera contra la explotación del hombre por el hombre, por una actitud fundada en el odio por el dinero

²²Julliard, Jacques. *Op. cit.*, p. 81.

y el resentimiento y la envidia sociales, "como si el populismo fuera la escuela primaria del socialismo". Esto, en el caso de los conflictos entre empleados públicos y Estado-patrón, hace que los dos campos decidan arreglarse con cargo a los contribuyentes, pagadores obligados de los errores del Estado como empresario ineficiente, así como a convertir el temor a la competencia en falso argumento "nacionalista" para justificar monopolios estatales diversos²³.

Asimismo ha conducido, no menos paradójicamente, a que lo que fue el "internacionalismo" se vea hoy reducido al más cerrado de los localismos, a la tribalización que, en términos de lo que sería la fuerza social mundial correctora de la "globalización" y constructora de la "mundialización", no es más que trivialización, en la medida que no hay contrapeso real para un capitalismo que "no conoce fronteras políticas más que en dimensiones del mercado que es capaz de organizar hoy, las dimensiones del planeta". Por este camino, "el movimiento obrero corre el riesgo de ser menos ambicioso que el de los negocios y de abandonar a éste la organización del futuro", olvidando que "el mérito del socialismo y del movimiento obrero, en el siglo XIX, fue llevar sus ambiciones a la altura del adversario y presentarse como solución alterna"²⁴.

En lo que toca al mercado, que es pieza básica del proceso de "globalización", caben asimismo algunas consideraciones. La primera es que, sin regulación alguna, dejando enteramente a la oferta y la demanda a lo largo y lo ancho del planeta como único motor y única medida del proceso de "globalización", ya son visibles los estragos que se pueden producir. Ya "se escuchan por todas partes comentarios sobre la debilidad de las instituciones para hacer frente a situaciones inéditas de volatilidad mundial", escribe Héctor Aguilar Camín²⁵, aunque yo la llamaría volatilidad global, en la medida que se debe a ese vacío o a esa fragilidad institucional, que es lo mismo que la falta de "mundo". Algo muy parecido expresa George Soros: "en esta época en la que el fundamentalismo de mercado se ha convertido en el dogma dominante, los mercados se han hecho verdaderamente globales y no tenemos instituciones internacionales comparables para prevenir los excesos... la preocupación por el bien común ha desaparecido prácticamente al permitir que sean los mercados los que toman las decisiones"²⁶.

A este respecto, hay que decir que incluso en la hipótesis de que la ley de la oferta y la demanda fuese ley de la naturaleza, no hay que olvidar que ésta puede ocasionar catástrofes y que el propósito de cualquier economía es dejar atrás la muy natural eliminación de los débiles por los fuertes. El hombre está en el mundo para humanizar la naturaleza, no para ser devorado como uno más de los animales que forman parte de aquélla.

²³Julliard, Jacques, *La faute aux élites*, Gallimard, Paris, 1997, pp. 19-32.

²⁴Ibid, pp. 133-135.

²⁵"Hacia una izquierda moderna", revista *Proceso*, No. 1169, 28 de marzo 1999, México, p. 33.

²⁶Loc.cit. pp. 48,49.

En segundo término, valdría la pena evocar que el liberalismo económico fue, en sus orígenes, una idea de las que esgrimió lo que en el siglo XVIII fue la “izquierda” o, si se quiere, “progresismo”: la libertad económica fue bandera de los hombres de “avanzar” frente o contra los controles, alcabalas, proteccionismos y monopolios de reyes o señores feudales. Lo recuerda un pensador y escritor socialista –Jacques Julliard– en sus dos libros más recientes y en un recentísimo artículo periodístico en el que, además, coincide en buena medida con opiniones recientemente vertidas por George Soros²⁷.

La economía de mercado, dice Julliard parafraseando a Churchill, “es el peor sistema económico, excepción hecha de todos los demás”. Sin embargo, irá hacia el caos si no acepta articularse con los otros elementos de la sociedad democrática que son, además, sus coetáneos: “el individualismo igualitario” y “la exigencia de justicia relativa”, ya que las diferencias y las desigualdades sólo resultan personal y socialmente aceptables si permiten la elevación de los más desfavorecidos”. El asunto, aclara, no es del ámbito de la funcionalidad económica, sino del de la “aceptabilidad social” que tolera las injusticias si comprueba que pueden ser provechosas para la comunidad. En este ámbito, los Estados nacionales, el Derecho y la autoridad internacionales, tienen la obligación de crear las condiciones para que coexistan el interés y la justicia. A esto le llama George Soros abandono del “fundamentalismo del mercado”, o la “preocupación por el bien común”.

Por otra parte, Soros expresa su preocupación por la “sustitución de los valores profesionales por valores de mercado” y la conversión del “Derecho o la Medicina en negocios”, lo que coincide con una afirmación del escritor francés mencionado: “hay que rechazar la extensión de los principios de la economía de mercado a todo el resto de la sociedad”, porque hasta los fundadores del liberalismo advirtieron que los vicios del mercado, para que éste fuese viable, debían quedar circunscritos al campo económico. Cita en apoyo de su idea a otro economista insospechable –Francois Perroux– quien escribió: “Toda sociedad capitalista funciona regularmente gracias a sectores sociales que no están impregnados ni animados por el espíritu de ganancia y de mayor ganancia. Cuando el otro funcionario, el soldado, el magistrado, el sacerdote, el artista, el sabio, son dominados por tal espíritu, la sociedad se desploma y toda forma de economía se ve amenazada”²⁸.

Es así que renace la nostalgia por el capitalismo de ayer, infinitamente más cruel y más duro que el moderno, tanto entre la izquierda como entre la derecha, que se

²⁷Se trata de los ya citados –*Ce fascisme qui vient...* y *La faute aux élites*–, y de la crónica titulada “Remettons le marché à sa place!”, publicada en el No. 1792 del semanario parisiense *Le Nouvel Observateur*, 11-17 de marzo 1999, así como el libro del financiamiento norteamericano *La crisis del capitalismo global. La sociedad abierta en peligro*, Debate, Madrid, 1999 y de la entrevista a Soros por Jeff Madrik publicada primero en inglés por la *New York Review of Books* y luego en castellano por la revista madrileña *Política Exterior*, No. 68, Vbl. XIII, marzo-abril 1999.

²⁸Citado por Julliard en el artículo “Remettons le marché à sa place!”, loc. cit.

opone a la "globalización" como quien realiza un acto de resistencia sin pensar las nuevas realidades, científicas, técnicas, sociales y políticas; sin acometer el reto de hacer el "mundo"; paralizado de miedo por la indetenible constitución del "globo". Es una reacción de odio a lo nuevo, de misoneísmo que conduce a "erigir la decepción en un futuro soñado, en una abominable del progreso real y a disimular bajo un ultrademocratismo... un aristocratismo nostálgico y pendenciero". Y es así también que "las élites dirigentes siguen practicando el culto al progreso sin preocuparse de su costo social, aliadas al liberalismo cultural... en tanto que el pueblo vive en el temor del progreso y reacciona con el conservadurismo cultural"²⁹, con la fuga hacia lo tribal, con el llamado al caudillo de las promesas demagógicas, incumplibles, con la pérdida de la sociedad abierta, con la condena sistemática del gobierno, paradójicamente simultánea a la exigencia de un Estado tutelar, paternalista y populista.

Es pues necesario "globalizar" en términos de la economía, para evitar el renacimiento de los nacionalismos estatistas y populistas y "mundializar" al mismo tiempo en los de la política, para evitar la deshumanización regresiva del "globo". No habrá "mundo" si se permite al mercado imponer su ley sobre lo que no es, no puede ser, ni debe ser económico. Tampoco lo habrá si se pretende imponer políticamente controles irracionales al mercado, en lugar de hacer razonables, sensatos, justos y buenos, los resultados del mercado por medio de la ley. Sí a la economía de mercado. No a la mercantilización de toda la vida social. Hay y deberá incluso haber "globo", si y sólo si hay "mundo".

²⁹Apud *La faute aux élites*, pp. 145-150.

III

 BREVIARIOS 

NO ME DEFIENDAS OBISPO

No somos pocos los mexicanos que defendemos, como lo ha escrito Porfirio Miranda en *Proceso*, el derecho absoluto a la vida de los niños que todavía no salen del seno de su madre. O, dicho de otro modo, quienes creemos que la vida humana es sagrada y que no puede dejarse a la arbitrariedad de los fuertes la existencia de los débiles, porque, como afirma el mismo autor citado antes, “si lo concebido es un ser humano, ningún motivo es válido para matarlo”; el asunto no es de los que puedan someterse a votación, ya que la vida es condición de posibilidad para todos los demás derechos, incluido obviamente el de votar. Por eso molesta que, en la defensa de la vida, algunos prelados incurran en opiniones verdaderamente insostenibles y que apenas a los seculares comprometidos con este tema. Bien podríamos decir, y con nosotros los mismísimos niños que corren el riesgo de ser ejecutados legalmente, “no nos defiendan, obispos”, con frases que –si fueron reproducidas adecuadamente por los medios– no podrían más que engrosar los diccionarios o las antologías de la barbarie, de la irracionalidad o de la prepotencia. Razones de peso hay, y de sobra, para fundamentar lógicamente, científicamente, jurídicamente y democráticamente que no se puede matar al amparo de la ley a los no nacidos sin poner en grave riesgo el Derecho y la democracia mismos. A mí me parece, como a Porfirio Miranda, que la intransigencia episcopal católica en la materia “honra a México y es más creadora de democracia que todas las ficciones de tolerancia de nuestros liberales”. Pero no podría calificar de honrosas para nadie, ni benéficas para sus defendidos, ni defendibles por quienes compartimos la misma convicción, ni respetables para los adversarios, las expresiones que al parecer han emitido algunos purpurados.

Soy un convencido del carácter sacramental del sacerdocio católico y de su cima que es el episcopado. Sin embargo, como San Agustín de sí mismo, pienso que es aterrador lo que el obispo es para los cristianos. El santo aseguraba que el título que ostentaba era “el nombre del peligro”, en tanto que su nombre de cristiano era el “de la salvación”; puesto que a los ojos de tan famoso teólogo nadie se salva por ser obispo, sino por ser cristiano, incluso pese a que se sea obispo. Y me parece, en efecto, peligroso para todos –especialmente para quienes podrían convertirse en víctimas de la pena de muerte intrauterina– que la argumentación a favor del respeto absoluto a la vida de los inocentes se reduzca y disminuya, como al parecer la han rebajado algunos mitrados mexicanos. Culpar a la mujer misma de la violación que la humilla y la vulnera y luego pone a un niño en peligro de muerte legalizada, es una barbaridad. Invitarla a estar lista con diversos instrumentos mecánicos o químicos para evitar la concepción en caso de ser violada, es ostentación de una ignorancia descomunal en muchas y muy diversas materias relativas al comportamiento y la mente humanas. Estas “razones” no sólo no son tales, sino que debilitan y permiten ridiculizar y soslayar los genuinos argumentos al respecto.

Cierto que no a todos los obispos se les han atribuido –espero que erróneamente– opiniones tan torpes y tan contraproducentes para la causa que tales prelados preten-

den sostener de tan grotesco e ineficiente modo. Pero con uno que hubiese incurrido en tal tontería bastaría para insistir en que no nos defiendan. Más les valdría confiar en los seglares que, aunque no seamos los santos que tal vez deberíamos ser, o lo cumplidos con los mandatos eclesiásticos que ha de esperarse de nosotros, busquemos y expresemos razones plausibles en defensa de la vida. Para el debate nos preparamos; para afrontarlo sin referencia a verdades de fe, dado que, por una parte, esta defensa bien se sostiene con la pura razón y, por otra, si sólo hubiese argumentos teológicos católicos para asumir la posición que asumimos, se podría contrargumentar que intentamos imponer nuestras convicciones religiosas a quienes no las profesan.

Hay ejemplos históricos de debates bien ganados por creyentes que no pertenecen al Estado clerical, e incluso por no creyentes que comparten los argumentos de razón esgrimidos por creyentes, y hasta por malos creyentes en algunos aspectos que, empero, son capaces de razonar sin recurso a teología alguna, sus opiniones científicas o políticas. Ahí están poetas como Dante, científicos como Pascal y Pasteur, escritores como Manzoni, Bernanos y Péguy, o como Chesterton, Mauriac, Rops, Messori y Unamuno, o Elliot, Frossard, Lejeune, Marconi, Werfel, Lepp, Muggeridge, Dawson, Grisez... Ninguno llevó tonsura ni portó sotana y bien supieron usar su ingenio y sus conocimientos para sostener puntos de vista sin exigir a sus interlocutores compartir sus creencias para probarles sus afirmaciones. Algunos de ellos ni católicos fueron, o no fueron de acuerdo con los criterios más formales, "buenos católicos".

3-X-2000

UN VIEJO Y EFICAZ MÉTODO

Hace ya más de un decenio que prolifera en nuestro país un supuesto método de Análisis político, inquilino bien pagado de ciertas "columnas" periodísticas cuyos autores tratan de hacerle creer al consumidor, a veces con buen éxito, que ellos están enterados de lo que acaece "detrás" de los hechos y de los dichos que, respectivamente, se ven y se oyen o se leen. Con base en la hipotética información privilegiada de fuentes nunca precisadas, los escritores de marras formulan pronósticos que, en la mayor parte de los casos, no se cumplen, como yo mismo lo he demostrado en repetidas ocasiones.

Este procedimiento predictorio tiene la ventaja, para quien lo practica, de que como sus fundamentos están "detrás", en un ámbito al que sólo él tiene acceso, nadie puede comprobar si son ciertos. Si el pronóstico resulta acertado, se confirma que el columnista tiene acceso a misterios que el lector no puede conocer. Si acaba siendo falso, siempre puede aducirse que algo había todavía más atrás. El hambre patológica de información "secreta" y "confidencial" que pueda explicar cualquier cosa, hace el resto. Así, independientemente del número elevadísimo de veces en que las predicciones no

se verifican, se vuelve a la "columna" y hasta se invita al "columnista" a dar conferencias en las que introduzca al auditorio a los "misterios" de la política. También tiene que ver en esta enfermiza recurrencia, el ambiente de oscuridad en que suele desenvolverse la vida pública nacional.

El falso y el falsario

Cualquiera diría que este morbo es típico y exclusivo de nuestro país y nuestro tiempo. Nada más inexacto. El método es viejo y eficaz, como acaba de demostrarlo un historiador de la literatura rusa llamado Mikhail Lepekhine, quien acaba de dar a conocer un estudio recientemente concluido —gracias a la apertura de los archivos soviéticos— en torno de la identidad del autor de un libro llamado *Los protocolos de los sabios de Sión*, impostura que causó furor en la Europa del tiempo de los zares y que aún circula con éxito en algunos países.¹

Lepekhine descubrió que el falsario fue un tal Mathieu Golovinski, quien redactó el texto —el cual solía llevar como subtítulo *Programa judío para la conquista del mundo*— en París, por cuenta de la policía política del zarismo, y que después de la revolución rusa de 1917 se convirtió en un notable bolchevique. Un bien reputado investigador francés —Pierre André Taguieff— había iniciado la tarea desmitificadora. Lepekhine encontró el eslabón que faltaba para completarla. Aquél había demostrado que el libro de marras era uno falso. Éste descubrió quién fue el falsificador.

Las "reuniones secretas"

Los protocolos fueron editados por primera vez en Rusia en 1903. El libro da cuenta detallada de unas veinte "reuniones secretas" sostenidas por "judíos y masones", en la que un "sabio de Sión" comunica a los dirigentes de aquellos dos grupos un "plan secreto" para imponer su dominio sobre toda la humanidad. La finalidad del plan es hacer de tal pareja "los amos del mundo", una vez destruidas las monarquías y la civilización cristiana. Ningún medio habría de escatimarse: violencia, maña, astucia, guerras, revoluciones, modernización industrial, sistema capitalista, serían otras tantas herramientas para demoler el orden existente y, sobre sus ruinas, instalar el "poder judío". Obviamente, el libro aseguraba que los documentos que divulgaba eran "secretos".

En 1920, hasta el reposado *Times* de Londres le dio crédito al panfleto. En 1921, empero, como lo muestra Eric Conan, el mismo diario ya había cambiado de opinión y probado fehacientemente que se trataba de una calca levemente modificada del *Diálogo en los infiernos entre Maquiavelo y Montesquieu*, publicado en 1864 en Bruselas por Maurice Joly como parte de una campaña contra Napoleón III. En la copia confeccionada por Golovinski para el aparato represivo zarista, se cambiaron los términos "Francia" y "Napoleón III" por, respectivamente, "el mundo" y "los judíos".

Sin embargo, como el falsario antisemita pasó con armas y bagajes al servicio del régimen comunista, hubo que esperar a 1992 para descubrir, en los archivos de la diplomacia rusa y soviética conservados en Moscú, todo el tinglado. Golovinski, en su juventud, había sido "evangelizador" de algunas comunidades paganas de las orillas del Volga, junto con Ilya Uliánov, quien luego sería padre de Vladimir, el famoso

Lenin. Uno de los primeros puestos burocráticos de Golovinski, bajo el zar, lo puso a cargo "de influir a la prensa por medio de artículos completos que entregaba a los directores, así como de colocar periodistas-agentes en las redacciones para censurarlas desde adentro y cuidar la "línea" gubernamental. Gorka denunciaria a Golovinski llamándolo "soplón" o "delator". El siniestro personaje fue a dar a París. Moscú, la del zarismo, le encargó infiltrar y manipular periódicos franceses. Su jefe, Ratchovski, le ordenó producir un falso documento capaz de influir directamente al Zar Nicolás II y así inducirlo a reprimir a sus adversarios políticos. El amanuense hizo la tarea: redactó los *Protocolos* del modo ya descrito.

Cambio de bando

La revolución de octubre de 1917 no afectó a Golovinski quien, ese mismo año apareció en San Petersburgo como diputado de un consejo o "soviet", investido falsamente del título de "médico". Su ascensión es fulgurante: en poquísimos tiempo accede al círculo más cercano de Trotski como consejero en materia de enseñanza militar. En 1918 funda y dirige el Instituto de Cultura y Física que, con el tiempo, llegó a ser el vivero de los campeones soviéticos.

Los *Protocolos* no se hundieron con el nuevo régimen. Es más, son editados en 1921 por la muy seria y francesa casa Grasset. Henry Ford, magnate del automóvil y del antisemitismo, promueve su impresión y difusión en inglés. El apartado propagandístico nazi lo disemina en alemán. Hitler lo menciona en *Mi lucha*. La Alemania de la cruz gamada defiende a troche y moche la autenticidad de la falsificación y promueve su distribución tanto dentro como fuera de Europa y hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. El arabismo militante lo emplea desde 1951, a partir de una edición lanzada en El Cairo, como prueba del "complot sionista" que hizo posible el nacimiento del Estado de Israel. Se multiplican luego las traducciones y ediciones. Buenos Aires y México tienen las suyas en el marco de la guerra fría, para alentar a los guerreros materiales e intelectuales que luchan contra el "judeobolchevismo". Hoy, el radicalismo argelino y el palestino siguen usando el libro, citado por los arengadores del Frente Islámico de Salvación y del Hamas. También circula profusamente en los países del antiguo bloque socialista, Rusia incluida. Ninguna de las demostraciones de la falsificación detiene la proliferación, ni merma el crédito de que goza la tenebrosa y falaz producción de Golovinski.

Razones del buen éxito

Eric Conan, en *L'Express*, transcribe las razones que de tan buen éxito da en su estudio sobre los *Protocolos* el investigador Taguieff: "Por su estructura —la revelación del pretendido secreto de los judíos por medio de un texto confidencial que se les atribuye— los *Protocolos* satisfacen una necesidad de explicación al dar un sentido al movimiento indescifrable de la historia, cuya marcha simplifican designando a un enemigo único. Éste permite legitimar, presentándolas como medidas preventivas de autodefensa, todas las acciones contra un enemigo absoluto, diabólico y mortal, que se esconde tras múltiples disfraces: democracia, liberalismo, comunismo, capitalismo, República, etc. El buen éxito y la longevidad de los *Protocolos*, fabricados originalmente con propósitos limitados a la corte rusa, se deben paradójicamente a la falta de precisión de un texto que puede fácilmente

adaptarse a todos los contextos de crisis, en los que el sentido de los acontecimientos es flotante, indeterminable. De ahí sus permanentes reutilizaciones”.

Algunos de nuestros columnistas mexicanos de hoy, tan afectos a revelarnos conjuras en la sombra que sólo ellos conocen, no han inventado nada. Son nietos espirituales e imitadores de Mathieu Golovinski, esbirro de zares un día y de los vencedores de los zares al día siguiente; intrigante profesional –como escribe Conan– al servicio de los poderosos en turno.

Nota 1: una versión en español de este libro circuló en México desde los años cincuenta, junto con la versión editada en El judío internacional de Henry Ford, una recopilación de artículos aparecidos en su semanario The Dearborn Independent. Las fuentes de esta parábola son un extenso artículo de Eric Conan publicado en el No. 2524 de L'Express, pp. 100-110 y la obra en dos volúmenes de Pierre André Taguieff, que el propio Conan cita, Les Protocoles des Sages de Sión, editada por Berg International en 1992.

II-2000

LOS VALORES EN LA OBRA DE GÓMEZ MORÍN *

Para Enrique Krauze, (sin conocerlo) con gratitud.

Introducción

El 14 de septiembre de 1939 se reunió en la ciudad de México una pléyade de hombres ilustres a decidir sobre la fundación de un Partido Político (Acción Nacional) y Manuel Gómez Morín abrió la sesión con estas palabras:

“Será más firme nuestra amistad cuando resulte del reconocimiento de una convicción común, que confirma ahora nuestra asistencia con el unánime y exclusivo deseo de servir a nuestro país.”

Uno de los autores preferidos de Efraín González Luna, Chesterton, decía:

“Todo buen pensamiento que no se convierte en palabras, es un mal pensamiento y toda buena palabra que no se vuelve acción, es una mala palabra.”

Descubrimiento de los valores

Para hablar de los valores quisiera señalar, en primer lugar, que nosotros los seres humanos somos capaces de descubrir valores, que los descubrimos en nuestra experiencia de todos los días, porque allí están las cosas que nos rodean; las cuales se transforman después en objeto de nuestra reflexión y que, de esta reflexión, nace la convicción de que hemos encontrado algo que merece existir en el resto de la realidad. Por ejemplo: el hombre primitivo descubre en el ritmo de los astros un orden, a este

orden lo llama justicia, que es la primera palabra que el hombre inventa para decir "orden" y que utilizamos hoy para expresar "que cada quien sea, tenga y haga lo que le corresponde". Al descubrir tal "justicia" en los ciclos astrales, el hombre busca configurarla en su existencia personal y social, porque la considera un valor, algo digno de ser encarnado. Y así nace la reflexión sobre el orden en el ámbito de la vida humana, después de descubrirlo en la naturaleza.

Así pues, la cualidad que descubrimos en una cosa y luego estudiamos aparte de la cosa; aquello que encontramos en la realidad y nos parece noble y nos mueve a intentar realizarlo, hacerlo vida, porque vemos que merece existir —no sólo entre astros, sino entre hombres—, eso es valor. Y así el hombre, a partir de su experiencia de las cosas, descubre valores y construye con ellos lo que constituye el núcleo de una verdadera cultura. Ser culto no es saber numerosas frases célebres, ni haber leído toneladas de libros; ser culto es contar con un sistema de valores y tratar de realizarlos personal y colectivamente. Existe cultura cuando hay en el fondo de la mente de todo un pueblo, un abigarrado conjunto de convicciones comunes acerca de lo que es valioso. Todos nosotros compartimos la convicción de que debe haber justicia, aunque algunos hayan leído más libros que otros. Lo que nos hace tener una cultura a todos no son los libros leídos, sino las convicciones compartidas; son éstas las que nos unen. En el centro mismo de toda cultura hay, pues, valores comunes.

¿Qué caracteriza entonces a los valores? A los valores los tipifica el que, a pesar de ser buenos en sí, lo son en función del hombre. Son lo que consideramos que debe existir para que nosotros seamos mejores. Si hay justicia, podemos ser mejores; si hay libertad política, podemos ser mejores; si hay democracia participativa, podemos ser mejores. Todas estas "cosas" son valiosas porque son buenas para nosotros los hombres. Y nosotros luchamos para que existan, porque queremos ser mejores.

Valor Patria

No llegaba a los 28 años Manuel Gómez Morín, cuando ya era subsecretario de Hacienda. Fue Rector de la Universidad Nacional. Fue autor de las leyes que dieron origen al Banco de México y de las que hicieron nacer al Banco de Crédito Agrícola. Fue un hombre que tenía muy claro en la cabeza que, por México, era preciso hacer muchas cosas, organizar instituciones eficientes, hacerlas operar con honestidad.

Gómez Morín nació en 1897. En 1914, cuando tenía 17 años, las tropas norteamericanas ocuparon Veracruz. El joven estudiante dentro de un grupo de colegas, se presentó ante uno de los ministros el gobierno de la época —Nemesio García Naranjo— a pedirle armas para ir a defender el puerto. Don Nemesio, aquel gran escritor y estupendo orador, viendo el ímpetu de los muchachos, les dijo: "Calma, cachorros de la Patria, todo lo tendréis a su tiempo". Entonces el joven Gómez Morín escribió un poema lleno de entusiasmo patriótico, en el que llama a los universitarios a unirse en la lucha contra el invasor. Un fragmento de ese poema dice así:

Hoy que pocos defienden los blasones,
Olvida de la ciencia los arcanos
Y lánzate a pelear.

¿Qué valor encontramos aquí? El valor Patria. Tú puedes estar, estudiante, embebiendo en tus libros –piensa Gómez Morín– pero debes dejarlos si hay algo superior que merece existir y debe ser defendido: la Patria. Encontramos aquí que, a los 17 años, Gómez Morín intuye aquel reto que, años después, en un discurso arrebatador, González Luna planteaba a los intelectuales en relación con la política: no queremos aquí “orugas doctas” que se enclaustran en su “torre de marfil”; queremos que la inteligencia se involucre en la vida pública para transformar a México. Ya en 1914 encontramos ese valor Patria y el del compromiso del talento con la acción, en el Gómez Morín de 17 años de edad.

Encuentro de valores

Y es que Gómez Morín, como buen miembro de su generación, es decir, de un grupo de coetáneos que se propone generar algo valioso, había visto la evolución del movimiento revolucionario, aunque no hubiese participado en él con las armas en la mano. Y para él, la Revolución, el cambio al que entraba México a partir de la insurgencia de 1910, era una esperanza, como lo fue para muchos hombres. Pero ¿qué veía Gómez Morín y qué veían los que, como él, participaban en aquella siembra de futuro?

Veían irregularidad, provisionalidad, improvisación. Y entonces sintieron la exigencia de actuar intensamente en el ámbito de la cultura, de los valores, para darle a la Revolución su conclusión natural, que era la transformación de México en un país justo y libre, en una Patria. Para ellos, la Revolución era algo serio y no el mercado en que la convertían quienes la proclamaban con la boca y la asesinaban con los actos. Y en 1917, –20 años de edad– escribe Gómez Morín al hacer un comentario sobre la obra del sudamericano Rodó: “Hay que encontrar en las cosas algo amable y espiritual”. Esto es, exactamente, la búsqueda de valores: desentrañar de las cosas algo digno de ser amado, algo digno de existir, algo espiritual: es decir, no sólo ver en ellas los medios para satisfacer requerimientos materiales, sino la posibilidad de encontrar caminos para la realización de valores más elevados.

Recuperación de valores

Gómez Morín tuvo como maestro a Don Antonio Caso. En esos días, éste decía a sus discípulos:

“Ve y comete actos de caridad. Tu siglo es egoísta y perverso. Ama sin embargo, a los hombres de tu siglo que parecen ya no saber amar, que sólo obran por hambre o por codicia. Quien hace actos buenos no sabrá nunca que lo sobrenatural existe. Todas las filosofías de los hombres de ciencia no valen nada ante la acción desinteresada de los hombres de bien”.

Gómez Morín recibe esa enseñanza. Comprende que se necesita la acción desin-

teresada de los hombres limpios en un momento en el que, como señalaba González Luna, no había más que fuga de los buenos o aprovechamiento pícaro y mezquino del desorden para enriquecerse. Desde la cátedra universitaria, Caso invitaba a los mejores a poner la mano en la tarea salvadora. Y entre esos convocados se encontraba Don Manuel.

En las palabras, los jóvenes encabezados por Gómez Morín empiezan a condenar a la Revolución. No porque fueran adversarios del sufragio efectivo, de la no reelección, de las reclamaciones justicieras de campesinos y obreros o de los anhelos del pueblo entero de México. Así lo expresa Don Manuel cuando escribe, en 1925, "Nuestra palabra, que exteriormente parece condenar a la Revolución, tiene el mismo ritmo interior que ella". Es que la Revolución se había pervertido y era preciso recuperar sus valores.

Nosotros esgrimimos nuestra palabra de condena en este país que se intenta construir en contra de los principios que están en la base misma de su edificación. Y por eso, en 1940, cuando Gómez Morín le responde al presidente Cárdenas con dureza y claridad, le dice: "usted habla de unos valores para defenderse; es precisamente en nombre de esos valores que yo le conmino a que cambie el rumbo del país, porque usted lleva esos valores sólo en las palabras y no se han vuelto obras."

Gómez Morín desmenuza analíticamente la situación económica y política de México, para demostrar que las palabras del presidente de la República son desmentidas violentamente por los hechos.

Valor libertad

Los contemporáneos de Gómez Morín decían que Don Manuel, desde su juventud, tenía calidad apostólica. Se encuentra este juicio en los escritos de muchos de sus propios compañeros, como Palacios Macedo, Vázquez del Mercado y hasta Lombardo Toledano. Calidad apostólica, porque Gómez Morín escribió y habló siempre contra el egoísmo, contra la mentira, contra la palabra vacía, contra la improvisación. Y, si habló contra todo aquello, era porque defendía los valores de la abnegación, de la verdad, de la congruencia, de la organización, de la capacidad.

En 1919, siendo todavía un joven de 22 años, Don Manuel escribe que en México las leyes no han permitido ver la justicia. Esto significa que, a su juicio, la preocupación de quienes hacían las leyes se limita a dejarlas verbalmente correctas, aunque en los hechos permitieran la violación de las normas y el reino de la injusticia. Así es hasta hoy. Es así que las leyes sirven para enmascarar la injusticia y esto es lo que ya criticaba Gómez Morín desde su juventud. Por eso, dice en esa misma época: "México no debe soñarse distinto de lo que es".

¡Qué frase tan interesante! No abrigar ilusiones ni ocultar con ficciones la realidad. La lección es clara: este no es el paraíso, esto no es jauja, aquí no hemos resuelto los problemas relevantes, como se pretende hacernos creer. Afirmar el sueño es describir lo irreal y, cuando despertamos, la realidad, que es testaruda, nos apalea.

En 1921, Gómez Morín escribe: “la libertad es un mito ante el juego de los engranes del mundo económico y social; más poderosos que todas las buenas voluntades particulares”. Es algo muy cierto y muy preciso lo que aquí afirma. Toda nuestra buena intención se hace añicos cuando topamos con el poderío desmesurado de los “grandes” de la política y de la economía. ¿Cómo se le puede decir a un hombre que no tiene con qué ir a comprar o qué comer, que es libre? En esta situación, no es él quien decide si come o no lo hace. Es libre en cuanto a su esencia, pero en su existencia se encuentra encadenado. No deja de ser libre y digno, pero no puede ejercer su libertad y por eso dice Gómez Morín: “esa libertad es fantasmagórica cuando el mundo económico y social es injusto.”

A contraluz, aquí se enuncia otro valor: la libertad. Ésta no debe ser mítica y, si no hay justicia, la libertad no se puede ejercitar.

Libertad y justicia: democracia

Sin libertad, la justicia es una mentira en la práctica, pues lo primero que nos corresponde como hombres es ser libres. El pretexto de muchos dictadores para suprimir la libertad, es prometer la justicia. El resultado, la historia lo muestra, es que no haya justicia y tampoco libertad, pues no es posible la una sin la otra. Son complementarias.

La democracia que Gómez Morín ve en ese entonces es un buen pretexto para afirmar: “el gobierno de los tontos por los pícaros”. ¿Por qué? Porque:

“La organización política de las necesidades, de nada sirve para el bien de los hombres mientras no se modifique la constitución misma de las agrupaciones humanas.”

¿Qué valores traslucen aquí? En primer lugar, el valor democracia. Ésta no puede existir si el régimen destruye la familia, si subyuga al sindicato, si mediatiza a la liga de comunidades agrarias o si las vuelve instrumento de control político. La democracia se asienta sobre una sociedad cuyas organizaciones son sanas. Eso es lo que nos quiere expresar Don Manuel. Si se disuelven o corrompen las organizaciones de la sociedad, democracia es una palabra para ocultar el poder de la maldad sobre la tontería, la fuga o la complicidad.

Técnica y moral

Mil novecientos veintidós. Gómez Morín critica a José Vasconcelos, su maestro, al hacerle saber que está de acuerdo con los fines que éste persigue, pero que disiente de los medios que emplea. Esos medios son el caudillismo y el espontaneísmo. Vasconcelos pensaba que se iba a producir el milagro de que México entero corriera tras de él y transformara al país en poco tiempo, sin organización política, sin cuadros dirigentes, sin bases articuladas; sólo en función de la aureola del caudillo. Gómez Morín le dice: “lo que importa, además del fin que se busca, son los medios; necesitamos una técnica”.

La palabra “técnica” es recurrente en la obra de Don Manuel. Para él, expresa un valor de primera importancia. En síntesis, aquel hombre con cualidades de apóstol

de las que hablaban sus compañeros, sabe que el espíritu apostólico no basta; que el apostolado, sin técnica, fracasa; que se puede tener el mejor espíritu del mundo pero, sin organización y capacidad, no se triunfa en política, ni en negocios, ni en la vida personal. Me parece que tiene razón el historiador Enrique Krauze cuando afirma que, si de algún modo puede darse una definición de Gómez Morín, es, en términos generales, diciendo que se trata de un técnico con espíritu de apóstol, o de un apóstol con mente de técnico.

Ya desde 1931 este técnico-apóstol comienza a sospechar que es preciso actuar en política. Ha colaborado con los diversos gobiernos de la época. Ha aportado al esfuerzo nacional su capacidad técnica. Sin embargo, se da cuenta de que ese Banco de México, que él ayudó a crear, sirve para otorgar préstamos especiales a los Calles, a los Obregón, a los Amaro. Descubre que lo prestado no se devuelve. Comprueba que el Banco de Crédito Agrícola, hoy Banrural, en lugar de servir para promover la dignificación del campesino y la producción, comienza a ser un instrumento de corrupción y de sujeción política. Por eso renuncia a la presidencia del Banco de México y al Consejo del Banco de Crédito Agrícola. Por eso, se retira y empieza a intuir que la solución de los problemas nacionales ha de ser por la vía política.

¿Cómo?, con orientación definida, con propósitos claros y con métodos prácticos, la técnica otra vez, no sólo la buena voluntad. Y entonces invita a sus compañeros de generación —él era de aquellos llamados “siete sabios de México”—, a unirse y ver qué pueden hacer. Les dice que hay que unirse “en una organización moral, sin liturgias, a base de esfuerzo personal, de unidad moral”. Así que aquí vemos que a la técnica también hay que añadirle la moral, otro valor encontrado en Gómez Morín. Técnica más moral deben concurrir en la fundación de instituciones sanas, en empresas bien organizadas, pero con espíritu apostólico, no sólo con eficacia.

Escribe Gómez Morín en ese entonces que ya sospecha que hay que ir a la política, aunque él todavía no va. “Nada de compasión que se quede en discursos”, expresa: ¡Cómo nos duele, decimos en los discursos, que México esté mal! Nada de compasión que se quede en discursos dice él, nada de ideales imprecisos e inaccesibles:

“Nada de lamentaciones retóricas, tampoco transacciones ni componendas, tenemos una nueva fe y una misión nueva. Señalemos propósitos concretos y realizables a nuestra acción y fijemos procedimientos a nuestro alcance, que no pugnen con el propósito fundamental de nuestra conducta. El mundo nuevo no lo harán los hombres viejos; no se logrará con métodos antiguos.”

Ante el espectáculo del desenfreno, la corrupción moral, el homicidio, el asesinato, el saqueo y la ignorancia, Gómez Morín afirma que es preciso cambiar a las personas. Para darse cuenta de la necesidad de este cambio, nos dice que se requiere una teoría, que necesitamos un pensamiento. Y concluye: “la Revolución no ha salido de su infierno por falta de teoría”. Por eso afirmaba Don Manuel: “si la Revolución tuviera una doctrina, no podría cualquier bandido improvisarse en líder”.

La técnica como valor

Luego viene su definición de técnica. Es muy importante comprenderla, digerirla, porque para él es un valor. Los valores, como vimos al principio, no basta enunciarlos con palabras o pensarlos con claridad; si no se encarnan, no sirven para nada, son malos pensamientos o son malas palabras, como decía Chesterton.

Primera definición que da Don Manuel de técnica: “trabajo hecho y sabido con amor”. ¡Qué estupenda definición! Trabajo sabido y hecho con amor, definición que luego el maestro precisa más: “es la realización del conocimiento, subordinada a un criterio moral”. Estupendo: es saber lo que sabemos que se debe hacer, pero subordinado a valores. ¿A cuál?, a la realización del hombre integral. ¿Para qué?; aquí viene una frase de Gómez Morín que parece de un místico:

“Para combatir el dolor, y no el dolor que viene de una fuente inevitable, sino el dolor que unos hombres causamos a otros, el dolor que se origina en nuestra falta de voluntad o en nuestra ineficacia para hacer una nueva y mejor organización de las cosas humanas”.

¡Cómo insiste en la organización, en la técnica, en la capacidad! ¡Cómo insiste en eso Gómez Morín!, hace recordar una frase del Santo Cura de Ars: “El mundo va a ser de quien lo ame más y se lo demuestre mejor”.

Amor y organización técnica para demostrarlo.

Participación política

Mil novecientos veintisiete. Nos vamos acercando al 39 y se van perfilando los valores que van a llegar como ríos caudalosos a la creación del Partido Acción Nacional. Gómez Morín se manifiesta en contra, dice él, del lado salvaje de la política”. ¿Qué había pasado en esos días, cuando él escribió esto? El asesinato de Serrano. Gómez Morín está en Londres con Vasconcelos y escribe una carta que nunca le envió a nadie, (duerme en sus archivos) en la que dice que está en contra de este lado salvaje de la política, de la historia y de la sociedad, sumidas en una repugnante y primitiva brutalidad. Que está en contra “del enfangamiento de corrupción, ignorancia y pasión”; que lo horroriza saber “que una fiera del circo mata a un hombre, aunque yo sepa ya que las fieras matan”; que condena el hecho de que la Revolución “no pase de la edad retórica de los discursos, a las más elemental vida política o económica”. Veo en México a una nación traicionada”.

En ese mismo documento extraordinario, escrito el 2 de octubre de 1927, el mismo día de la matanza de Huitzilac –un 2 de octubre de 1968, habría otra matanza; las fechas históricas a veces son coincidencias– Gómez Morín señala:

“Tenemos que luchar contra el aislamiento, tenemos que crear el grupo capaz de generar una cultura nueva, valores, un sentido total de la vida que armonice y supere las contradicciones que atormentan al mundo moderno”.

Así que ya llegó a la conclusión de la política. Primero la caridad, luego la técnica, luego la libertad, la justicia, que son valores del espíritu, que deben encarnarse. Ahora, aborda la conclusión de la acción política para luchar por la democracia y manifiesta que en el aislamiento no se puede lograr ésta y que hay que crear el grupo capaz de lograrlo. En 1927 faltan aún 12 años para que nazca Acción Nacional, pero los valores que van a estar en el origen del Partido ya toman perfiles clarísimos. Hasta entonces, Gómez Morín es una especie de predicador, una especie de San Pablo que le manda cartas a todo el mundo; a sus compañeros, a sus maestros, a sus amigos. Pero el apóstol se impacienta a raíz del crimen y es entonces cuando "se untan", como dice Krauze, el técnico y el apóstol.

Cuando Gómez Morín se convence de que se requiere formar conciencia de libertad y de aspiración al bien, pero no aislados, le escribe a Vasconcelos. En el 27, cuando Vasconcelos lo invita a una campaña, sin Partido, sin organización, Gómez Morín le responde que cuente con él y pone siete mil pesos de aquella época para la campaña. Pero le aclara: "No puedo colaborar porque no estoy de acuerdo en cómo se hacen las cosas", y añade:

"...incluso si usted triunfa, no podrá hacer nada sin organización y sin técnica, necesita usted un grupo que entre de lleno en la política, con toda actividad y con todo valor; un grupo selecto en condiciones de perdurabilidad."

Eso es un Partido Político. Esa es ya la definición de Partido Político. Un grupo que perdure, que tenga actividad constante, le dice también a Vasconcelos. "No quiero un grupo de académicos ni un club de suicidas". ¿Por qué? Porque aunque el club de suicidas sea heroico —y lo fue el vasconcelismo—, cuando maten a los héroes sacrificaremos la posibilidad misma de que algún día se realice la idea, si no hay organización". Incluso triunfando, si no hay organización, no se llega a ninguna parte.

Ni milagros ni magia

Mil novecientos treinta y uno. Ya terminó la gesta vasconcelista y Gómez Morín dice:

"Es preciso luchar contra la voluntad de poderío, contra el afán de posesión, contra la precipitación, contra la superficialidad, contra el uso vil del hombre como máquina o como rebaño".

Es la época en que las manifestaciones se empiezan a hacer con acarreados. En 1933, escribe Gómez Morín: "No podemos pretender que el milagro o la magia sustituyan al esfuerzo humilde y tenaz". La salvación de México no va a caer del cielo, se necesita el esfuerzo modesto y terco. Peor este esfuerzo humilde y tenaz ¿cómo hacerlo? Articulando, uniendo, organizando:

"A los que aman y prefieren la organización disciplinaria, a los que creen en la eficacia del pensamiento y del estudio, a los que sólo pueden poner su persona, su oración y sus deseos al servicio del anhelo común."

Y luego, como hay diferencias entre los posibles fundadores y algunos le dicen que no, le escribe a uno de ellos: "No permitamos que el intento fundamental, que es salvar al país, se frustre por la divergencia sobre el color de la corbatas." Y sigue Don Manuel en esta carta:

"Si en toda nuestra generación no llega el momento en que esta salvación se dé, al menos habremos echado la raíz para que llegue en la generación siguiente. Pero, si se produjera el milagro arrebatador del héroe, no estará solo y si llega la necesidad de sacrificio, no será estéril".

Vemos pues, cómo Gómez Morín trata de que haya un equipo, un grupo, una organización que, cuando surgiera el héroe, no lo dejaría solo y si hubiera un sacrificio, no sería estéril. No le estaba sacando el bruto al compromiso. Lo que pasa, es un poco lo que se argumenta que dijo Don Luis M. Martínez, arzobispo de México, cuando algunos le fueron a preguntar ya cerca de su muerte, si se levantaban en armas, a lo que respondió: "Que los maten por héroes es glorioso, pero que los maten por imbéciles es ignominioso". Se trata de que si llega la necesidad del sacrificio, éste no sea estéril. Y, en ese momento, sobraban objetivos políticos en el país: el municipio hecho pedazos en manos de caciques, las organizaciones obreras y campesinas ya corrompidas al servicio del régimen, el federalismo mentiroso, las leyes de educación opresoras, la reforma agraria como fracaso.

Entonces, Gómez Morín dice: necesitamos la organización capaz, preparada, organizada, eficiente, pero apostólica, que reconstruya a esta nación traicionada; necesitamos una acción para reconstruir esta nación. Necesitamos una acción nacional. Y dice uno de los biógrafos de Gómez Morín que el maestro llegó a esta conclusión al contemplar la incapacidad del régimen para hacer la nación y al ver cómo la corrupción ya hacía imposible construirla desde el régimen; había que intentar algo desde afuera, concluyó él, que había sido funcionario público. Y dice el biógrafo que, además del espectáculo de incapacidad e imposibilidad, Gómez Morín respondía moralmente a la posibilidad de que en el futuro sus hijos le preguntaran: "tú, ¿qué hiciste en ese momento trágico de la Patria?"

Triple haz de trayectorias

Así nació el Partido Acción Nacional. Con estos valores. Efraín González Luna, en el prólogo que escribió a la colección de informes de Manuel Gómez Morín dice:

"Sólo perecen las causas abandonadas. La causa de la nación no se podría abandonar porque perecería; pero se necesita un instrumento que pueda hacer llegar a puerto seguro la causa, un instrumento de regeneración nacional, de rehabilitación moral de la política".

Don Efraín tiene unas frases terribles contra los que dicen: "Yo soy honrado, no me meto en política". Tal actitud equivaldría a dejar que la política la hagan siempre los deshonestos. Es la postura que critica Péguy, el poeta francés, cuando denuncia: "Hay

gente que tiene limpias las manos porque no tiene manos". Y González Luna, en uno de sus párrafos más aleccionadores, sintéticos y jugosos, dice que los discursos de Gómez Morín trazan el plano para el instrumento de generación.

Don Efraín afirma que Gómez Morín descubrió tres cosas fundamentales que se requieren en la vida de México: Primero, una reforma personal, que es renovación de la propia conciencia y de las actitudes personales frente a la comunidad; he aquí el valor persona. Segundo: construir la institución que encarnará en la sociedad, la reforma personal; es decir, una institución en la que quienes personalmente hayan cambiado, encarnen dentro de la sociedad la voluntad de transformarla; esta institución es el Partido. Así que reforma personal; institución y el Partido, que es organización y técnica, pero con reforma personal, que es moral para orientar a la técnica. Tercero: la acción del Partido sobre el país, como levadura en la masa.

Estos son los tres elementos del pensamiento de Gómez Morín que ve González Luna: reforma personal, creación de la institución que encarna esa reforma y acción de esa institución —que es el Partido—, sobre el país. Y dice Don Efraín: estas tres trayectorias son inseparables; no es una primero que otra, son las tres juntas.

En 1939, escribe González Luna, en referencia a la obra de Gómez Morín:

"Está conquistada la deslumbrante evidencia; todos los problemas de México tienen raíces políticas y su solución depende de la rehabilitación política de México, que es deber y responsabilidad de todos los mexicanos".

Y llega el 14 de septiembre de hace 41 años. ¿Qué dice Gómez Morín? Primero, sostiene ante todo y sobre todo la integridad de la persona como elemento y como síntesis de todo lo que forma la Patria. Primer valor, la persona humana. Segundo, a lo largo del discurso de fundación nos habla de la existencia de valores morales superiores: justicia, libertad, abnegación, desinterés. Los que hemos visto ya que ventan desde la juventud de Gómez Morín. Luego dice que hay que romper "la tradición anárquica y estéril de la abstención o de la acción individual para ordenar y hacer posible la acción colectiva". Añade que se requieren "jerarquía y disciplina". Es un técnico el que está hablando: las cosas con orden y disciplinadamente. Luego viene el valor democracia, cuando al inicio de la asamblea se aprueban los principios de doctrina, le dice Don Manuel a todos los ahí reunidos: "solicito su previa conformidad como grupo con lo que decidamos aquí".

¿Qué otro valor señala Gómez Morín en el discurso de fundación? El bien común. Justicia social, dirá, es la voluntad permanente de definir y de realizar el bien común, entendido como el conjunto de los medios materiales y culturales necesarios para que todo el hombre y todos los hombres se desarrollen plenamente. El maestro reitera que estamos ante una nación que carece de estructura porque faltan en la sociedad los núcleos de orientación y defensa que sólo se forman y fortalecen en torno a posiciones ideales definidas y precisas; que para él, se ha corrompido el tejido social, pues las organizaciones supuestamente sociales están al servicio del poderoso y, al estar así disueltos, no hay nación.

Una acción nacional

De allí la convicción y el empeño inmediato –lo indica también Krauze– en el sentido de organizar una acción nacional que rehaga la nación y restaure al Estado. Oigámoslo:

“Tratamos de una *instauratio ab imis fundamentis*; de una intransigencia diamantina en los principios; de una renovación plena, total, en las mentes, en los corazones, en la conducta, en las instituciones, en la visión del porvenir. Pero por ello justamente, porque no es causa transitoria ni apetito inmediato, ni propósito secundario o subordinado lo que perseguimos, hemos de ser pacientes ágiles, sostenidos. Por ello podemos obrar en la realidad, movernos en ella, emplear sus instrumentos, tomar sus ocasiones, renunciar a peleas menores o a decisiones pueriles sin transigir, sin componer, sin abdicar, sino realizando en la vida cotidiana, en la misma acción, no lejos de la realidad, en el trabajo menor de rutina como en las grandes oportunidades y en los momentos solemnes, el propósito sobrio, grave, definido que nos anima”.

E insiste. Se requiere nuestra transformación moral personal; necesitamos sinceridad, desinterés, lealtad, generosidad, examen serio de las cosas con capacidad técnica. En una palabra, Gómez Morín nos afirma que la Patria no está fuera de nosotros, que es algo más que nosotros, pero que nosotros la encarnamos y que será “tan limpia, tan clara, tan armoniosa, tan justa y tan libre como lo seamos nosotros”. Y añade Gómez Morín: “con la ayuda de la Gracia”. Lo indica en un discurso político. Lo subrayo porque muchas veces nos escandalizamos cuando se habla de asuntos que suenan a religiosos. Gómez Morín no tenía tanto miedo. Por eso declara que “la Patria será tan suficiente, tan limpia, tan clara, tan armoniosa, tan justa y tan libre como nosotros, con la ayuda de la Gracia, lo seamos”.

De la gracia a la libertad

¿Qué más nos dice Don Manuel? Que la libertad es indispensable: que el Estado debe tener autoridad, pero no debe ser tirano, que debe gestionar el bien común sin crecer desmesuradamente ni meterse en lo que no le compete y que debe promover la justicia sin descoyuntar a la nación. En una palabra, libertad existencial real, orden fecundado, paz justa, claridad mental y moral. O, como repetimos, “Una Patria ordenada y generosa y una vida mejor y más digna para todos los mexicanos”.

Encontramos ya, así, todos los valores espirituales que anidan en el pensamiento de Manuel Gómez Morín: hombre, nación, sociedad, Estado, bien común, autoridad, responsabilidad, libertad, Patria, abnegación, desinterés, lealtad, generosidad, democracia, caridad, eficiencia, vida espiritual.

“Que nunca falten los motivos espirituales en nuestra organización; que ni la rutina ni la facilidad emboten su sensibilidad al ideal; que la confusión no oscurezca la claridad de su posición doctrinal de fondo; que el ardimiento mismo de la lucha no fomente impacencias destructoras; que el espíritu de transacción y de componenda no viole la levantada intransigencia; que la derrota o la decepción no paraliquen, sino instiguen;

que el simple apetito no se mezcle con nuestros propósitos, que si falta un responsable haya muchos otros para sustituirlo; que estén siempre abiertos los caminos para enmendar errores y destacar hombres nuevos y nuevas aptitudes; que las diferencias secundarias sean superadas por el empeño mayor; que no tuerza su destino, que no pierda su torno, que mantenga siempre su sobria intrepidez y su convicción; todo esto resulta en que merezca siempre esta organización el nombre (Acción Nacional) con que bautizo nuestro deseo de crear una nación de hombres libres, de lograr, por la acción decidida y por el pensamiento claro, una Patria ordenada y generosa y una vida decorosa y libre para todos”.

**Conferencia del autor impartida en la ciudad de San Luis Potosí. Transcripción.*

Bibliografía

- Krauze, Enrique. Caudillos intelectuales de la Revolución Mexicana, Siglo XXI, México, 1979.*
Gómez Morán, Manuel. Diez años de México, Jus, México, 1950.
Gómez Morán, Manuel. La nación y el régimen, Ed. Acción Nacional, México.
González Luna, Efraín. El hombre y el Estado, Ed. Acción Nacional, México.

PANTALONES Y CALZONCILLOS

Cualquier diccionario de citas incluye una burrada de páginas donde cabe la entrada “amistad”. Encontraremos ahí frases y oraciones de Aristóteles, Platón, Cicerón, Alfonso el Sabio, Bacon, Cervantes, Emerson, Kipling, Leonardo, Napoleón, Ortega y Gasset, Séneca, Vives, Voltaire y el inevitable Oscar Wilde. Tal vez me quede con una definición entre tantísimas: la de Albert Camus, quien escribió que aquella “es la ciencia de los hombres libres”. Y no dejo de repetir, cada vez que tengo oportunidad, una reflexión en torno del mismo asunto que, si mal no recuerdo, es obra de Sócrates: no hay que confundir al cómplice con el enemigo, ya que sólo son genuinamente amistosos el sentimiento y la relación que se da entre quienes buscan juntos el bien, la verdad y la belleza. Los ladrones y los mafiosos no son amigos: por eso mueren de mal modo a manos de sus cómplices cuando “saben demasiado”.

Retornó a mi mente el tema de la amistad ahora que, tras las elecciones del 2 de julio, recibí algunas llamadas telefónicas y unas cuantas invitaciones a conversar, de parte de personas que necesitaban hablar de su derrota para consolarse y recuperar el buen humor, y también de otras que requerían generosamente de interlocutor con quien compartir el gozo de la victoria y las evocaciones de la lucha. También hablé o, mejor escrito, escuché, a viejos entrañables que me recordaron a los abuelos de la democracia política mexicana: a los que hace más de sesenta años creyeron y esperaron –activamente, abnegadamente y a veces solitariamente– en un lejano día, el cambio de gobierno sin derramamiento de sangre.

Mientras escuchaba a alguno de estos amables o dolientes contertulios, recordé las fotografías de mis compañeros de preparatoria, allá por los años 60. Posábamos a veces con corbatas delgadas como hilos o anchas como baberos, con camisas de cuello mínimo o máximo, con pantalones ajustados "Lee" o acampanados cual de marineros, botones de la bragueta por fuera. Pensé que en ninguna de tales láminas aparecía alguno de nosotros en calzoncillos y llegué a una conclusión: de los tiempos de juventud a los de adultez, esas tersas prendas íntimas no habían variado, en tanto que los atuendos exteriores sí. La diosa moda imperaba e impera efímera sobre camisas, corbatas y pantalones, pero no sobre camisetitas y calzoncillos, eternos compañeros tan invisibles cuanto inmutables. Me sorprendí a mí mismo concluyendo –para algo sirve la experiencia– que uno puede andar cómodamente en calzoncillos y sin pantalones, pero no con pantalones y sin calzoncillos.

En efecto, uno camina sin temor a vaivenes tan realmente pudendos como potencialmente dolorosos en calzoncillos y sin pantalones. Gracias al *boxer* o a la trusa, cualquier varón se previene de rozaduras que pueden llegar a ser sangrientas. El pantalón a raíz, en cambio, somete a su usuario al riesgo de agitaciones que baldan y a fricciones que queman. Primera conclusión: es posible y hasta delicioso andar en los puros chones, pero no empantalonado y sin calzoncillos. Esto sólo es válido en medios urbanos y socioeconómicamente acomodados, pero puedo consolarme de lo restringido de mi resultado imaginando que la inmensa mayoría de mis escasos lectores pertenece a esos ámbitos, es decir, se trata de personas que usan calzoncillos y que, por tanto, me entienden.

Las añejas fotografías me condujeron a otra reflexión: ¿qué bien nos sentíamos, qué elegantes y qué al "último grito" con aquellos pantalones "de campana", que ahora nos parecen tan estrafalarios y de mal gusto! O con las corbatas "vaqueras" –fleco de cuero sujetado con alguna cabeza metálica de toro– que a estas alturas se nos antojan grotescas y extravagantes, o con aquellos manteles hechos nudos al cuello, voluminosos como pelotas de béisbol que, en tiempos regidos por Ermenegildo Zegna y para ojos amaestrados por Giorgio Armani, lucen ridículamente estrambóticos.

Segunda conclusión: hay amigos de moda y no necesariamente son malos. Uno mismo puede serlo y también puede tener amigos así. Son amigos, es cierto, pero la amistad de ellos hacia uno, o de uno hacia ellos, tiene que ver con circunstancias tan fortuitas como transitorias. Cuando los recordamos, sabemos que estuvimos a gusto y hasta satisfechos de ellos y con ellos, o que confiamos acertadamente en ellos. A la distancia, empero, se nos antojan excepciones que durante algún tiempo nos parecieron reglas, o elegancias disfrutadas que se diluyeron. En síntesis, pantalones rectos que dejaron su lugar a pantalones con pinzas, visibilidades tan gratas y fieles cuan solubles. Fueron amigos y lo fueron en verdad y en serio. Contamos con ellos en las buenas y en las malas... durante cierto lapso. No renegamos –salvo traición– de ellos, pero quedan sólo en tanto que buenos recuerdos; pantalones que hoy no nos pondríamos.

En cambio, hay amigos que son como los calzoncillos: cercanos e invisibles, pero perennes e insustituibles. Sin éstos, cualquier pantalón nos pondría a la merced de ingratos bamboleos o de molestas escaldaduras. Sin tales amigos no podríamos saber que también somos, hemos sido o tenemos o tuvimos amigos cíclicos; consideraríamos repugnantes y odiosos a los que fueron moda para nosotros y nos sentiríamos abandonados y aborrecidos por quienes nos asumieron como amigos por un tiempo. Sin ellos, no sabríamos ni podríamos gozar fugitivamente de la amistad que fue y ya no es: nuestra memoria sería un cementerio de afectos envenenado por la ponzoña de los resentimientos. ¿Quién podría soportar el ridículo de su propia imagen con fugaz pantalón acampanado si no existieran los leales, silenciosos, imperturbables y protectores calzoncillos que evitaron ayer los malos tratos de aquél y lo salvaron de los imaginables amagos de los pantalones de hoy?

No hay razón, pues, para lamentarse ni para arrepentirse de haber tenido o haber sido un amigo-pantalón. Pero la verdad es que lo que salva y gratifica, es tener un austero y adecuado juego de amigos-calzoncillos y ser parte del guardarropa indetectable pero seguro y deshogado de los amigos-calzoncillos de otros.

Balzac escribió que las amistades duran poco cuando uno de los amigos se siente superior al otro. Quien quiera ser amigo, en consecuencia, debe tener la humildad incombustible del calzoncillo y evitar las presunciones destructibles del pantalón. Aristóteles, mucho antes, enseñó que cuando los hombres son amigos, no han de ser menester de justicia, pero añadió que aunque los hombres fuesen justos, necesitarían de la amistad. En lo dicho, pues: se puede bien y hasta cómoda y frescamente, andar en calzoncillos y sin pantalones, pero no sin pantalones y sin calzoncillos.

Claro que, en última instancia, uno puede elegir andar en cueros. Bajo su propio riesgo. Y sin culpar a nadie de las previsibles consecuencias personales, sociales, políticas y hasta policíacas de su libérrima y desprotegida desnudez.

A LOS CELOSOS Y QUERIDOS CORRECTORES DE *Nexos*: Alguno de ustedes hizo el favor de ¿rectificar? mi texto anterior, publicado en el No. 271. Yo había escrito –y lo que es peor, citando textualmente, entre comillas–: “... hacer comprender a la opinión que la libertad...” Ustedes, corrigiendo el último párrafo de mi artículo así “... hacer comprender a la opinión de que la libertad...”, se equivocaron. Por caridad, dejen los que consideren errores míos como estén; así los cargaré yo. No me constriñan a suscribir con mi firma los de ustedes... O hablenme para discutir de ortografía y sintaxis, que mucho me gusta. Gracias. C.C.P.

ALBERTO GIRONELLA OJEDA

Otros opinarán acerca de su pintura extraña, atormentada, centelleante y provocadora, inevitable centro de atención cuando alguno de sus cuadros formaba parte

de exposiciones colectivas. Muy poco, casi nada puedo decir al respecto: su Valle-Inclán, su Octavio Paz y su Lola Beltrán me fascinaron a primera vista cuando, en su refugio de Valle de Bravo, me hizo verlos entre interjecciones, bufidos, manotazos y monosílabos. Lo conocí gracias a Eulalio Ferrer, en Madrid, y a guisa de presentación me obsequió la novísima edición del *Tirano Banderas*, cuyas ilustraciones corrieron a cargo de sus pinceles, así como un tomo de las obras completas de Ramón Gómez de la Serna. Entablamos una confianza inmediata y una conversación larga y sabrosa. Llevaba el batín de mezclilla y sin mangas que era como su uniforme de faena y de gala. No cambió de atuendo ni para saludar al Rey de España.

Hosco, de dientes para afuera, afectuoso, magnánimo, impredecible, Alberto Gironella Ojeda –medio coterráneo por parte de madre– me regaló horas llenas de amistad y momentos plenos de solidaridad cuando advinó que más los necesitaba. Compartimos textos y glosas de textos con apetito común de omnívoros: Gómez de la Serna y Valle-Inclán, de rigor, más Nietzsche, Nin, Paz, Bergamín, Lorca, Buñuel, Unamuno, Junger, Rulfo... Me enviaba fotocopias de páginas con subrayados y con casi siempre indignados comentarios de su fuerte puño y su mala letra. Sólo uno, entre los muchos libros que miré con avidez entre los suyos, no me dio: el Diccionario Crítico Etimológico de Coraminas-Pascual. Conmigo y con mis dos hijos mayores –que frecuentemente me acompañaron a visitarlo– fue pródigo: cuadros, libros, folletos y chacharas inundaron nuestras manos cada vez que salimos de alguna de las tertulias cálidas, envinadas e ilustrativas sostenidas en torno de la destartalada y manchada mesa, junto a una disecada testa de burdel, bajo los aleros del corredor de aquella cueva luminosa, sobre poblada de objetos, papeles y recuerdos.

Además de las filias literarias ya elencadas, Gironella profesaba un cariño singular a una mujer joven, discípula y ama de llaves. Virginia. Ella –casada, madre– lo atendía con afecto de hija y devoción de seguidora. Cuidaba de la cava selectiva del maestro: caldos rojos españoles y tequila Corralejo; guisaba para él y sus huéspedes; pintaba acatando sus consejos; conseguía lo inconseguible; limpiaba y no ordenaba telas, tubos, metales ni papeles: quizá sólo ella sabía dónde hallar lo que él le pidiera en el desmesurado y laberíntico caos, hábitat del artista. Detestaba los atentados contra el Español –tenía siempre a mano el diccionario de la Real Academia– y, sobre la misma partitura, despoticaba contra políticos a su juicio ignaros –maldecía a Vicente Fox–, y clamaba contra falsos promotores oficiales del arte y la cultura, entre los que nunca dejaba de mencionar a Cuauhtémoc Cárdenas: una vez –me contó– tuvo que vender obra propia para cubrir los gastos de los invitados de aquél a un evento organizado por el gobierno de Michoacán, a quienes dejó colgados a última hora. Al respecto, citaba a Bergamín: “El tuerto podrá ser rey / cuando los ciegos impongan / la ceguera como ley.” Y me acosaba con una cita de Maritain: “Tu filósofo –se burlaba acerca del autor hispano– tiene la locura del cristiano y la locura del poeta”. Me llamaba por teléfono, enfurecido, para hacerme saber cuántas faltas de ortografía y de sintaxis perpetraba por día el diario *Reforma*: “Esta barbarie norteña, gringa y mercantilista me va a hacer un homenaje cuando me muera y seguramente va escribir mal hasta mi nombre”, pronosticaba rabioso, antes de rubricar estentóreo: “¡Mierda!”. Como el coronel

de García Márquez. Abominaba de todo el que maltratara o sólo soslayara a sus autores predilectos. No le perdonaba a Carlos Fuentes la omisión –no sé si real o imaginada– del nombre de Octavio Paz en un libro de literatura, ni a Elena Poniatowska el haber escrito sobre el Premio Nobel mexicano cuando era ya más que previsible el fallecimiento de éste. Con razón o sin ésta –no era posible siquiera discutirse– calificaba de mezquino al primero y a la segunda de oportunista, sin tolerar opinión en contra ni matiz alguno. Recordaba, goloso, la piel de Ofelia Medina, las redondeces de Madonna y la mirada de Ana Colchero; evocaba con entusiasmado deleite, vivos los ojos, el florecer de las aceras de Londres en honor de la princesa muerta, Diana, y aseguraba que había dejado por allí una imagen –pintada por él– de la Virgen de Guadalupe. Juraba que su mamá y su hermana eran las mejores cocineras yucatecas del mundo. Ostentaba catalanidad y execraba al catalinismo. Parado frente a sus lienzos, paleta y brocha en mano, adoptaba posición y actitud de embestir. Quería a Zapata, a Vasconcelos, a Sor Juana, a Marcos, a Cernuda; a los tigres de Bengala, a las latas vacías de aceite de oliva, a los jamones serranos, a las corcholatas, a la cecina y a las quesadillas. Rezaba poemas de Bergamín. El último libro que me pidió fue una biografía de San Pablo. Lo vi –sin imaginar que sería la vez postrera– en el hospital. Acababan de diagnosticarle el cáncer que acabó con su cuerpo. Estaba flaco y pálido, pero aún con mal humor, energías y voz suficientes para regañar a su hijo Emiliano por no haberle acomodado bien las almohadas, causa –según él– de que hubiera resbalado del sillón. Me dijo que no se sometería a tratamientos que le mermaran minuto alguno de vida, que no iba a suicidarse, que no permitiría que le cambiaran la sangre ni que lo embrutecieran con fármacos y radiaciones; que volvería a su guarida al día siguiente, que bebería sus alcoholes preferidos hasta el final, que pintaría tanto cuanto se le permitieran sus fuerzas, que ya no soportaba la cama, que conservara yo como un tesoro la pequeña imagen de Ignacio de Loyola –óleo sobre metal, obsequio suyo– que un día me dio como tributo a mi “mochería”, que me debía un retrato, que su único padre era Dios y que no le llamara: él lo haría cuando se sintiera mejor y luego repetiríamos las tertulias sabatinas de Valle de Bravo.

No me llamó. No lo llamé. Virginia me dio la noticia de su muerte, con la voz astillada y el aliento intermitente: “¡Murió –me dijo– entre flores y libros, bajo un crucifijo. Se fue Gironella”. Sólo pude ir, ya con el peso de la sombra a cuestas, a *Duendecitos* y *Coplas*, uno de tantos libros que Alberto mandó transitar de sus anaqueles o de sus alteros a los míos. Allí me enteré de que: “el tiempo quiere perderte / cuando te quita la vida / no es para darte la muerte.”

Por eso estoy seguro de que, tarde o temprano, en un tiempo ya sin sábados y en un valle ya sin lágrimas, reanudaremos las tertulias. Como siempre. Como nunca.

DOS LIBROS INTERESANTES

Como lo informó *Proceso*, Viviane Forrester acaba de publicar, bajo los auspicios de la casa Fayard, un libro en el que desarrolla, amplía y completamente la línea de

reflexión crítica que comenzó con su obra anterior, un indudable *bestseller* —titulado “El horror económico”—, editado en francés allá por el otoño de 1996 y luego en español por el Fondo de Cultura Económica. Su nueva producción, recentísima, se llama *Une étrange dictature* (Una extraña dictadura) y aborda, con justificada indignación, las injusticias sociales que corroen de manera masiva a las sociedades contemporáneas. Lo hace con el mismo brío que en su libro precedente. Con pareja perspicacia y análogo buen escribir. Con el mismo ímpetu condenatorio del fenómeno de la globalización que la convirtió en una especie de Juana de Arco en liza contra el invasor perverso y herético, aunque su destino laico fue el pedestal de la fama y no el de las llamas de la hoguera en que se consumió la Doncella de Orleans.

De algún modo, a los críticos del neoliberalismo les va mejor que a los de su enemigo, el vétersocialismo real: para éstos había paredón, cárcel, exilio, ostracismo, amordazamiento editorial o asilo psiquiátrico, según el humor del jefe en turno; para aquéllos hay ediciones, entrevistas, derechos de autor, regalías, cátedras, premios variopintos, doctorados *honoris causa* y a veces hasta curules, ministerios, becas o embajadas. Lo saben los críticos mexicanos del “sistema” que han recibido y reciben becas para estudiar en universidades de su odiado mundo neoliberal, cobran en globales dólares y gozan de otros privilegios análogos.

Volviendo a la autora francesa, debo reconocer que su primer libro no sólo me gustó, sino que me sedujo. Lo leí de un tirón y disfruté de él como seguramente otros cientos de miles de lectores preocupados y ocupados por los problemas e injusticias que suscita el fenómeno de la globalización. Pasada la euforia inicial y gracias a un lúcido socialista de la misma nacionalidad que la señora Forrester, entendí los límites racionales de aquella inflamada catilinaria según la cual el trabajo estaba en vías de extinción en virtud de los avances de la electrónica y, en consecuencia, estaríamos entrando en un mundo capitalista virtual, de la ganancia pura y sin salarios.

Me refiero a Jacques Julliard, quien comparte la crítica a los efectos nocivos de la globalización y profesa convicciones claramente socialistas. Leerlo me hizo notar que es inimaginable un capitalismo en el que no hubiese trabajo, ni plusvalía, ni salarios, ni distribución de la riqueza que se produce y, por tanto, sin consumidores. Es que por definición, se trata de un sistema de mercado y no de trueque simple, ni de elemental subsistencia. De la seducción pasé a la convicción de que la requisitoria de la autora era cordialmente aceptable y justificada, pero racionalmente errónea y prácticamente infecunda.

El nuevo libro repite el método y el tono del viejo. Es una crítica entusiasta y generosa basada en un análisis erróneo, como lo demuestran afirmaciones tan absurdas como la de que las empresas ya no dependen de los consumidores, precisamente cuando la pérdida de éstos acaba con aquéllas, aquí y en China. O la aseveración de que los únicos verdaderos beneficios para una sociedad son los quebrantos (déficit) públicos, como si las arcas del Estado pudieran contar con recursos sin límite y como si tales quebrantos no hubiesen llevado a la pobreza y hasta a la miseria a millones de personas

que creyeron en el barril sin fondo de los tesoros estatales. Si fuese cierto que el déficit estatal es el único bien social verdadero... ¿por qué cobrar impuestos y no mantener a los Estados en bancarrota perpetua tan beneficiosa? Y, entonces, ¿cuál podría ser la política social, favorable a los pobres que se quiere defender, si las faltriqueras públicas quedaran totalmente vacías? Si tal cosa sucediese, no tendríamos "la extraña dictadura" que denuncia la señora Forrester, sino la muy conocida dictadura a la que conduce la desesperación y la rabia de los desprotegidos, frecuentemente encabezados por un demagogo y primero sostenidos, y más tarde reprimidos, por un grupo armado.

Ni quien ponga en duda la bondad de la autora. Pero, como decía un viejo sacerdote sabio, en las cosas de la economía y la política hay que usar la cabeza y no ser "guadalupanos", es decir, –comentaba con humos–, "vírgenes en el entendimiento y madres en la voluntad".

Otro libro, éste del brillante polemista Jean-Francois Revel, acaba de aparecer en anaqueles. Se llama *La grande Parade (El gran desfile)* y viene de una atalaya ubicada en el punto opuesto al que se encuentra la de Viviane Forrester. Lo edita Plon. Revel es un liberal de talento innegable que, además, tuvo el mérito de criticar y denunciar las barbaries y trampas del totalitarismo de inspiración marxista cuando sus colegas académicos guardaban al respecto, con excepciones como la de Octavio Paz o Cornelius Castoriadis, un piadoso, complaciente y cómplice silencio que luego fue su vergüenza.

Revel describe esa gran parada. Nos dice que los izquierdosos de toda laya –que abandonaron las filas bien regimentadas de sus Partidos, sectas y grupúsculos a la caída del muro de Berlín– andan ahora metidos por todas partes y en trance de reconstruir su perdido poder. Los encuentra en diarios, revistas, emisoras de radio, canales de televisión, empresas editoriales y otras antenas, organizando y promoviendo el regreso de los demonios de ayer, reconstruyendo las legiones diezmadas e impulsando la resistencia a los avances de la democracia y la libertad. Son los camuflados y malévolos fabricantes de la amnesia en relación con los crímenes del comunismo y al mismo tiempo, los divulgadores de todo lo que ayude a no olvidar los crímenes nazis, fascistas o semejantes.

Como a la señora Forrester, al señor Revel no se le puede negar algo de razón. Bastaría ver el concierto montado en torno del Consejo General de Huelga, la "represión" o los "presos políticos" para darse cuenta que algo hay en el mundo real de lo que el escritor francés nos dice. O, si aquello no es suficiente, leer las proclamas de esos huelguistas y los ecos que producen en ciertos medios de información, entre algunos "intelectuales" y variopintos, repetidores de consignas leninistas, maoístas, polpotianas o guevaristas que, hay que decirlo, suelen hacer suyas las filípicas antineoliberales y antiglobalizadoras de la señora Forrester.

Pero, a fuerza de sinceridad, habría que reconocer cuánto hicieron no pocos socialistas para lograr el derrumbe del comunismo; cuánto arriesgaron y sufrieron nume-

rosos hombres y mujeres de izquierda para democratizar a sus propios colegas y cuán lejos han llegado en reconocimiento y apoyo al sistema democrático y al Estado de Derecho tantas personas que, ayer, los rechazaban como “formalidades” sin contenido o los sostenían sólo para poder luego demolerlos. Si hoy, en las democracias de diversa calidad que hay en el mundo, estos hombres y estas mujeres mantienen tercamente sus exigencias de justicia, no es para volverse al pasado, sino para hacer posible el futuro de la democracia misma que moriría de dictadura, si como decía sabiamente Adam Smith, “la mayoría no es feliz”.

Las dos obras, empero, nos remiten a una realidad incontestable: la de una sociedad —en este caso la francesa— cuyo Estado no sólo tolera sino protege la libertad de opinar y de escribir. O, dicho de otro modo, en la que hablar de dictaduras extrañas o de grandes desfiles no entraña represión ni silenciamiento autoritarios; en la que nadie pretende que la autoridad defina al hombre, sino que evite que quienes tienen ideas diversas y hasta contrarias acerca de éste se maten; en la que no hay quien sueñe con acabar con los conflictos, sino en contar con los instrumentos para productivizarlos a favor del conjunto. Ni la globalización es un monstruo que encarna el mal absoluto frente al cual hay que hacerla de San Jorge, ni los reclamos de justicia son la resurrección programada del sistema totalitario y hay que erigirse en arcángeles para purificarla de “criptocomunistas”. Hay modo de humanizar aquel proceso y hay izquierda realmente democrática. Ya basta de inventar demonios y querubines. Lo que hacemos mal los hombres, podemos corregirlo los hombres.

marzo-abril 2000

ESTA ES TU CASA, TIENES LA PALABRA*

La Revolución Mexicana, qué duda cabe, es el suceso mayor de nuestra historia contemporánea. No sólo por sus dimensiones política, militar y social; también por su vigor y fecundidad cultural.

“En la desazón de un régimen político que agonizaba, —escribió en 1927 Manuel Gómez Morín, buscando el significado profundo de lo que vivió en 1915—, un pequeño grupo inició formalmente la rebelión contra las doctrinas que entonces y desde hacía tiempo eran verdad obligatoria en México”. Se refería al Ateneo de la Juventud y a los hombres y nombres vinculados a éste: Vasconcelos, Caso, Henríquez Ureña, Acevedo, González Martínez, Saturnino Herrán y López Velarde.

De este último, zacatecano, autor entre otros poemas del muy conocido “Suave Patria”, Gómez Morín nos dice que entonces, “cantaba un México que todos ignorábamos viviendo en él”. Oigamos la descripción gómezmoriniana de esos tiempos:

“El aislamiento forzado en que estaba la República por el curso de la lucha mili-

tar, favoreció la manifestación de un sentido de autonomía. Poco podíamos recibir del extranjero... tuvimos que buscar en nosotros mismos un medio de satisfacer nuestras necesidades de cuerpo y alma... y con optimista estupor nos dimos cuenta de insospechadas verdades. Existía México. México como país con capacidades, con aspiración, con vida, con problemas propios. No sólo era esto una fortuita acumulación humana venida de fuera a explotar ciertas riquezas o a mirar ciertas curiosidades.”

No era nada más una transitoria o permanente radicación geográfica del cuerpo estando el espíritu domiciliado en el exterior. Y los indios y los mestizos y los criollos, eran realidades vivas, hombres con todos los atributos humanos. El indio, no mero material de guerra y de trabajo, ni el criollo producto de desecho social de otros países, ni el mestizo, fruto ocasional con filiación inconfesable, de uniones orgánicas entre extranjeros superiores y nativos sin alma. ¡Existían México y los mexicanos! Y añade:

“La política colonial del porfirismo nos había hecho olvidar esta verdad elemental. ¡Y qué riqueza de emociones, de tanteos, de esperanzas nacieron de este descubrimiento!... Del caos de aquel año –Gómez Morín se refiere al de 1915– nació la Revolución. Del caos de aquel año nació un nuevo México, una idea nueva de México y un nuevo valor de la inteligencia en la vida...”

Tempranera, como todas las revoluciones, la mexicana alumbró a sus novelistas. Apenas brotaba 1916 cuando Mariano Azuela, en *Los de abajo*, expresaba ya la desilusión por los errores de aquélla, se alejaba de ella, la miraba tristemente y no podía ir más allá de declararla “hermosa aún en su barbarie”. Gómez Morín no hizo novelas, pero el ensayo *1915* al que nos referimos antes, fue vivido ese mismo año y escrito en el 27, uno antes de que naciera Carlos Fuentes y de que Martín Luis Guzmán publicara *El águila y la serpiente*.

En esta obra, su autor pinta cuadros memorables acerca de la arbitrariedad, la falta de cultura, de patriotismo y de respeto por la vida humana; el caciquismo, la vesania, la pasividad y la indiferencia de los generales revolucionarios e incluso del pueblo mismo. La Revolución no era sólo engarce de nobles anhelos.

En 1928 fue asesinado Obregón, nació Carlos Fuentes y vio la luz *La sombra del caudillo*, también de Martín Luis Guzmán. Algunos críticos no han visto en esta obra ningún personaje noble y sí un fatalismo terrible y pesimista vinculado a las conspiraciones, las intrigas, la violencia, el pistolero, las bajezas, las ignominias, los abusos, las infamias, los vicios, las crueldades, el cinismo y las traiciones entre caudillos de la Revolución; la serpiente podía ganar la batalla al águila.

Carlos Fuentes se inscribe brillantemente entre los novelistas señores de la Revolución Mexicana; de los que la han medido no en términos de corridos, sino de dolores no evitados y sufrimientos creados. Hace unos días, me decía que la novela no puede ser “celebratoria” como la que, a destajo, canta las glorias del poder, por

bueno que éste sea. Y críticas han sido *La región más transparente* y *La muerte de Artemio Cruz*, escritas cuando los gérmenes que descubrieron sus predecesores en la escritura ya corroían visiblemente a los regímenes revolucionarios que nos habían hecho transitar, como él lo dijo, “de Quetzalcóatl a pepsicóatl”, por un camino de hipocresía que se concentra en lo que podríamos llamar la Revolución Urbanizada, lejana del campo y convertida en ciudad deforme e inhóspita, territorio de conciencias buenas en el que todos los gatos son pardos, algunos sacerdotes se atreven a ser comprensivos, la riqueza se exhibe en el desparpajo de triunfadores que traicionaron todo, los amores se envenenan y a veces cuajan y la Disneylandia de la voracidad pudiente está cercada por los alambres de púas que la desnudan y la muestran como un Dachau del espíritu.

Fuentes viaja hacia sótanos en los que el agua, soñada y deseada como alimento y como purificación, se pudre, reblandece paredes, deforma monumentos, alimenta ratas y siembra todo tipo de delicuescencias; a las catacumbas sin dioses en las que el crimen sustituye al mérito. Luego asciende en busca de luz y la encuentra en el reconocimiento y la apertura a los otros, a los demás, sobre todo a los que negamos como nuestro y un día descubrimos que son *terra nostra*, espejos enterrados en los que podemos vernos. Se trata de una obra que explora los límites de cuanto toca y que, en consecuencia, aborda con seriedad el misterio de la existencia humana sin detenerse en los confines que asigna a ésta el racionalismo de la modernidad ilustrada; ésa que, desde el optimismo iluminado del siglo XVIII, llevó a los hombres del siglo XX a la barbarie de los totalitarismos, los campos de concentración y el consumismo desenfrenado y soez. Sospecha Fuentes, sistemáticamente, de esa modernidad desarraigada, vulgar, excéntrica y sin trascendencia, manteniendo su distancia y su rechazo al absolutismo religioso. Tenemos hoy, en Mérida, el privilegio de la presencia de Carlos Fuentes. Un mexicano de Panamá, de Santiago de Chile, de Buenos Aires y de Río de Janeiro; del Veracruz montañoso y la Sinaloa costeña por sus padres; de la vetusta colonia Roma por su infancia; de Washington y de Ginebra por su adolescencia y su juventud; de México, Nueva York, Londres, París y Madrid, por su adulta madurez siempre en construcción y siempre en crítica. Lo recibimos con respeto y cariño, con admiración y gratitud, ya reconciliado en el occidente hispánico y sus elementos árabe, judío, católico, griego y romano; con ese monasterio de El Escorial que es para él “novela en piedra”; continuando entre las piedras de Yucatán la búsqueda de los puntos en que se anudan la modernidad, la tradición, la cultura y la política para México, la “indioafroiberoamérica” y el mundo de hoy; nos lo encontramos gambusino de viejas piedras nuevas, para edificar nuevas viejas novelas.

**Texto abreviado de la presentación y bienvenida a Carlos Fuentes el jueves 10 de febrero, en Mérida, en ocasión de su conferencia magistral “Tradición, cultura y política”, impartida en el marco de los actos con que el Ayuntamiento celebra la elección de esa ciudad como “Capital Americana de la Cultura” para el año 2000.*

OCTAVIO PAZ: ITINERARIO RELIGIOSO

Recién cumplidos los 84 años de edad, falleció en la ciudad de México —el domingo 19 de abril— Octavio Paz, poeta y ensayista, Premio Nobel de Literatura. En 1968, el escritor renunció a su cargo de embajador en la India para protestar contra la matanza del 2 de octubre en Tlatelolco. En 1986, Paz encabezó la lista de los pocos intelectuales mexicanos que alzaron sus voces contra el despojo perpetrado en perjuicio de Francisco Barrio, el PAN y el pueblo de Chihuahua, mientras ciertos sectores de la “izquierda” y no pocos priístas, pedían al gobierno el “fraude electoral patriótico” (entre los peticionarios estuvieron cuando menos dos de los diputados federales actuales del PRD: Pablo Gómez y Porfirio Muñoz Ledo). Desde entonces y hasta el desplome de los regímenes del llamado “socialismo real”, Paz denunció las patrañas de aquéllos y las de sus acólitos mexicanos y latinoamericanos, lo que le valió ser quemado en efígie frente a la embajada norteamericana en México, por haber hablado de las tropelías de los sandinistas en Nicaragua. Hombre libre y poeta inmenso, Paz fue un demócrata convencido. En ocasión de su muerte, la revista *Proceso* pidió al director de *Palabra* el artículo que aquí reproducimos en homenaje al escritor, al poeta, al demócrata, al mexicano, más allá de aquellas ideas, interpretaciones históricas y actitudes políticas que en algunos casos no compartimos con él. Descanse en paz.

¿Es posible hablar o escribir de un itinerario religioso de Octavio Paz? *Proceso* me planteó la pregunta. Yo creo poder probar que sí es posible. Lo intentaré a partir de las respuestas del poeta a las interrogantes que yo mismo pude plantearle al respecto y que, por generosa decisión suya, constan en el libro *Pequeña crónica de grandes días*, editado en 1990 por el Fondo de Cultura Económica (pp. 153-160) bajo el título “Alguien me deletrea”.

Itinerario es camino. Y Octavio Paz comenzó su vida en la pila del bautismo. “Iba a misa”, dijo, y su infancia tuvo como espacio religioso la parroquia de Mixcoac, en la capital de la República.

La experiencia del niño emergió muchos años después durante una visita a Goa, enclave lusoparlante y católico en la India, cuando el poeta entró “en la vieja catedral” donde un sacerdote portugués celebraba la eucaristía. Allí, “en el centro de una civilización que no era la mía —narró Paz— sentí la presencia de eso que han dado en llamar otredad”. Paz llamó a eso “mi identidad histórica”. De inmediato precisó: “No soy creyente, pero dialogo con esa parte de mí mismo que es más que el hombre que soy porque está abierta al infinito”. Luego explicó: “Las respuestas filosóficas son insuficientes”. Y, después de describir el “fervor y la fe en algunos ateísmos”, se definió: “Soy escéptico”. Unos días antes, cuando le solicité la entrevista, me había dicho: “Soy pagano”. Finalmente, a la pregunta en torno de si se sentía hombre de fe, hombre de religión u hombre de iglesia, respondió: “No lo sé. Mentiría si digo que lo sé. Yo sigo buscando. Alguien me deletrea...”

Por tanto, no es absurdo ni imaginario afirmar que sí hay un itinerario religioso de Octavio Paz. Va de las prácticas piadosas infantiles, presumiblemente típicas del mexicano común de su tiempo, a una búsqueda impregnada de un sentimiento que tal vez pueda merecer el nombre de nostalgia. Late en las palabras que le escuché y transcribí —corregidas por él mismo— una disposición intelectual y anímica a encontrar algo que se le presenta como “alguien”, es decir, como un ser personal capaz de pronunciar el nombre y el ser mismo de Octavio letra por letra; una certeza, o cuando menos la sospecha razonablemente fundada de la existencia de un “alguien” que lo deletrea a él, poeta maduro, que entre las muchas cosas que sabe que es incluye ésta: “... soy escritura”.

¿Cuáles son los puntos intermedios de este camino?

El mismo Paz los sugirió, no sin algo de contradictorio en sus expresiones. Por una parte, habló de su “rebelión juvenil” contra un cristianismo que identificó entonces con “el orden y la burguesía”, es decir, con “la modernidad”, aunque al mismo tiempo lo calificaba de “poco moderno” y por eso mismo criticable e incluso inadmisibles. Al señalarle la incompatibilidad entre esas dos afirmaciones, con gran honestidad Paz la aceptó —“tiene usted razón”, dijo— y trató de aclarar: “... mi rebelión fue contra la institución. ... eran los años en que la Iglesia de España estaba muy cerca de Franco”. Más adelante abundó: “... fue contra una estructura jerárquica y contra una administración”. En busca de él mismo, también manifestó: “En lo esencial, en lo íntimo, estoy más cerca de Pelagio que de San Agustín y más cerca de Molina que de Pascal”.

Octavio Paz no ignoraba que Pelagio negó la necesidad de la gracia divina y que identificó a ésta con la libertad humana, nuestra libertad; a los ojos de aquel teólogo del siglo IV, es la gracia misma y garantiza en términos generales que los actos libremente resulten actos buenos, inevitablemente buenos por libres. El mundo de Pelagio es el de la libertad, que no requiere auxilio exterior. Molina, por su parte, trató de salvar tanto la libertad como la gracia postulando la “ciencia media” de Dios, que conoce las circunstancias futuras del hombre y le concede a éste lo que necesitará para actuar bien en uso de su libertad. Como puede verse, el tema capital de Paz en relación con la religión tiene que ver con la libertad. Tan es así, que no dudó en afirmar que la gran herejía del siglo XX consiste en haber puesto a la historia, en tanto que razón fatal, inescapable, en el lugar de Dios y, de este modo, en divinizar a los hombres que son “criaturas mortales y falibles”, cuya acción en el tiempo “es imperfección, fracaso y crimen por ser la obra de seres imperfectos: nosotros mismos”. La historia, aseguró Octavio Paz, “es perdición” y esto —opinó— debe entenderlo cualquiera que se diga cristiano.

Le objeté que, para el cristiano, la historia es salvación, incluso porque ¿cómo podría ser perdición si se comparten las tesis pelagianas, según las cuales los actos libres son buenos por ser tales; si la libertad es gracia divina, si no hay pecado original que pueda desvirtuar o desviar a la libertad? Puesto ante tal contradicción, Paz abandonó entonces a Pelagio y matizó: “la historia es valle de lágrimas, es el tiempo de la prueba, el lugar de la prueba”. Sin embargo, cualquier prueba parece difícil de superar con

la sola libertad. Esto, en Paz, se sigue de su afirmación acerca de que nuestro siglo convirtió, errónea y hasta criminalmente, en Dios, a una historia construida por seres humanos tan libres como imperfectos. La historia no es Dios; el hombre no es Dios; la libertad no es Dios; parece decirnos Paz. Esto me mueve a concluir que, más que a un ateo encontramos en este poeta a un “teólogo negativo”. En efecto, este tipo de teólogo, al rechazar la divinización de todo lo que no es ni puede ser Dios, purifica—incluso sin decirlo, y tal vez sin quererlo, en medio de expresiones contradictorias— el concepto mismo de Dios. Paz podría ser calificado de hereje, pero no de apóstata.

Además, su propia experiencia sensorial, reflexiva y poética lo hizo descubrir una vacuidad “que no es nada” y lo hizo pensar “una realidad que está antes del ser y del no ser”, inidentificable con las criaturas y con las creaciones relativas de éstas. Es el ser que ha sido llamado absolutamente otro, inefable o innombrable por las teologías negativa y mística, a la manera de la del medieval maestro Eckhart, quien, como se recordará, fue procesado precisamente por herejía. Se le pudo decir que erraba en cuanto al contenido de su fe, pero no que no creía.

No se detuvo el poeta en las afirmaciones precedentes. Fue más allá: “Tal vez ese puede ser el que me deletrea. Pero de él no podemos decir nada...”. Sin embargo, se refirió inmediatamente al hecho de que en la historia son muy “parlanchines” los que como él piensan así de Dios. “Por ejemplo, los místicos”, recordó. En efecto, desde Eckhart y Catalina de Siena, e incluso hasta la fecha, aquéllos han solicitado ser tachados de herejes, pero no juzgados por apostasía ni por ateísmo. Vamos, ni siquiera han sido catalogados entre los agnósticos, es decir, entre quienes niegan la posibilidad de conocer a Dios, puesto que lo único que aseguran es que no es posible nombrarlo o decir algo de él. Quizá por eso Paz se dijo “pagano” y “escéptico”, pero no ateo.

En este mismo sentido, sus objeciones a la Iglesia y a la religión no son religiosas. Se trata de reacciones frente a la ubicación política de la jerarquía católica española en tiempos del franquismo; frente a la organización general de la Iglesia Católica y frente a los constreñimientos que a veces pone ésta al ejercicio de la libertad y de la crítica. Por encima y por debajo de estas objeciones, vibra el sentir profundo, íntimo de Paz, en relación con la insuficiencia de la razón para dar cuenta de la plena realidad humana; luce su apertura a la “otredad”; se hace patente su reconocimiento de esa parte del hombre abierta a lo infinito. En ocasiones, afirma que la decepción que le generaron la “administración” y la “jerarquía”, tanto en el caso del catolicismo como en el del marxismo, sólo pudo compensarla con la poesía. Sin embargo, definiéndose él mismo como texto, como escritura, lanzó sin titubeos su formidable confesión: la de saberse vinculado con algo trascendente a esa escritura en la que —sobre las huellas de Rimbaud— buscó la salvación y el cambio de vida: “Alguien me deletrea”.

“Yo sigo buscando”, aseguró Octavio. Y murió en ruta de búsqueda.

Hoy —estoy cierto—, aunque aún no pudiese pronunciarlo, ya conoce el nombre de quien lo deletreó desde toda la eternidad. Aquí, en la parte de su tiempo que fue

también nuestra, Octavio Paz nos sumergió a todos en la palabra. Allá, en ese tiempo de todos que es la eternidad, nos aguarda –así lo espero– en la plenitud amorosa y misericorde del Verbo, del *Logos*.

Por mucho que no le gustara San Agustín, fue este africano, converso y torturado, quien describió por anticipado el itinerario religioso de Octavio Paz: “No me buscarías si no me hubieses ya encontrado”.

Revista Palabra No. 44, México, 1998.

IV

 EPÍLOGO 

La idea de reunir bajo un mismo título los textos, artículos, discursos y ensayos que conforman este libro, tuvo su origen el 12 de septiembre de 2000, a partir de una plática entre Julieta López vda. de Castillo Peraza y Jesús Galván Muñoz. De entonces a la fecha, diversos amigos, familiares y allegados a Carlos Castillo Peraza dieron a este proyecto un poco de sí, en una labor que ha requerido más tiempo del que en un principio se supuso, aunque no por ello el resultado sea menos confortante. El congregarse con motivo de investigar, seleccionar, descartar e ir dando forma a la compilación de uno de los pensamientos políticos, sociales y humanos más sobresalientes del México moderno, ha sido posible gracias al apoyo de quienes dedicaron un espacio de su tiempo a esta labor, cuya primera fase comenzó en octubre de aquel año. El equipo de esta antología, en un principio, quedó integrado por Alberto y Federico Ling Altamirano, encargados de compilar las ponencias y discursos más relevantes de Carlos en el Partido Acción Nacional y ante el Congreso de la Unión; Salvador Reding y Carlos Castillo López hicieron lo propio con las publicaciones más recientes (*Revista Nexos*; periódico *El Universal*; semanario *Proceso*). El acomodo y la edición de lo reunido fue responsabilidad de Guadalupe Chávez y de Patricia Paz de Moreno, todo bajo la coordinación y supervisión de Julieta, quien además tuvo a su cargo los testimonios *post mortem*. Tal capítulo fue añadido luego de recibir una carta de pésame de Hans y Fydes Weiss, pero fue descartado a finales de 2001 debido a que el número de muestras de cariño y recuerdo luego de la muerte de Carlos Castillo Peraza excedían el espacio que este libro pudiese abarcar.

A finales de noviembre de 2001, el Dr. Ricardo Arias Calderón y su esposa Teresita Yañiz de Artas, se incorporaron al equipo realizando extractos de tres de los libros de Castillo Peraza. Por esas fechas, Héctor Aguilar Camín aporta orientaciones e ideas y comienza una amplia búsqueda a través de archivos y bibliotecas con el fin de reunir la mayor cantidad de textos dispersos. En esta labor participaron Jorge Juan Jiménez López (*Revista Logos*, Universidad La Salle), Julio E. Castillo González (*El Diario de Yucatán*, fotografías), Carlos Martín Gutiérrez (participaciones en el Congreso), Felipe Duarte Olvera (discurso durante la campaña de 1997), Alberto José Jiménez López (*Revista Palabra*) y Silvino Silva (*Revista La Nación*). Una vez compilado el mayor material posible, la Dra. Angelina Cué revisó la parte legal y Jesús Silva-Herzog Márquez supervisó y contribuyó en el ordenamiento y en la distribución final de los capítulos y los textos.

Queda así esta antología que no sólo era un deber hacia el lector, sino una responsabilidad para quienes nos hemos visto involucrados en la recopilación de sus páginas. El camino ha sido largo pero siempre reconfortante; fue y sigue siendo una oportunidad de sumergirse en el ideario de una obra que desde el pasado —su presente— miraba al futuro, lo definía, lo explicaba y que poco a poco, contribuyó a darle la forma al México de hoy; al país que transita por los intrincados caminos de la democracia. Fueron muchos los que aportaron su tiempo y su actuar por ver esta recopilación hecha libro; a todos ellos, el agradecimiento que no se llena con palabras. Asimismo, una disculpa a quienes debieron ser mencionados y por azares de la prisa y la memoria fueron omitidos. ... Más allá de recuerdos y olvidos, queda el pensamiento, la voz y el testimonio de Carlos Castillo Peraza.

Carlos Castillo López

V

❁ NOMBRES PROPIOS POR CAPÍTULO ❁

I. CRÍTICA AL PODER

MÁS ALLÁ DE LA POLÍTICA LABERÍNTICA: PRI, Octavio Paz, PAN, PRD, Zapata, Villa, Carranza, México, León Felipe, Hegel.

EL PABELLÓN DE LA MUERTE: Estados Unidos, México, Progres, Plan DN-III, Cruz Roja, Hitler, Stalin.

BARATO, RÁPIDO Y PRODUCTIVO: Estado, Octavio Paz, PAN, IVA, PRI, PRD, Banco Mundial, Banco Interamericano de Desarrollo, América Latina, Vicente Fox Quesada, Congreso de la Unión, México, Michel Foucault.

¿QUÉ GOBIERNO PARA MÉXICO?: Confederación Patronal de la República Mexicana, PRI, Coparmex, México, Luis Salazar Carrión, Ovidio, Fastos, Horacio, Odas, San Agustín, Santo Tomás de Aquino, Summa Teológica, Aristóteles, Hegel, Renato Leduc, Dólmenes, Venus, Dios, Berlioz, Distrito Federal, Gabriel Zaid, Suecia, Alemania, Suiza, Holanda, Borges, Hacienda, Estado, Gregorio Marañón.

CUESTIONES INDÍGENAS: América Latina, Continente Americano, Robinson Crusoe, Riemann, México, Poinsett, Chile, Argentina, Fuentes Mares.

GOBERNABILIDAD Y LEY ELECTORAL: Partido Popular Socialista, Poder Ejecutivo, PAN, Congreso, México, Gallegos Rocafoul, Poder Legislativo.

EN BUSCA DEL ESPACIO PÚBLICO: PAN, Manuel Gómez Morín, Chihuahua, FDN, Borges, Nueva York, Thomas Merton, Paul Ricoeur, Oliver Mognin, Estado, Efraín González Luna, Mérida, Monterrey, Carlos Salinas de Gortari, República, Fundación Rafael Preciado Hernández, A.C., Fundación Miguel Estrada Iturbide, A.C., Congreso de la Unión.

PREJUDICIAL, PERJUDICIAL : Bertrand Russell, Karl Popper, Bernard Lonergan, Poder Legislativo, Poder Judicial, Derecho, Paul Ricoeur, Benito Juárez, México, Francia, Suiza, Bélgica, España, Venezuela, Perú, PRI, Baltasar Medina, Victor Manuel Correa Rachó, Poder Ejecutivo, Stanley, Espinosa Villarreal, Alberto Cárdenas Jiménez, Rosario Robles, Luis Fernando López Aguilar, Leviatán.

II. FILOSOFÍA POLÍTICA

¿DEMOCRACIA SELECTIVA?: Estado, Joseph Ratzinger.

EL IMPERIO DE LA LEY: Miami, Cuba, Estados Unidos, Elián González, Derecho, Thoreau, Bill Gates, Microsoft, John Rockefeller, Standard Oil Co., Nixon, Clinton, Watergate, Lewinsky, Boy Scouts, Alabama, UNAM, Andrés Manuel López Obrador, Estado de Derecho, Distrito Federal.

¿DEMOCRACIA Y DEMÓCRATAS?: Chile, Ricardo Lagos, Partido Popular, España, José María Aznar, Poder Legislativo, Joaquín Almunia, Partido Socialista Obrero Español, Izquierda Unida, Pinochet, Franco, Estado de Derecho, Vicente Fox Quesada, Francisco Labastida Ochoa, Joaquín Lavín Infante, PRI, PAN, Tigres del México, Cafeteros de Córdoba, Atlas, Atlante.

¿DÓNDE SE NUTRE LA POLÍTICA?: Caín, Timor Oriental, Stalin, Hitler, Bosnia,

Kosovo, Ruanda, Uganda, Afganistán, Chechenia, México, Huitzilac, Topilejo, Tlatelolco, Corpus, "Negro" Durazo, "Mochaorejas", Derecho, Robert Bellah, Habits of the heart, Harper & Row, Vassili Grossman, "Vida y Destino", León Felipe, Segunda Guerra Mundial, Jacques Maritain, Francia, Voltaire, UNAM.

LA TRANSICIÓN MEXICANA: DE LOS QUANTA A LOS QUALIA: Jean Guitton, Luis González de Alba, Física Cuántica, Planck, "Historia y Destino", Pierre-Joseph Proudhon, Derecho, México, Poder Legislativo, Poder Ejecutivo, Poder Judicial, Congreso de la Unión, Estado de Derecho, Meter C. Goldmark, Felix Rohaty, Carlos Slim, Carlos Fuentes, Nueva Izquierda, Jean Daniel, Venezuela, Ecuador, Seattle, Organización Mundial de Comercio, Estados Unidos, Europa, Japón, Padre Vitoria, Rousseau, Jacques Julliard.

ENTRE LA ENERGÍA Y LA DINÁMICA: UNAM, Diccionario de la Lengua Española, Real Academia, Constitución, Estado, Carta Magna, Aristóteles, Pierre-Joseph Proudhon, Alemania, Samuel Ramos, Rodrigo Borja, Enciclopedia de la Política, Congreso de la Unión, Sartre.

ACCIÓN NACIONAL: LA FUERZA DE LA DEMOCRACIA: Convención Nacional Ordinaria, PAN, Manuel Gómez Morín, Suiza, México, ONU, OEA, Concilio Ecuménico Vaticano II, Carlos Salinas de Gortari, Los Pinos, Almazán, Federación, Banco de México, Ernesto Ruffo, Carlos Medina, Francisco Barrio, Baja California, Guanajuato, Chihuahua, Congreso, Poder Judicial, PRI, La Nación, Hitler, Stalin, Díaz Ordaz, Echeverría, Liberia, Puebla, Sarajevo, Ometepepec, Somalia, D.C., Nezahualcóyotl, Palestina, Cárpatos, Sierra Tarahumara, Calcuta, Congreso Estadounidense, Tratado de Libre Comercio.

DIVERSIDAD Y DEMOCRACIA: Distrito Federal, PAN, México, PRI, Cuba, Washington, Moscú, Estados Unidos, Ometepepec, Xochitlahuaca, Yucatán, Oaxaca, Estado de Derecho.

DE LA GLOBALIZACIÓN A LA MUNDIALIZACIÓN: Rodrigo Borja, Joan Coramiñas, Europa, Fenicia, Atenas, Pericles, Roma, Madrid, Sevilla, Londres, Reina Victoria, Concorde, Wells Fargo, Babel, Washington, Wall Street, Ford, George Soros, Papa Juan Pablo II, Derecho, Siglo de Oro, P. Francisco de Vitoria, Dios, Paul Ricoeur, Estado, Serrat, Héctor Aguilar Camín, Jacques Julliard, Churchill.

III. BREVARIOS

NO ME DEFIENDAS OBISPO: Porfirio Miranda, Proceso, San Agustín, Dante, Pascal, Pasteur, Manzini, Bernanos, Péguy, Chesterton, Mauriac, Rops, Nessori, Unamuno, Elliot, Frossard, Lejeune, Marconi, Werfel, Lepps, Muggerridge, Dawson, Grizés.

UN VIEJO Y EFICAZ MÉTODO: Mikhaíl Lepekhine, Los protocolos de los sabios de Sión, Mathieu Golovinski, París, Pierre André Taguieff, Rusia, Londres, Eric Conan, Diálogo en los infiernos, Maquiavelo y Montesquieu, Bruselas, Maurice Joly, Napoleón III, Moscú, Volga, ILSA, Uliánov, Lenin, Vladimir Gorka, Ratchovski, Nicolás II, San Petesburgo, Trotski, Grasset, Henry Ford, Hitler, Mi Lucha, Alemania, Europa, Segunda Guerra Mundial, El Cairo, Israel, Buenos Aires, México, Frente Islámico de

Salvación, Hamas, Rusia, L' Express.

LOS VALORES EN LA OBRA DE GÓMEZ MORÍN: México, Logos, Enrique Krauze, Manuel Gómez Morín, Efraín González Luna, Chesterton, Hacienda, Rector, UNAM, Banco de México, Banco de Crédito Agrícola, Veracruz, Nemesio García Naranjo, Antonio Caso, Revolución, Cárdenas Solórzano, Palacios Macedo, Vázquez del Mercado, Lombardo Toledano, José Vasconcelos, Calles, Obregón, Amaro, Santo Cura de Ars, Revolución, Huitzilac, San Pablo, Luis M. Martínez, Péguy, San Luis Potosí.

PANTALONES Y CALZONCILLOS: Aristóteles, Platón, Cicerón, Alfonso El Sabio, Bacon, Cervantes, Emerson, Kipling, Leonardo, Napoleón, Ortega y Gasset, Séneca, Vives, Voltaire, Oscar Wilde, Albert Camus, Sócrates, Ermenegildo Zegna, Giorgio Armani, Balzac.

ALBERTO GIRONELLA OJEDA: Valle-Inclán, Octavio Paz, Lola Beltrán, Valle de Bravo, Eulalio Ferrer, Madrid, Tirano Banderas, Ramón Gómez de la Serna, España, Nietzsche, Nin, Paz, Bergamín, Lorca, Buñuel, Unamuno, Jünger, Rulfo, Diccionario Crítico Etimológico de Coraminas, Pascal, Virginia, Corralejo, Real Academia, Vicente Fox, Cuauhtémoc Cárdenas, Michoacán, Maritain, Reforma, García Márquez, Carlos Fuentes, Elena Poniatowska, Premio Nobel, Ofelia Medina, Madonna, Ana Colchero, Londres, Diana, Virgen de Guadalupe, Zapata, Vasconcelos, Sor Juana, Marcos, Bermuda, San Pablo, Emiliano, San Ignacio de Loyola.

DOS LIBROS INTERESANTES: Proceso, Viviane Forrester, Fayard, Fondo de Cultura Económica, Juana de Arco, Doncella de Orleans, Jacques Julliard, Estado, Jean-Francois Revel, La Grande Parade, Plon, Octavio Paz, Cornelius Castoriadis, Berlín, Consejo General de Huelga, Adam Smith, San Jorge.

ESTA ES TU CASA, TIENES LA PALABRA: Carlos Fuentes, Mérida, Ayuntamiento, "Capital Americana de Cultura", Revolución Mexicana, Manuel Gómez Morín, México, Vasconcelos, Caso, Henríquez Ureña, Acevedo, Gómez Robelo, Alfonso Reyes, González Martínez, Saturnino Herrán, López Velarde, Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, Obregón, Artemio Cruz, Quetzalcóatl, Disneylandia, Panamá, Santiago de Chile, Buenos Aires, Río de Janeiro, Veracruz, Sinaloa, colonia Roma, Washington, Ginebra, México, Nueva York, Londres, París, Madrid, El Escorial, Yucatán.

OCTAVIO PAZ: ITINERARIO RELIGIOSO: Octavio Paz, Premio Nobel, India, Tlatelolco, Francisco Barrio, PAN, Chihuahua, PRD, Pablo Gómez, Porfirio Muñoz Ledo, México, Nicaragua, Proceso, Palabra, "Pequeña Crónica de Grandes Días", Fondo de Cultura Económica, Mixcoac, Goa, España, Franco, Pelagio, San Agustín, Molina, Pascal, maestro Eckhart, Catalina de Siena, Rimbaud.

DATOS BIOGRÁFICOS DE CARLOS ENRIQUE CASTILLO PERAZA

*Nació en la ciudad de Mérida, Yucatán, el día 17 de abril de 1947, hijo del Sr. Julio Castillo y González y la Sra. Isabela Margarita Peraza Cázarez.

*El día 30 de septiembre de 1971 contrae matrimonio con Julieta López Morales. Tiene tres hijos: Carlos, Julio y Juan Pablo.

*El desarrollo académico lo inició en la Universidad Nacional Autónoma de México, donde comenzó la Licenciatura en Filosofía y Letras, que concluyó poco después, gracias a una beca, en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, Italia.

*En el año de 1976 obtiene la especialidad en Filosofía Política de la Universidad de Friburgo, Suiza, con la tesis "El socialismo pluralista de P. J. Proudhon".

*En la Universidad La Salle fue Director del Seminario de Filosofía Política y profesor de Filosofía.

*Entre los años de 1976 y 1978, impartió clase en el Centro Universitario Montejo; y entre 1982 y 1987 imparte cátedra en el Seminario Católico de Mérida, Yucatán.

*Entre los años de 1968 y 1971, fue Presidente Nacional de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM).

*De 1979 a 1981, fue Director de la Unión Social de Empresarios Mexicanos en la ciudad de México (USEM) y Consejero del departamento de asuntos internacionales de la Central Latinoamericana de Trabajadores (CLAT), entre los años de 1987 y 1990.

*De 1967 y hasta su muerte, se desempeñó como redactor del *Diario de Yucatán*, así como también fue colaborador en las páginas editoriales de diversos diarios, entre ellos: *Ovaciones*, *El Universal*, *La Jornada*, *Reforma* y *Semanario Zeta*.

*Sus artículos fueron publicados en prestigiadas revistas nacionales e internacionales como: *Vuelta*, *Nexos*, *Proceso*, *Logos* (revista de filosofía de la Universidad La Salle), *Nexo* (Buenos Aires-Montevideo), *Convergence* (Friburgo-Bruxelas), *Esquiú* (Buenos Aires), *Revista ODCA* (Caracas), *CESLA* (Madrid), *Signo de los Tiempos* (IMDOSOC-México), *Il Sabato* y *30 Giorni e Incontri*.

*En el mes de septiembre de 1987 funda *Palabra*, la revista doctrinal e ideológica del Partido Acción Nacional. Fue su primer director.

* En 1967 inicia su actividad política en la campaña electoral que lleva a Victor Correa Rachó a la alcaldía de Mérida.

*En mayo de 1978 es invitado por Alfonso Arronte Domínguez, entonces Secretario General del Partido Acción Nacional, a trabajar de tiempo completo en el PAN.

*En 1979 funda el Instituto de Estudios y Capacitación Política del PAN.

*De 1979 a 1982 formó parte de la LI Legislatura del Congreso de la Unión, como Diputado Federal de su estado natal.

*Desde 1979 formó parte del Consejo Nacional de Acción Nacional.

*En el año de 1981 contendió por la gubernatura de Yucatán.

*En el año de 1985 compitió como candidato del PAN por la alcaldía del municipio de Mérida.

*En 1986 elaboró el proyecto de Plataforma Política para la campaña estatal de Francisco Barrio en el Estado de Chihuahua y acompañó a Luis H. Álvarez en su caminata por la definición nacional.

*En 1987 fue asesor de Luis H. Álvarez.

*En el año de 1988 fue asesor del candidato a la Presidencia de la República, Manuel J. Clouthier del Rincón.

*Entre 1988-1991, volvió al Congreso como Diputado Federal a la LIV Legislatura.

*Formó parte del gabinete alternativo de Acción Nacional, encabezado por Manuel Clouthier, en el área de Educación.

*Entre 1991 y 1993 respaldó la lucha electoral en los Estados de Chihuahua y Guanajuato; en esta última participó junto con Vicente Fox.

*En 1993 encabezó la organización y establecimiento de la Fundación Rafael Preciado Hernández, A.C., institución dedicada al estudio de la realidad política, social y económica del País.

*Trabajó de la misma manera en la creación de la Fundación Miguel Estrada Iturbide, dedicada a los estudios legislativos.

*El 6 de marzo de 1993 fue electo Presidente Nacional del PAN.

*En el año de 1996 deja la Presidencia Nacional; lo sustituye Felipe Calderón Hinojosa el día 9 de marzo de 1996.

*Después de haber ocupado la Presidencia del PAN, se desempeña como Secretario de Relaciones Internacionales del Comité Ejecutivo Nacional del PAN.

*En 1997, en la primera elección democrática de la capital del País, participa como candidato de Acción Nacional a Jefe de Gobierno del Distrito Federal.

*El 1 de mayo de 1998, Carlos Castillo presenta su renuncia como militante de Acción Nacional. Retirado de la política partidista, se dedica íntegramente a la actividad profesional e intelectual en la Fundación Humanismo, Desarrollo y Democracia, que él mismo había fundado en 1996.

*El 9 de septiembre de 2000 muere en Bonn, Alemania.

La primera edición de *Apuesta por el mañana*,
de Carlos Castillo Peraza,
se terminó de imprimir
en los talleres gráficos
de Print Consulting Corporation,
S.A. de C.V.
Miguel Laurent 15 Bis Desp. 501,
Col. Del Valle, Del. Benito Juárez,
C.P. 03100, México, D.F.,
el día 19 de septiembre de 2003.
La edición estuvo al cuidado de
Jesús Gómez Soler.



Apostar por el mañana fue una consigna de vida de Carlos Castillo Peraza. Con su pensamiento, su pluma y su impulso político, demostró que es posible trascender, que es posible arañarle espacios a la eternidad y que, en contraste, nada se logra si se rinde el generoso horizonte al egoísmo efímero.

Apuesta por el mañana es un notable acercamiento a las razones de Castillo Peraza; es un reflejo de ese hombre polémico, inteligente y audaz, que ha dejado en la conciencia nacional una cicatriz de virtud cívica, de cuidado en la palabra y de amor a la Patria mexicana.